



Robert Louis

Stevenson

El diablo
de la botella
y otros cuentos



Biblioteca Stevenson
Alianza Editorial

Esta recopilación de cinco relatos, coloreados por la presencia de lo sobrenatural, ofrece la inconfundible combinación de indagación psicológica y acción, de fantasía imaginativa y minuciosa descripción ambiental que caracterizan el talento narrativo de Robert Louis Stevenson (1850-1894). Los ladrones de cadáveres relata una venganza de ultratumba; Markheim constituye un estudio psicológico de la lucha entre el bien y el mal; Olalla es una incursión de corte romántico en el tema de la licantropía; El diablo en la botella recrea una fábula alegórica en los Mares del Sur, y La playa de Falesá conjuga la mirada introspectiva con el relato de aventuras en un perfecto equilibrio teñido de ironía.

- [Robert Louis Stevenson](#)
 - [LOS LADRONES DE CADÁVERES](#)
 - [MARKHEIM](#)
 - [OLALLA](#)
 - [EL DIABLO EN LA BOTELLA](#)
 - [LA PLAYA DE FALESÁ](#)
 - [I](#)
 - [II](#)
 - [III](#)
 - [IV](#)
-
-

Robert Louis Stevenson

El diablo en la botella y otros cuentos

LOS LADRONES DE CADÁVERES

Todas las noches del año nos sentábamos los cuatro en el pequeño reservado de la posada George en Debenham: el empresario de pompas fúnebres, el dueño, Fettes y yo. A veces había más gente; pero tanto si hacía viento como si no, tanto si llovía como si nevaba o caía una helada, los cuatro, llegado el momento, nos instalábamos en nuestros respectivos sillones. Fettes era un viejo escocés muy dado a la bebida; culto, sin duda, y también acomodado, porque vivía sin hacer nada. Había llegado a Debenham años atrás, todavía joven, y por la simple permanencia se había convertido en hijo adoptivo del pueblo. Su capa azul de camelote era una antigüedad, igual que la torre de la iglesia. Su sitio fijo en el reservado de la posada, su conspicua ausencia de la iglesia, y sus vicios vergonzosos eran cosas de todos sabidas en Debenham. Mantenía algunas opiniones vagamente radicales y cierto pasajero escepticismo religioso que sacaba a relucir periódicamente, dando énfasis a sus palabras con imprecisos manotazos sobre la mesa. Bebía ron: cinco vasos todas las veladas; y durante la mayor parte de su diaria visita a la posada permanecía en un estado de melancólico estupor alcohólico, siempre con el vaso de ron en la mano derecha. Le llamábamos el doctor, porque se le atribuían ciertos conocimientos de medicina y en casos de emergencia había sido capaz de entablillar una fractura o reducir una luxación, pero, al margen de estos pocos detalles, carecíamos de información sobre su personalidad y antecedentes.

Una oscura noche de invierno-habían dado las nueve algo antes de que el dueño se reuniera con nosotros— fuimos informados de que un gran terrateniente de los alrededores se había puesto enfermo en la posada, atacado de apoplejía, cuando iba de camino hacia Londres y el Parlamento; y por telégrafo se había solicitado la presencia, a la cabecera del gran hombre, de su médico de la capital, personaje todavía más famoso. Era la primera vez que pasaba una cosa así en Debenham (hacía muy poco tiempo que se había inaugurado el ferrocarril) y todos estábamos convenientemente impresionados.

—Ya ha llegado-dijo el dueño, después de llenar y de encender la pipa.

—¿Quién? dije yo—. ¿No querrá usted decir el médico?

—Precisamente-contestó nuestro posadero.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el dueño.

Fettes estaba acabando su tercer vaso, sumido ya en el estupor de la borrachera, unas veces asintiendo con la cabeza, otras con la mirada perdida en el vacío; pero con el sonido de las últimas palabras pareció despertarse y repitió dos veces el apellido «Macfarlane»: la primera con entonación tranquila, pero con repentina emoción la segunda.

—Sí dijo el dueño—, así se llama: doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó inmediatamente; sus ojos se aclararon, su voz se hizo más firme y sus palabras más vigorosas. Todos nos quedamos muy sorprendidos ante aquella transformación, porque era como si un hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

—Les ruego que me disculpen-dijo—; mucho me temo que no prestaba atención a sus palabras. ¿Quién es ese tal Wolfe Macfarlane?

Y añadió, después de oír las explicaciones del dueño:

—No puede ser, claro que no; y, sin embargo, me gustaría ver a ese hombre cara a cara.

—¿Le conoce usted, doctor?-preguntó boquiabierto el empresario de pompas fúnebres.

—¡Dios no lo quiera! —fue la respuesta—. Y, sin embargo, el nombre no es nada corriente, sería demasiado imaginar que hubiera dos. Dígame, posadero, ¿se trata de un hombre viejo?

—No es un hombre joven, desde luego, y tiene el pelo blanco; pero sí parece más joven que usted.

—Es mayor que yo, sin embargo; varios años mayor. Pero-dando un manotazo sobre la mesa—, es el ron lo que ve usted en mi cara; el ron y mis pecados. Este hombre quizá tenga una conciencia más fácil de contentar y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a hablar! Se imaginarán ustedes que he sido un buen cristiano, ¿no es cierto? Pues no, yo no; nunca me ha dado por la hipocresía. Quizá Voltaire habría cambiado si se hubiera visto en mi caso; pero, aunque mi cerebro-y procedió a darse un manotazo sobre la calva cabeza—, aunque mi cerebro funcionaba perfectamente, no saqué ninguna conclusión de las cosas que vi.

—Si este doctor es la persona que usted conoce-me aventuré a apuntar, después de una pausa bastante penosa—, ¿debemos deducir que no comparte la buena opinión del posadero?

Fettes no me hizo el menor caso.

—Sí-dijo, con repentina firmeza—, tengo que verlo cara a cara.

Se produjo otra pausa; luego una puerta se cerró con cierta violencia en el primer piso y se oyeron pasos en la escalera.

—Es el doctor-exclamó el dueño—. Si se da prisa podrá alcanzarle.

No había más que dos pasos desde el pequeño reservado a la puerta de la vieja posada George; la ancha escalera de roble terminaba casi en la calle; entre el umbral y el último peldaño no había sitio más que para una alfombra turca; pero este espacio tan reducido quedaba brillantemente iluminado todas las noches, no sólo gracias a la luz de la escalera y al gran farol debajo del nombre de la posada, sino también debido al cálido resplandor que salía por la ventana de la cantina. La posada llamaba así convenientemente la atención de los que cruzaban por la calle en las frías noches de invierno. Fettes se llegó sin vacilaciones hasta el diminuto vestíbulo y los demás, quedándonos un tanto retrasados, nos dispusimos a presenciar el encuentro entre aquellos dos hombres, encuentro que uno de ellos había definido como «cara a cara». El doctor Macfarlane era un hombre despierto y vigoroso. Sus cabellos blancos servían para resaltar la calma y la palidez de su rostro, nada desprovisto de energía por otra parte. Iba elegantemente vestido con el mejor velarte y la más fina holanda, y lucía una gruesa cadena de oro para el reloj y gemelos y anteojos del mismo metal precioso. La corbata, ancha y con muchos pliegues, era blanca con lunares de color lila, y llevaba al brazo un abrigo de pieles para defenderse del frío durante el viaje. No hay duda de que lograba dar dignidad a sus años envuelto en aquella atmósfera de riqueza y respetabilidad; y no dejaba de ser todo un contraste sorprendente ver a nuestro borrachín-calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su vieja capa azul de camelote-enfrentarse con él al pie de la escalera.

—¡Macfarlane! —dijo con voz resonante, más propia de un heraldo que de un amigo.

El gran doctor se detuvo bruscamente en el cuarto escalón, como si la familiaridad de aquel saludo sorprendiera y en cierto modo ofendiera su dignidad.

—¡Toddy Macfarlane! —repitió Fettes.

El londinense casi se tambaleó. Lanzó una mirada rapidísima al hombre que tenía delante, volvió hacia atrás unos ojos atemorizados y luego susurró con voz llena de sorpresa:

—¡Fettes! ¡Tú!

—¡Yo, sí! —dijo el otro—. ¿Creías que también yo estaba muerto? No resulta tan fácil dar por terminada nuestra relación.

—¡Calla, por favor! —exclamó el ilustre médico—. ¡Calla! Este encuentro es tan inesperado...

Ya veo que te has ofendido. Confieso que al principio casi no te había conocido; pero me alegro mucho... me alegro mucho de tener esta oportunidad. Hoy sólo vamos a poder decirnos hola y hasta la vista; me espera el calesín y tengo que coger el tren; pero debes... veamos, sí... debes darme tu dirección y te aseguro que tendrás muy pronto noticias mías. Hemos de hacer algo por ti, Fettes. Mucho me temo que estás algo apurado; pero ya nos ocuparemos de eso «en recuerdo de los viejos tiempos», como solíamos cantar durante nuestras cenas.

—¡Dinero! —exclamó Fettes— ¡Dinero tuyo! El dinero que me diste estará todavía donde lo arrojé aquella noche de lluvia.

Hablando, el doctor Macfarlane había conseguido recobrar un cierto grado de superioridad y confianza en sí mismo, pero la desacostumbrada energía de aquella negativa lo sumió de nuevo en su primitiva confusión.

Una horrible expresión atravesó por un momento sus facciones casi venerables.

—Mi querido amigo —dijo—, haz como gustes; nada más lejos de mi intención que ofenderte. No quisiera entrometerme. Pero sí que te dejaré mi dirección...

—No me la des... No deseo saber cuál es el techo que te cobija —le interrumpió el otro—. Oí tu nombre; temí que fueras tú; quería saber si, después de todo, existe un Dios; ahora ya sé que no. ¡Sal de aquí!

Pero Fettes seguía en el centro de la alfombra, entre la escalera y la puerta; y para escapar, el gran médico londinense iba a verse obligado a dar un rodeo. Estaban claras sus vacilaciones ante lo que a todas luces consideraba una humillación. A pesar de su palidez, había un brillo amenazador en sus anteojos; pero, mientras seguía sin decidirse, se dio cuenta de que el cochero de su calesín contemplaba con interés desde la calle aquella escena tan poco común y advirtió también cómo le mirábamos nosotros, los del pequeño grupo del reservado, apelotonados en el rincón más próximo a la cantina. La presencia de tantos testigos le decidió a emprender la huida. Pasó pegado a la pared y luego se dirigió hacia la puerta con la velocidad de una serpiente. Pero sus dificultades no habían terminado aún, porque antes de salir Fettes le agarró del brazo y, de sus labios, aunque en un susurro, salieron con toda claridad estas palabras:

—¿Has vuelto a verlo?

El famoso doctor londinense dejó escapar un grito ahogado, dio un empujón al que así le interrogaba y con las manos sobre la cabeza huyó como un ladrón cogido *in fraganti*. Antes de que a ninguno de nosotros se nos ocurriera hacer el menor movimiento, el calesín traqueteaba ya camino de la estación. La escena había terminado como podría hacerlo un sueño; pero aquel sueño había dejado pruebas y rastros de su paso. Al día siguiente la criada encontró los anteojos de oro en el umbral, rotos, y aquella noche todos permanecemos en pie, sin aliento, junto a la ventana de la cantina, con Fettes a nuestro lado, sereno, pálido y con aire decidido.

—¡Que Dios nos tenga de su mano, Mr. Fettes! —dijo el posadero, al ser el primero en recobrar el normal uso de sus sentidos—. ¿A qué obedece todo esto? Son cosas bien extrañas las que usted ha dicho...

Fettes se volvió hacia nosotros; nos fue mirando a la cara sucesivamente.

—Procuren tener la lengua quieta —dijo—. Es arriesgado enfrentarse con el tal Macfarlane; los que lo han hecho se han arrepentido demasiado tarde.

Después, sin terminarse el tercer vaso, ni mucho menos quedarse para consumir los otros dos, nos dijo adiós y se perdió en la oscuridad de la noche después de pasar bajo la lámpara de la posada.

Nosotros tres regresamos a los sillones del reservado, con un buen fuego y cuatro velas recién

empezadas; y, a medida que recapitulábamos lo sucedido, el primer escalofrío de nuestra sorpresa se convirtió muy pronto en hormiguillo de curiosidad. Nos quedamos allí hasta muy tarde; no recuerdo ninguna otra noche en la que se prolongara tanto la tertulia. Antes de separarnos, cada uno tenía una teoría que se había comprometido a probar, y no había para nosotros asunto más urgente en este mundo que rastrear el pasado de nuestro misterioso contertulio y descubrir el secreto que compartía con el famoso doctor londinense. No es un gran motivo de vanagloria, pero creo que me di mejor maña que mis compañeros para desvelar la historia; y quizá no haya en estos momentos otro ser vivo que pueda narrarles a ustedes aquellos monstruosos y abominables sucesos.

De joven, Fettes había estudiado medicina en Edimburgo. Tenía un cierto tipo de talento que le permitía retener gran parte de lo que oía y asimilarlo en seguida, haciéndolo suyo. Trabajaba poco en casa; pero era cortés, atento e inteligente en presencia de sus maestros. Pronto se fijaron en él por su capacidad de atención y su buena memoria; y, aunque a mí me pareció bien extraño cuando lo oí por primera vez, Fettes era en aquellos días bien parecido y cuidaba mucho de su aspecto exterior. Existía por entonces fuera de la universidad un cierto profesor de anatomía al que designaré aquí mediante la letra K. Su nombre llegó más adelante a ser tristemente célebre. El hombre que lo llevaba se escabulló disfrazado por las calles de Edimburgo, mientras el gentío, que aplaudía la ejecución de Burke, pedía a gritos la sangre de su patrón. Pero Mr. K estaba entonces en la cima de su popularidad; disfrutaba de la fama debido en parte a su propio talento y habilidad, y en parte a la incompetencia de su rival, el profesor universitario. Los estudiantes, al menos, tenían absoluta fe en él y el mismo Fettes creía, e hizo creer a otros, que había puesto los cimientos de su éxito al lograr el favor de este hombre meteóricamente famoso. Mr. K era un *bon vivant* además de un excelente profesor; y apreciaba tanto una hábil ilusión como una preparación cuidadosa. En ambos campos Fettes disfrutaba de su merecida consideración, y durante el segundo año de sus estudios recibió el encargo semioficial de segundo profesor de prácticas o sub-asistente en su clase.

Debido a este empleo, el cuidado del anfiteatro y del aula recaía de manera particular sobre los hombros de Fettes. Era responsable de la limpieza de los locales y del comportamiento de los otros estudiantes y también constituía parte de su deber proporcionar, recibir y dividir los diferentes cadáveres. Con vistas a esta última ocupación —en aquella época asunto muy delicado—, Mr. K hizo que se alojase primero en el mismo callejón y más adelante en el mismo edificio donde estaban instaladas las salas de disección. Allí, después de una noche de turbulentos placeres, con la mano todavía temblorosa y la vista nublada, tenía que abandonar la cama en la oscuridad de las horas que preceden a los amaneceres invernales, para entenderse con los sucios y desesperados traficantes que abastecían las mesas. Tenía que abrir la puerta a aquellos hombres que después han alcanzado tan terrible reputación en todo el país. Tenía que recoger su trágico cargamento, pagarles el sórdido precio convenido y quedarse solo, al marcharse los otros, con aquellos desagradables despojos de humanidad. Terminada tal escena, Fettes volvía a adormilarse por espacio de una o dos horas para reparar así los abusos de la noche y refrescarse un tanto para los trabajos del día siguiente.

Pocos muchachos podrían haberse mostrado más insensibles a las impresiones de una vida pasada de esta manera bajo los emblemas de la moralidad. Su mente estaba impermeabilizada contra cualquier consideración de carácter general. Era incapaz de sentir interés por el destino y los reveses de fortuna de cualquier otra persona, esclavo total de sus propios deseos y rastreras ambiciones. Frío, superficial y egoísta en última instancia, no carecía de ese mínimo de prudencia, a la que se da equivocadamente el nombre de moralidad, que mantiene a un hombre alejado de borracheras inconvenientes o latrocinios castigables. Como Fettes deseaba además que sus maestros y condiscípulos tuvieran de él una buena opinión, se esforzaba en guardar las apariencias. Decidió

también destacar en sus estudios y día tras día servía a su patrón impecablemente en las cosas más visibles y que más podían reforzar su reputación de buen estudiante. Para indemnizarse de sus días de trabajo, se entregaba por las noches a placeres ruidosos y desvergonzados; y cuando los dos platillos se equilibraban, el órgano al que Fettes llamaba su conciencia se declaraba satisfecho.

La obtención de cadáveres era continua causa de dificultades tanto para él como para su patrón. En aquella clase con tantos alumnos y en la que se trabajaba mucho, la materia prima de las disecciones estaba siempre a punto de acabarse; y las transacciones que esta situación hacía necesarias no sólo eran desagradables en sí mismas, sino que podían tener consecuencias muy peligrosas para todos los implicados. La norma de Mr. K era no hacer preguntas en el trato con los de la profesión. «Ellos consiguen el cuerpo y nosotros pagamos el precio», solía decir, recalcando la aliteración; «*quid pro quo*». Y de nuevo, y con cierto cinismo, les repetía a sus asistentes que «No hicieran preguntas por razones de conciencia.»

No es que se diera por sentado implícitamente que los cadáveres se conseguían mediante el asesinato. Si tal idea se le hubiera formulado mediante palabras, Mr. K se habría horrorizado; pero su frívola manera de hablar tratándose de un problema tan serio era, en sí misma, una ofensa contra las normas más elementales de la responsabilidad social y una tentación ofrecida a los hombres con los que negociaba. Fettes, por ejemplo no había dejado de advertir que, con frecuencia, los cuerpos que le llevaban habían perdido la vida muy pocas horas antes. También le sorprendía una y otra vez el aspecto abominable y los movimientos solapados de los rufianes que llamaban a su puerta antes del alba; y, atando cabos para sus adentros, quizá atribuía un significado demasiado inmoral y demasiado categórico a las imprudentes advertencias de su maestro. En resumen: Fettes entendía que su deber constaba de tres apartados: aceptar lo que le traían, pagar el precio y pasar por alto cualquier indicio de un posible crimen.

Una mañana de noviembre esta consigna de silencio se vio duramente puesta a prueba. Fettes, después de pasar la noche en blanco debido a un atroz dolor de muelas —paseándose por su cuarto como una fiera enjaulada o arrojándose desesperado sobre la cama—, y caer ya de madrugada en ese sueño profundo e intranquilo que con tanta frecuencia es la consecuencia de una noche de dolor, se vio despertado por la tercera o cuarta impaciente repetición de la señal convenida. La luna, aunque en cuarto menguante, derramaba abundante luz; hacía mucho frío y la noche estaba ventosa, la ciudad dormía aún, pero una indefinible agitación preludiaba ya el ruido y el tráfago del día. Los profanadores habían llegado más tarde de lo acostumbrado y parecían tener aún más prisa por marcharse que otras veces. Fettes, muerto de sueño, les fue alumbrando escaleras arriba. Oía sus roncas voces, con fuerte acento irlandés, como formando parte de un sueño; y mientras aquellos hombres vaciaban el lúgubre contenido de su saco, él dormitaba, con un hombro apoyado contra la pared; tuvo que hacer luego verdaderos esfuerzos para encontrar el dinero con que pagar a aquellos hombres. Al ponerse en movimiento sus ojos tropezaron con el rostro del cadáver. No pudo disimular su sobresalto; dio dos pasos hacia adelante, con la vela en alto.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Si es Jane Galbraith!

Los hombres no respondieron nada pero se movieron imperceptiblemente en dirección a la puerta.

—La conozco, se lo aseguro —continuó Fettes—. Ayer estaba viva y muy contenta. Es imposible que haya muerto; es imposible que hayan conseguido este cuerpo de forma correcta.

—Está usted completamente equivocado, señor —dijo uno de los hombres.

Pero el otro lanzó a Fettes una mirada amenazadora y pidió que se les diera el dinero inmediatamente.

Era imposible malinterpretar su expresión o exagerar el peligro que implicaba. Al muchacho le faltó valor. Tartamudeó una excusa, contó la suma convenida y acompañó a sus odiosos visitantes hasta la puerta. Tan pronto como desaparecieron, Fettes se apresuró a confirmar sus sospechas. Mediante una docena de marcas que no dejaban lugar a dudas identificó a la muchacha con la que había bromeado el día anterior. Vio, con horror, señales sobre aquel cuerpo que podían muy bien ser pruebas de una muerte violenta. Se sintió dominado por el pánico y buscó refugio en su habitación. Una vez allí reflexionó con calma sobre el descubrimiento que había hecho; consideró fríamente la importancia de las instrucciones de Mr. K y el peligro para su persona que podía derivarse de su intromisión en un asunto de tanta importancia; finalmente, lleno de angustiosas dudas, determinó esperar y pedir consejo a su inmediato superior, el primer asistente.

Era éste un médico joven, Tolfé Macfarlane, gran favorito de los estudiantes temerarios, hombre inteligente, disipado y absolutamente falto de escrúpulos. Había viajado y estudiado en el extranjero. Sus modales eran agradables y un poquito atrevidos. Se le consideraba una autoridad en cuestiones teatrales y no había nadie más hábil para patinar sobre el hielo ni que manejara con más destreza los palos de golf; vestía con elegante audacia y, como toque final de distinción, era propietario de un calesín y de un robusto trotón. Su relación con Fettes había llegado a ser muy íntima; de hecho sus cargos respectivos hacían necesaria una cierta comunidad de vida; y cuando escaseaban los cadáveres, los dos se adentraban por las zonas rurales en el calesín de Macfarlane, para visitar y profanar algún cementerio poco frecuentado y, antes del alba, presentarse con su botín en la puerta de la sala de disección.

Aquella mañana Macfarlane apareció un poco antes de lo que solía. Fettes le oyó, salió a recibirle a la escalera, le contó su historia y terminó mostrándole la causa de su alarma. Macfarlane examinó las señales que presentaba el cadáver.

—Sí —dijo con una inclinación de cabeza—; parece sospechoso.

—¿Qué te parece que debo hacer? —preguntó Fettes.

—¿Hacer? —repitió el otro—. ¿Es que quieres hacer algo? Cuanto menos se diga, antes se arreglará, diría yo.

—Quizá la reconozca alguna otra persona —objetó Fettes—. Era tan conocida como el Castle Rock*.

—Esperemos que no —dijo Macfarlane—, y si alguien lo hace... bien, tú no la reconociste, ¿comprendes?, y no hay más que hablar. Lo cierto es que esto lleva ya demasiado tiempo sucediendo. Remueve el cieno y colocarás a K en una situación desesperada; tampoco tú saldrías muy bien librado. Ni yo, si vamos a eso. Me gustaría saber cómo quedaríamos, o qué demonios podríamos decir si nos llamaran como testigos ante cualquier tribunal. Porque, para mí, ¿sabes?, hay una cosa cierta: prácticamente hablando, todo nuestro «material» han sido personas asesinadas.

—¡Macfarlane! —exclamó Fettes.

—¡Vamos, vamos! —se burló el otro—. ¡Como si tú no lo hubieras sospechado!

—Sospechar es una cosa...

—Y probar otra. Ya lo sé; y siento tanto como tú que esto haya llegado hasta aquí —dando unos golpes en el cadáver con su bastón—. Pero colocados en esta situación, lo mejor que puedo hacer es no reconocerla; y —añadió con gran frialdad— así es: no la reconozco. Tú puedes, si es ése tu deseo. No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero creo que un hombre de mundo haría lo mismo que yo; y me atrevería a añadir que eso es lo que K esperaría de nosotros. La cuestión es ¿por qué nos eligió a nosotros como asistentes? Y yo respondo: porque no quería viejas chismosas.

Aquella manera de hablar era la que más efecto podía tener en la mente de un muchacho como

Fettes. Accedió a imitar a Macfarlane. El cuerpo de la desgraciada joven pasó a la mesa de disección como era costumbre y nadie hizo el menor comentario ni pareció reconocerla.

Una tarde, después de haber terminado su trabajo de aquel día, Fettes entró en una taberna muy concurrida y encontró allí a Macfarlane sentado en compañía de un extraño. Era un hombre pequeño, muy pálido y de cabellos muy oscuros, y ojos negros como carbones. El corte de su cara parecía prometer una inteligencia y un refinamiento que sus modales se encargaban de desmentir, porque nada más empezar a tratarle, se ponía de manifiesto su vulgaridad, su tosquedad y su estupidez. Aquel hombre ejercía, sin embargo, un extraordinario control sobre Macfarlane; le daba órdenes como si fuera el Gran Bajá; se indignaba ante el menor inconveniente o retraso, y hacía groseros comentarios sobre el servilismo con que era obedecido. Esta persona tan desagradable manifestó una inmediata simpatía hacia Fettes, trató de ganárselo invitándolo a beber y le honró con extraordinarias confidencias sobre su pasado. Si una décima parte de lo que confesó era verdad, se trataba de un bribón de lo más odioso; y la vanidad del muchacho se sintió halagada por el interés de un hombre de tanta experiencia.

—Yo no soy precisamente un ángel —hizo notar el desconocido—, pero Macfarlane me da ciento y raya... Toddy Macfarlane le llamo yo. Toddy, pide otra copa para tu amigo.

O bien:

—Toddy, levántate y cierra la puerta.

—Toddy me odia —dijo después—. Sí, Toddy, ¡claro que me odias!

—No me gusta ese maldito nombre, y usted lo sabe —gruñó Macfarlane.

. —¡Escúchalo! ¿Has visto a los muchachos tirar al blanco con sus cuchillos? A él le gustaría hacer eso por todo mi cuerpo —explicó el desconocido

—Nosotros, la gente de medicina, tenemos un sistema mejor —dijo Fettes—. Cuando no nos gusta un amigo muerto, lo llevamos a la mesa de disección

Macfarlane le miró enojado, como si aquella broma fuera muy poco de su agrado.

Fue pasando la tarde. Gray, porque tal era el nombre del desconocido, invitó a Fettes a cenar con ellos, encargando un festín tan suntuoso que la taberna entera tuvo que movilizarse, y cuando terminó le mandó a Macfarlane que pagara la cuenta. Se separaron ya de madrugada; el tal Gray estaba completamente borracho. Macfarlane, sereno sobre todo a causa de la indignación reflexionaba sobre el dinero que se había visto obligado a malgastar y las humillaciones que había tenido que soportar. Fettes, con diferentes licores cantándole dentro de la cabeza, volvió a su casa con pasos inciertos y la mente totalmente en blanco. Al día siguiente Macfarlane faltó a clase y Fettes sonrió para sus adentros al imaginárselo todavía acompañando al insoportable Gray de taberna en taberna. Tan pronto como quedó libre de sus obligaciones, se puso a buscar por todas partes a sus compañeros de la noche anterior. Pero no consiguió encontrarlos en ningún sitio; de manera que volvió pronto a su habitación, se acostó en seguida, y durmió el sueño de los justos.

A las cuatro de la mañana le despertó la señal acostumbrada. Al bajar a abrir la puerta, grande fue su asombro cuando descubrió a Macfarlane con su calesín y dentro del vehículo uno de aquellos horrendos bultos alargados que tan bien conocía.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Has salido tú solo? ¿Cómo te las has apañado?

Pero Macfarlane le hizo callar bruscamente, pidiéndole que se ocupara del asunto que tenían entre manos. Después de subir el cuerpo y de depositarlo sobre la mesa, Macfarlane hizo primero un gesto como de marcharse. Después se detuvo y pareció dudar.

—Será mejor que le veas la cara —dijo después lentamente, como si le costara cierto trabajo hablar—. Será mejor —repitió, al ver que Fettes se le quedaba mirando, lleno de asombro.

—Pero ¿dónde, cómo y cuándo ha llegado a tus manos? —exclamó el otro.

—Mírale la cara —fue la única respuesta.

Fettes titubeó; le asaltaron extrañas dudas. Contempló al joven médico y después el cuerpo; luego volvió otra vez la vista hacia Macfarlane. Finalmente, dando un respingo, hizo lo que se le pedía. Casi estaba esperando el espectáculo que se tropezaron sus ojos pero de todas formas el impacto fue violento. Ver, inmovilizado por la rigidez de la muerte y desnudo sobre el basto tejido de arpillera, al hombre del que se había separado dejándolo bien vestido y con el estómago satisfecho en el umbral de una taberna, despertó, hasta en el atolondrado Fettes, algunos de los terrores de la conciencia. El que dos personas que había conocido hubieran terminado sobre las heladas mesas de disección era un *cras tibi* que iba repitiéndose por su alma en ecos sucesivos. Con todo, aquellas eran sólo preocupaciones secundarias. Lo que más le importaba era Wolfe. Falto de preparación para enfrentarse con un desafío de tanta importancia, Fettes no sabía cómo mirar a la cara a su compañero. No se atrevía a cruzar la vista con él y le faltaban tanto las palabras como la voz con que pronunciarlas.

Fue Macfarlane mismo quien dio el primer paso. Se acercó tranquilamente por detrás y puso una mano, con suavidad pero con firmeza, sobre el hombro del otro.

—Richardson —dijo— puede quedarse con la cabeza.

Richardson era un estudiante que desde tiempo atrás se venía mostrando muy deseoso de disponer de esa porción del cuerpo humano para sus prácticas de disección. No recibió ninguna respuesta, y el asesino continuó:

—Hablando de negocios, debes pagarme; tus cuentas tienen que cuadrar, como es lógico.

Fettes encontró una voz que no era más que una sombra de la suya:

—¡Pagarte! —exclamó—. ¿Pagarte por eso?

—Naturalmente; no tienes más remedio que hacerlo. Desde cualquier punto de vista que lo consideres —insistió el otro—. Yo no me atrevería a darlo gratis; ni tú a aceptarlo sin pagar, nos comprometería a los dos. Este es otro caso como el de Jane Galbraith. Cuantos más cabos sueltos, más razones para actuar como si todo estuviera en perfecto orden. ¿Dónde guarda su dinero el viejo K?

—Allí —contestó Fettes con voz ronca, señalando al armario del rincón.

—Entonces, dame la llave —dijo el otro calmosamente, extendiendo la mano.

Después de un momento de vacilación, la suerte quedó decidida. Macfarlane no pudo suprimir un estremecimiento nervioso, manifestación insignificante de un inmenso alivio, al sentir la llave entre los dedos. Abrió el armario, sacó pluma, tinta y el libro diario que descansaban sobre una de las baldas, y del dinero que había en un cajón tomó la suma adecuada para el caso.

—Ahora, mira —dijo Macfarlane—; ya se ha hecho el pago, primera prueba de tu buena fe, primer escalón haaa la seguridad. Pero todavía tienes que asegurarlo con un segundo paso. Anota el pago en el diario y estarás ya en condiciones de hacer frente al mismo demonio.

Durante los pocos segundos que siguieron la mente de Fettes fue un torbellino de ideas; pero al contrastar sus terrores, terminó triunfando el más inmediato. Cualquier dificultad le pareció casi insignificante comparada con una confrontación con Macfarlane en aquel momento. Dejó la vela que había sostenido todo aquel tiempo y con mano segura anotó la fecha, la naturaleza y el importe de la transacción.

—Y ahora —dijo Macfarlane—, es de justicia que te quedes con el dinero. Yo he cobrado ya mi parte. Por cierto, cuando un hombre de mundo tiene suerte y se encuentra en el bolsillo con unos cuantos chelines extra, me da vergüenza hablar de ello, pero hay una regla de conducta para esos

casos. No hay que dedicarse a invitar, ni a comprar libros caros para las clases, ni a pagar viejas deudas; hay que pedir prestado en lugar de prestar.

—Macfarlane —empezó Fettes, con voz todavía un poco ronca—, me he puesto el nudo alrededor del cuello por complacerte.

—¿Por complacerme? —exclamó Wolfe—. ¡Vamos, vamos! Por lo que a mí se me alcanza no has hecho más que lo que estabas obligado a hacer en defensa propia. Supongamos que yo tuviera dificultades, ¿qué sería de ti? Este segundo accidente sin importancia procede sin duda alguna del primero. Mr. Gray es la continuación de Miss Galbraith. No es posible empezar y pararse luego. Si empiezas, tienes que seguir adelante; ésa es la verdad. Los malvados nunca encuentran descanso.

Una horrible sensación de oscuridad y una clara conciencia de la perfidia del destino se apoderaron del alma del infeliz estudiante.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es lo que he hecho? y ¿cuándo puede decirse que haya empezado todo esto? ¿Qué hay de malo en que a uno lo nombren asistente? Service quería ese puesto; Service podía haberlo conseguido. ¿Se encontraría *él* en la situación en la que yo me encuentro ahora?

—Mi querido amigo —dijo Macfarlane—, ¡qué ingenuidad la tuya! ¿Es que acaso te *ha* pasado algo malo? ¿Es que puede pasarte algo malo si tienes la lengua quieta? ¿Es que todavía no te has enterado de lo que es la vida? Hay dos categorías de personas: los leones y los corderos. Si eres un cordero terminarás sobre una de esas mesas como Gray o Jane Galbraith; si eres un león, seguirás vivo y tendrás un caballo como tengo yo, como lo tiene K; como todas las personas con inteligencia o con valor. Al principio se titubea. Pero ¡mira a K! Mi querido amigo, eres inteligente, tienes valor. Yo te aprecio y K también te aprecia. Has nacido para ir a la cabeza, dirigiendo la cacería; y yo te aseguro, por mi honor y mi experiencia de la vida, que dentro de tres días te reirás de estos espantapájaros tanto como un colegial que presencia una farsa.

Y con esto Macfarlane se despidió y abandonó el callejón con su calesín para ir a recogerse antes del alba. Fettes se quedó solo con los remordimientos. Vio los peligros que le amenazaban. Vio, con indecible horror, el pozo sin fondo de su debilidad, y cómo, de concesión en concesión, había descendido de árbitro del destino de Macfarlane a cómplice indefenso y a sueldo. Hubiera dado el mundo entero por haberse mostrado un poco más valiente en el momento oportuno, pero no se le ocurrió que la valentía estuviera aún a su alcance. El secreto de Jane Galbraith y la maldita entrada en el libro diario habían cerrado su boca definitivamente.

Pasaron las horas; los alumnos empezaron a llegar; se fue haciendo entrega de los miembros del infeliz Gray a unos y otros, y los estudiantes los recibieron sin hacer el menor comentario. Richardson manifestó su satisfacción al dársele la cabeza; y, antes de que sonara la hora de la libertad, Fettes temblaba, exultante, al darse cuenta de lo mucho que había avanzado en el camino hacia la seguridad. Durante dos días siguió observando, con creciente alegría, el terrible proceso de enmascaramiento.

Al tercer día Macfarlane reapareció. Había estado enfermo, dijo; pero compensó el tiempo perdido con la energía que desplegó dirigiendo a los estudiantes. Consagró su ayuda y sus consejos a Richardson de manera especial, y el alumno, animado por los elogios del asistente, trabajó muy deprisa, lleno de esperanzas, viéndose dueño ya de la medalla a la aplicación.

Antes de que terminara la semana se había cumplido la profecía de Macfarlane. Fettes había sobrevivido a sus terrores y olvidado su bajeza. Empezó a adornarse con las plumas de su valor y logró reconstruir la historia de tal manera que podía rememorar aquellos sucesos con malsano orgullo. A su cómplice lo veía poco. Se encontraban en las clases, por supuesto; también recibían

juntos las órdenes de Mr. K. A veces, intercambiaban una o dos palabras en privado y Macfarlane se mostraba de principio a fin particularmente amable y jovial. Pero estaba claro que evitaba cualquier referencia a su común secreto; e incluso cuando Fettes susurraba que había decidido unir su suerte a la de los leones y rechazar la de los corderos, se limitaba a indicarle con una sonrisa que guardara silencio.

Finalmente se presentó una ocasión para que los dos trabajaran juntos de nuevo. En la clase de Mr. K volvían a escasear los cadáveres; los alumnos se mostraban impacientes y una de las aspiraciones del maestro era estar siempre bien provisto. Al mismo tiempo llegó la noticia de que iba a efectuarse un entierro en el rústico cementerio de Glencorse. El paso del tiempo ha modificado muy poco el sitio en cuestión. Estaba situado entonces, como ahora, en un cruce de caminos, lejos de toda humana habitación y escondido bajo el follaje de seis cedros. Los balidos de las ovejas en las colinas de los alrededores; los riachuelos a ambos lados: uno cantando con fuerza entre las piedras y el otro goteando furtivamente entre remanso y remanso; el rumor del viento en los viejos castaños florecidos y, una vez a la semana, la voz de la campana y las viejas melodías del chantre, eran los únicos sonidos que turbaban el silencio de la iglesia rural. El Resurreccionista —por usar un sinónimo de la época— no se sentía coartado por ninguno de los aspectos de la piedad tradicional. Parte integrante de su trabajo era desprestigiar y profanar los pergaminos y las trompetas de las antiguas tumbas, los caminos trillados por pies devotos y afligidos, y las ofrendas e inscripciones que testimonian el afecto de los que aún siguen vivos. En las zonas rústicas, donde el amor es más tenaz de lo corriente y donde lazos de sangre o camaradería unen a toda la sociedad de una parroquia, el ladrón de cadáveres, en lugar de sentirse repelido por natural respeto agradece la facilidad y ausencia de riesgo con que puede llevar a cabo su tarea. A cuerpos que habían sido entregados a la tierra, en gozosa expectación de un despertar bien diferente, les llegaba esa resurrección apresurada, llena de terrores, a la luz de la linterna, de la pala y el azadón. Forzado el ataúd y rasgada la mortaja, los melancólicos restos, vestidos de arpillera, después de dar tumbos durante horas por caminos apartados, privados incluso de la luz de la luna, eran finalmente expuestos a las mayores indignidades ante una clase de muchachos boquiabiertos. De manera semejante a como dos buitres pueden caer en picado sobre un cordero agonizante, Fettes y Macfarlane iban a abatirse sobre una tumba en aquel tranquilo lugar de descanso, lleno de verdura. La esposa de un granjero, una mujer que había vivido sesenta años y había sido conocida por su excelente mantequilla y bondadosa conversación, había de ser arrancada de su tumba a medianoche y transportada, desnuda y sin vida, a la lejana ciudad que ella siempre había honrado poniéndose, para visitarla, sus mejores galas dominicales; el lugar que le correspondía junto a su familia habría de quedar vacío hasta el día del Juicio Final; sus miembros inocentes y siempre venerables habrían de ser expuestos a la fría curiosidad del disector.

A última hora de la tarde los viajeros se pusieron en camino, bien envueltos en sus capas y provistos con una botella de formidables dimensiones. Llovía sin descanso: una lluvia densa y fría que se desplomaba sobre el suelo con inusitada violencia. De vez en cuando soplabla una ráfaga de viento, pero la cortina de lluvia acababa con ella. A pesar de la botella, el trayecto hasta Panicuik, donde pasarían la velada, resultó triste y silencioso. Se detuvieron antes en un espeso bosquecillo no lejos del cementerio para esconder sus herramientas; y volvieron a pararse en la posada Fisher's Tryst, para brindar delante del fuego e intercalar una jarra de cerveza entre los tragos de whisky. Cuando llegaron al final de su viaje, el calesín fue puesto a cubierto, se dio de comer al caballo y los jóvenes doctores se acomodaron en un reservado para disfrutar de la mejor cena y del mejor vino que la casa podía ofrecerles. Las luces, el fuego, el golpear de la lluvia contra la ventana, el frío y

absurdo trabajo que les esperaba, todo contribuía a hacer más placentera la comida. Con cada vaso que bebían su cordialidad aumentaba. Muy pronto Macfarlane entregó a su compañero un montoncito de monedas de oro.

—Un pequeño obsequio —dijo—. Entre amigos estos favores tendrían que hacerse con tanta facilidad como pasa de mano en mano uno de esos fósforos largos para encender la pipa.

Fettes se guardó el dinero y aplaudió con gran vigor el sentir de su colega.

—Eres un verdadero filósofo —exclamó—. Yo no era más que un ignorante hasta que te conocí. Tú y K... ¡Por Belcebú que entre los dos haréis de mí un hombre!

—Por supuesto que sí —asintió Macfarlane—. Aunque si he de serte franco, se necesitaba un hombre para respaldarme el otro día. Hay algunos cobardes de cuarenta años, muy corpulentos y pendencieros, que se hubieran puesto enfermos al ver el cadáver; pero tú no.... tú no perdiste la cabeza. Te estuve observando.

—¿Y por qué tenía que haberla perdido? —presumió Fettes—. No era asunto mío. Hablar no me hubiera producido más que molestias, mientras que si callaba podía contar con tu gratitud, ¿no es cierto? —y golpeó el bolsillo con la mano, haciendo sonar las monedas de oro.

Macfarlane sintió una punzada de alarma ante aquellas desagradables palabras. Puede que lamentara la eficacia de sus enseñanzas en el comportamiento de su joven colaborador, pero no tuvo tiempo de intervenir porque el otro continuó en la misma línea jactanciosa.

—Lo importante es no asustarse. Confieso, aquí, entre nosotros, que no quiero que me cuelguen, y eso no es más que sentido práctico; pero la mojigatería, Macfarlane, nació ya despreciándola. El infierno, Dios, el demonio, el bien y el mal, el pecado, el crimen, y toda esa vieja galería de curiosidades... quizá sirvan para asustar a los chiquillos, pero los hombres de mundo como tú y como yo desprecian esas cosas. ¡Brindemos por la memoria de Gray!

Para entonces se estaba haciendo ya algo tarde. Pidieron que les trajeran el calesín delante de la puerta con los dos faroles encendidos y una vez cumplimentada su orden, pagaron la cuenta y emprendieron la marcha. Explicaron, que iban camino de Peebles y tomaron aquella dirección hasta perder de vista las últimas casas del pueblo; luego, apagando los faroles, dieron la vuelta y siguieron un atajo que les devolvía a Glencorse. No había otro ruido que el de su carruaje y el incesante y estridente caer de la lluvia. Estaba oscuro como boca de lobo aquí y allí un portillo blanco o una piedra del mismo color en algún muro les guiaba por unos momentos; pero casi siempre tenían que avanzar al paso y casi a tientas mientras atravesaban aquella ruidosa oscuridad en dirección hacia su solemne y aislado punto de destino. En la zona de bosques tupidos que rodea el cementerio la oscuridad se hizo total y no tuvieron más solución que volver a encender uno de los faroles del calesín. De esta manera, bajo los árboles goteantes y rodeados de grandes sombras que se movían continuamente, llegaron al escenario de sus impíos trabajos.

Los dos eran expertos en aquel asunto y muy eficaces con la pala; y cuando apenas llevaban veinte minutos de tarea se vieron recompensados con el sordo retumbar de sus herramientas sobre la tapa del ataúd. Al mismo tiempo, Macfarlane, al hacerse daño en la mano con una piedra, la tiró hacia atrás por encima de su cabeza sin mirar. La tumba, en la que, cavando, habían llegado a hundirse ya casi hasta los hombros, estaba situada muy cerca del borde del camposanto; y para que iluminara mejor sus trabajos habían apoyado el farol del calesín contra un árbol casi en el límite del empinado terraplén que descendía hasta el arroyo. La casualidad dirigió certeramente aquella piedra. Se oyó en el acto un estrépito de vidrios rotos; la oscuridad les envolvió; ruidos alternativamente secos y vibrantes sirvieron para anunciarles la trayectoria del farol terraplén abajo, y las veces que chocaba con árboles encontrados en su camino. Una piedra o dos, desplazadas por el farol en su

caída, le siguieron dando tumbos hasta el fondo del vallecillo; y luego el silencio, como la oscuridad, se apoderó de todo; y por mucho que aguzaron el oído no se oía más que la lluvia, que tan pronto llevaba el compás del viento como caía sin altibajos sobre millas y millas de campo abierto.

Como casi estaban terminando ya su aborrecible tarea, juzgaron más prudente acabarla a oscuras. Desenterraron el ataúd y rompieron la tapa; introdujeron el cuerpo en el saco, que estaba completamente mojado, y entre los dos lo transportaron hasta el calesín; uno se montó para sujetar el cadáver y el otro, llevando al caballo por el bocado fue a tientas junto al muro y entre los árboles hasta llegar a un camino más ancho cerca de la posada Fisher's Tryst. Celebraron el débil y difuso resplandor que allí había como si de la luz del sol se tratara; con su ayuda consiguieron poner el caballo a buen paso y empezaron a traquetear alegremente camino de la ciudad.

Los dos se habían mojado hasta los huesos durante sus operaciones y ahora, al saltar el calesín entre los profundos surcos de la senda, el objeto que sujetaban entre los dos caía con todo su peso primero sobre uno y luego sobre el otro. A cada repetición del horrible contacto ambos rechazaban instintivamente el cadáver con más violencia; y aunque los tumbos del vehículo bastaban para explicar aquellos contactos, su repetición terminó por afectar a los dos compañeros. Macfarlane hizo un chiste de mal gusto sobre la mujer del granjero que brotó ya sin fuerza de sus labios y que Fettes dejó pasar en silencio. Pero su extraña carga seguía chocando a un lado y a otro; tan pronto la cabeza se recostaba confianzudamente sobre un hombro como un trozo de empapada arpillera aleteaba gélidamente delante de sus rostros. Fettes empezó a sentir frío en el alma. Al contemplar el bulto tenía la impresión de que hubiera aumentado de tamaño. Por todas partes, cerca del camino y también a lo lejos, los perros de las granjas acompañaban su paso con trágicos aullidos; y el muchacho se fue convenciendo más y más de que algún inconcebible milagro había tenido lugar; que en aquel cuerpo muerto se había producido algún cambio misterioso y que los perros aullaban debido al miedo que les inspiraba su terrible carga.

—Por el amor de Dios —dijo, haciendo un gran esfuerzo para conseguir hablar—, por el amor de Dios, ¡encendamos una luz!

Macfarlane, al parecer, se veía afectado por los acontecimientos de manera muy similar y, aunque no dio respuesta alguna, detuvo al caballo, entregó las riendas a su compañero, se apeó y procedió a encender el farol que les quedaba. No habían llegado para entonces más allá del cruce de caminos que conduce a Auchenclinny. La lluvia seguía cayendo como si fuera a repetirse el diluvio universal, y no era nada fácil encender fuego en aquel mundo de oscuridad y de agua. Cuando por fin la vacilante llama azul fue traspasada a la mecha y empezó a ensancharse y hacerse más luminosa, creando un amplio círculo de imprecisa claridad alrededor del calesín, los dos jóvenes fueron capaces de verse el uno al otro y también el objeto que acarreaban. La lluvia había ido amoldando la arpillera al contorno del cuerpo que cubría, de manera que la cabeza se distinguía perfectamente del tronco, y los hombros se recortaban con toda claridad; algo a la vez espectral y humano les obligaba a mantener los ojos fijos en aquel horrible compañero de viaje.

Durante algún tiempo Macfarlane permaneció inmóvil, sujetando el farol. Un horror inexpresable envolvía el cuerpo de Fettes como una sábana humedecida, crispando al mismo tiempo sus lívidas facciones, un miedo que no tenía sentido, un horror a lo que no podía ser se iba apoderando de su cerebro. Un segundo más y hubiera hablado. Pero su compañero se le adelantó.

—Esto no es una mujer —dijo Macfarlane con voz que no era más que un susurro.

—Era una mujer cuando la subimos al calesín —respondió Fettes.

—Sostén el farol —dijo el otro—. Tengo que verle la cara.

Y mientras Fettes mantenía en alto el farol, su compañero desató el saco y dejó la cabeza al

descubierto. La luz iluminó con toda claridad las bien moldeadas facciones y afeitadas mejillas de un rostro demasiado familiar, que ambos jóvenes habían contemplado con frecuencia en sus sueños. Un violento alarido rasgó la noche; ambos a una saltaron del coche; el farol cayó y se rompió, apagándose; y el caballo, aterrado por toda aquella agitación tan fuera de lo corriente, se encabritó y salió disparado hacia Edimburgo a todo galope, llevando consigo, como único ocupante del calesín, el cuerpo de aquel Gray con el que los estudiantes de anatomía hicieran prácticas de disección meses atrás.

Pitlochry, 1881.

—Sí —dijo el anticuario—, nuestras buenas oportunidades son de varias clases. Algunos clientes no saben lo que me traen, y en ese caso percibo un dividendo en razón de mis mayores conocimientos. Otros no son honrados —y aquí levantó la vela, de manera que su luz iluminó con más fuerza las facciones del visitante—, y en ese caso —continuó— recojo el beneficio debido a mi integridad.

Markheim acababa de entrar, procedente de las calles soleadas, y sus ojos no se habían acostumbrado aún a la mezcla de brillos y oscuridades del interior de la tienda. Aquellas palabras mordaces y la proximidad de la llama le obligaron a cerrar los ojos y a torcer la cabeza.

El anticuario rió entre dientes.

—Viene usted a verme el día de Navidad —continuó—, cuando sabe que estoy solo en mi casa, con los cierres echados y que tengo por norma no hacer negocios en esas circunstancias. Tendrá usted que pagar por ello; también tendría que pagar por el tiempo que pierda, puesto que yo debería estar cuadrando mis libros; y tendrá que pagar, además, por la extraña manera de comportarse que tiene usted hoy. Soy un modelo de discreción y no hago preguntas embarazosas; pero cuando un cliente no es capaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello.

El anticuario rió una vez más entre dientes; y luego, volviendo a su voz habitual para tratar de negocios, pero todavía con entonación irónica, continuó:

—¿Puede usted explicar, como de costumbre, de qué manera ha llegado a su poder el objeto en cuestión? ¿Procede también del gabinete de su tío? ¡Un coleccionista excepcional, desde luego!

Y el anticuario, un hombrecillo pequeño y de hombros caídos, se le quedó mirando, casi de puntillas, por encima de sus lentes de montura dorada, moviendo la cabeza con expresión de total incredulidad. Markheim le devolvió la mirada con otra de infinita compasión en la que no faltaba una sombra de horror.

—Esta vez —dijo— está usted equivocado. No vengo a vender sino a comprar. Ya no dispongo de ningún objeto: del gabinete de mi tío sólo queda el revestimiento de las paredes; pero aunque estuviera intacto, mi buena fortuna en la Bolsa me empujaría más bien a ampliarlo. El motivo de mi visita es bien sencillo. Busco un regalo de Navidad para una dama —continuó, creciendo en elocuencia al enlazar con la justificación que traía preparada—; y tengo que presentar mis excusas por molestarle para una cosa de tan poca importancia. Pero ayer me descuidé y esta noche debo hacer entrega de mi pequeño obsequio; y, como sabe usted perfectamente, el matrimonio con una mujer rica es algo que no debe despreciarse.

A esto siguió una pausa, durante la cual el anticuario pareció sopesar incrédulamente aquella afirmación. El tic-tac de muchos relojes entre los curiosos muebles de la tienda, y el rumor de los cabriolés en la cercana calle principal, llenaron el silencioso intervalo.

—De acuerdo, señor —dijo el anticuario—, como usted diga. Después de todo es usted un viejo cliente; y si, como dice, tiene la oportunidad de hacer un buen matrimonio, no seré yo quien le ponga obstáculos. Aquí hay algo muy adecuado para una dama —continuó—; este espejo de mano, del siglo XV, garantizado; también procede de una buena colección, pero me reservo el nombre por discreción hacia mi cliente, que como usted, mi querido señor, era el sobrino y único heredero de un notable coleccionista.

El anticuario, mientras seguía hablando con voz fría y sarcástica, se detuvo para coger un

objeto; y, mientras lo hacia, Markheim sufrió un sobresalto, una repentina crispación de muchas pasiones tumultuosas que se abrieron camino hasta su rostro. Pero su turbación desapareció tan rápidamente como se había producido, sin dejar otro rastro que un leve temblor en la mano que recibía el espejo.

—Un espejo —dijo con voz ronca; luego hizo una pausa y repitió la palabra con más claridad—. ¿Un espejo? ¿Para Navidad? Usted bromea.

—¿Y por qué no? —exclamó el anticuario—. ¿Por qué un espejo no?

Markheim lo contemplaba con una expresión indefinible.

—¿Y usted me pregunta por qué no? —dijo—. Basta con que mire aquí..., mírese en él... ¡Véase usted mismo! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! A mí tampoco me gusta... ni a ningún hombre.

El hombrecillo se había echado para atrás cuando Markheim le puso el espejo delante de manera tan repentina; pero al descubrir que no había ningún otro motivo de alarma, rió de nuevo entre dientes.

—La madre naturaleza no debe de haber sido muy liberal con su futura esposa, señor —dijo el anticuario.

—Le pido —replicó Markheim— un regalo de Navidad y me da usted esto: un maldito recordatorio de años, de pecados, de locuras... ¡una conciencia de mano! ¿Era ésa su intención? ¿Pensaba usted en algo concreto? Dígamelo. Será mejor que lo haga. Vamos, hábleme de usted. Voy a arriesgarme a hacer la suposición de que en secreto es usted un hombre muy caritativo.

El anticuario examinó detenidamente a su interlocutor. Resultaba muy extraño, porque Markheim no daba la impresión de estar riéndose; había en su rostro algo así como un ansioso chispazo de esperanza, pero ni el menor asomo de hilaridad.

—¿A qué se refiere? —preguntó el anticuario.

—¿No es caritativo? —replicó el otro sombríamente—. Sin caridad; impío; sin escrúpulos; no quiere a nadie y nadie le quiere; una mano para coger el dinero y una caja fuerte para guardarlo. ¿Es eso todo? ¡Santo cielo, buen hombre! ¿Es eso todo?

—Voy a decirle lo que es en realidad —empezó el anticuario, con voz cortante, que acabó de nuevo con una risa entre dientes—. Ya veo que se trata de un matrimonio de amor, y que ha estado usted bebiendo a la salud de su dama.

—¡Ah! —exclamó Markheim, con extraña curiosidad—. ¿Ha estado usted enamorado? Hábleme de ello.

—Yo —exclamó el anticuario—, ¿enamorado? Nunca he tenido tiempo? ni lo tengo ahora para oír todas estas tonterías. ¿Va usted a llevarse el espejo?

—¿Por qué tanta prisa? —replicó Markheim—. Es muy agradable estar aquí hablando; y la vida es tan breve y tan insegura que no quisiera apresurarme a agotar ningún placer; no, ni siquiera uno con tan poca entidad como éste. Es mejor agarrarse, agarrarse a lo poco que esté a nuestro alcance, como un hombre al borde de un precipicio. Cada segundo es un precipicio, si se piensa en ello; un precipicio de una milla de altura; lo suficientemente alto para destruir, si caemos, hasta nuestra última traza de humanidad. Por eso es mejor que hablemos con calma. Hablemos de nosotros mismos: ¿por qué tenemos que llevar esta máscara? Hagámonos confianzas. ¡Quién sabe, hasta es posible que lleguemos a ser amigos!

—Sólo tengo una cosa que decirle —respondió el anticuario—. ¡Haga usted su compra o váyase de mi tienda!

—Es cierto, es cierto —dijo Markheim—. Ya está bien de bromas. Los negocios son los negocios. Enséñeme alguna otra cosa.

El anticuario se agachó de nuevo, esta vez para dejar el espejo en la estantería, y sus finos cabellos rubios le cubrieron los ojos mientras lo hacía. Markheim se acercó a él un poco más, con una mano en el bolsillo de su abrigo; se irguió, llenándose de aire los pulmones; al mismo tiempo muchas emociones diferentes aparecieron antes en su rostro: terror y decisión, fascinación y repulsión física; y mediante un extraño fruncimiento del labio superior, enseñó los dientes.

—Esto, quizá, resulte adecuado —hizo notar el anticuario; y mientras se incorporaba, Markheim saltó desde detrás sobre su víctima. La estrecha daga brilló un momento antes de caer. El anticuario forcejeó como una gallina, se dio un golpe en la sien con la repisa y luego se desplomó sobre el suelo como un rebuño de trapos.

El tiempo hablaba por un sinfín de voces apenas audibles en aquella tienda; había otras solemnes y lentas como correspondía a sus muchos años, y aun algunas parlanchinas y apresuradas. Todas marcaban los segundos en un intrincado coro de tic-tacs. Luego, el ruido de los pies de un muchacho, corriendo pesadamente sobre la acera, irrumpió entre el conjunto de voces, devolviendo a Markheim la conciencia de lo que tenía alrededor. Contempló la tienda lleno de pavor. La vela seguía sobre el mostrador, y su llama se agitaba solemnemente debido a una corriente de aire; y por aquel movimiento insignificante, la habitación entera se llenaba de silenciosa agitación, subiendo y bajando como las olas del mar; las sombras alargadas cabeceaban, las densas manchas de oscuridad se dilataban y contraían como si respirasen, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiaban y ondulaban como imágenes sobre el agua. La puerta interior seguía entreabierta y escudriñaba el confuso montón de sombras con una larga rendija de luz semejante a un índice extendido.

De aquellas aterrorizadas ondulaciones los ojos de Markheim se volvieron hacia el cuerpo de la víctima, que yacía encogido y desparramado al mismo tiempo; increíblemente pequeño y, cosa extraña, más mezquino aún que en vida. Con aquellas pobres ropas de avaro, en aquella desgarbada actitud, el anticuario yacía como si no fuera más que un montón de serrín. Markheim había temido mirarlo y he aquí que no era nada. Y sin embargo mientras lo contemplaba, aquel montón de ropa vieja y aquel charco de sangre empezaron a expresarse con voces elocuentes. Allí tenía que quedarse; no había nadie que hiciera funcionar aquellas articulaciones o que pudiera dirigir el milagro de su locomoción: allí tenía que seguir hasta que lo encontraran. Y ¿cuando lo encontraran? Entonces, su carne muerta lanzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra y llenaría el mundo con los ecos de la persecución. Muerto o vivo aquello seguía siendo el enemigo. «El tiempo era el enemigo cuando faltaba la inteligencia», pensó; y la primera palabra se quedó grabada en su mente. El tiempo, ahora que el crimen había sido cometido; el tiempo, que había terminado para la víctima, se había convertido en perentorio y trascendental para el asesino.

Aún seguía pensando en esto cuando, primero uno y luego otro, con los ritmos y las voces más variadas —una tan profunda como la campana de una catedral, otra esbozando con sus notas agudas el prelude de un vals—, los relojes empezaron a dar las tres.

El repentino desatarse de tantas lenguas en aquella cámara silenciosa le desconcertó. Empezó a ir de un lado para otro con la vela, acosado por sombras en movimiento, sobresaltado en lo más vivo por reflejos casuales. En muchos lujosos espejos, algunos de estilo inglés, otros de Venecia o Amsterdam, vio su cara repetida una y otra vez, como si se tratara de un ejército de espías; sus mismos ojos detectaban su presencia; y el sonido de sus propios pasos, aunque anduviera con cuidado, turbaba la calma circundante. Y todavía, mientras continuaba llenándose los bolsillos, su mente le hacía notar con odiosa insistencia los mil defectos de su plan. Tendría que haber elegido una hora más tranquila; haber preparado una coartada; no debería haber usado un cuchillo, tendría

que haber sido más cuidadoso y atar y amordazar sólo al anticuario en lugar de matarlo; o, mejor, ser aún más atrevido y matar también a la criada; tendría que haberlo hecho todo de manera distinta; intensos remordimientos, vanos y tediosos esfuerzos de la mente para cambiar lo incambiable, para planear lo que ya no servía de nada, para ser el arquitecto del pasado irrevocable. Mientras tanto, y detrás de toda esta actividad, terrores primitivos, como un escabullirse de ratas en un ático desierto, llenaban de agitación las más remotas cámaras de su cerebro; la mano del policía caería pesadamente sobre su hombro y sus nervios se estremecerían como un pez cogido en el anzuelo; o presenciaba, en desfile galopante, el arresto, la prisión, la horca y el negro ataúd.

El terror a los habitantes de la calle bastaba para que su imaginación los percibiera como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que algún rumor del forcejeo no hubiera llegado a sus oídos, despertando su curiosidad; y ahora, en todas las casas vecinas, adivinaba a sus ocupantes inmóviles, al acecho de cualquier rumor: personas solitarias, condenadas a pasar la Navidad sin otra compañía que los recuerdos del pasado, y ahora forzadas a abandonar tan melancólica tarea; alegres grupos de familiares, repentinamente silenciosos alrededor de la mesa, la madre aún con un dedo levantado; personas de distintas categorías, edades y estados de ánimo, pero todos, dentro de su corazón, curioseando y prestando atención y tejiendo la soga que habría de ahorcarle. A veces le parecía que no era capaz de moverse con la suficiente suavidad; el tintineo de las altas copas de Bohemia parecía un redoblar de campanas; y, alarmado por la intensidad de los tic-tac, sentía la tentación de parar todos los relojes. Luego, con una rápida transformación de sus terrores, el mismo silencio de la tienda le parecía una fuente de peligro, algo capaz de sorprender y asustar a los que pasaran por la calle; y entonces andaba con más energía y se movía entre los objetos de la tienda imitando, jactanciosamente, los movimientos de un hombre ocupado, en el sosiego de su propia casa.

Pero estaba tan dividido entre sus diferentes miedos que, mientras una porción de su mente seguía alerta y haciendo planes, otra temblaba al borde de la locura. Una particular alucinación había conseguido tomar fuerte arraigo. El vecino escuchando con rostro lívido junto a la ventana, el viandante detenido en la acera por una horrible conjetura, podían sospechar pero no saber; a través de las paredes de ladrillo y de las ventanas cerradas sólo pasaban los sonidos. Pero allí, dentro de la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí; había visto salir a la criada en busca de su novio, humildemente engalanada y con un «voy a pasar el día fuera» escrito en cada lazo y en cada sonrisa. Sí, estaba solo, por supuesto; y, sin embargo, en la casa vacía que se alzaba por encima de él, oía con toda claridad un leve ruido de pasos..., era consciente, inexplicablemente consciente de una presencia. Efectivamente; su imaginación era capaz de seguirla por cada habitación y cada rincón de la casa; a veces era una cosa sin rostro que tenía, sin embargo, ojos para ver; otras, una sombra de sí mismo; luego la presencia cambiaba, convirtiéndose en la imagen del anticuario muerto, revivificada por la astucia y el odio.

A veces, haciendo un gran esfuerzo, miraba hacia la puerta entreabierta que aún conservaba un extraño poder de repulsión. La casa era alta, la claraboya pequeña y cubierta de polvo, el día casi inexistente en razón de la niebla; y la luz que se filtraba hasta el piso bajo débil en extremo, capaz apenas de iluminar el umbral de la tienda. Y, sin embargo, en aquella franja de dudosa claridad, ¿no temblaba una sombra?

Repentinamente, desde la calle, un caballero muy jovial empezó a llamar con su bastón a la puerta de la tienda, acompañando los golpes con gritos y bromas en las que se hacían continuas referencias al anticuario llamándolo por su nombre de pila. Markheim, convertido en estatua de hielo, lanzó una mirada al muerto. Pero no había nada que temer: seguía tumbado, completamente inmóvil; había huido a un sitio donde ya no podía escuchar aquellos golpes y aquellos gritos; se

había hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que en otro tiempo fuera capaz de atraer su atención en medio del fragor de la tormenta, se había convertido en un sonido vacío. Y en seguida el jovial caballero renunció a llamar y se alejó calle adelante.

Aquello era una clara insinuación de que convenía apresurar lo que faltaba por hacer; que convenía marcharse de aquel barrio acusador, sumergirse en el baño de las multitudes londinenses y alcanzar, al final del día, aquel puerto de salvación y de aparente inocencia que era su cama. Había aparecido un visitante: en cualquier momento podía aparecer otro y ser más obstinado. Haber cometido el crimen y no recoger los frutos sería un fracaso demasiado atroz. La preocupación de Markheim en aquel momento era el dinero, y como medio para llegar hasta él, las llaves.

Miró por encima del hombro hacia la puerta entreabierta, donde aún permanecía la sombra temblorosa; y sin conciencia de ninguna repugnancia mental pero con un peso en el estómago, Markheim se acercó al cuerpo de su víctima. Los rasgos humanos característicos habían desaparecido completamente. Era como un traje relleno a medias de serrín, con las extremidades desparramadas y el tronco doblado; y sin embargo conseguía provocar su repulsión. A pesar de su pequeñez y de su falta de lustre. Markheim temía que recobrarla realidad al tocarlo. Cogió el cuerpo por los hombros para ponerlo boca arriba. Resultaba extrañamente ligero y flexible y las extremidades, como si estuvieran rotas, se colocaban en las más extrañas posturas. El rostro había quedado desprovisto de toda expresión, pero estaba tan pálido como la cera, y con una mancha de sangre en la sien. Esta circunstancia resultó muy desagradable para Markheim. Le hizo volver al pasado de manera instantánea; a cierto día de feria en una aldea de pescadores, un día gris con una suave brisa; a una calle llena de gente, al sonido estridente de las trompetas, al redoblar de los tambores, y a la voz nasal de un cantante de baladas; y a un muchacho que iba y venía, sepultado bajo la multitud y dividido entre la curiosidad y el miedo, hasta que, alejándose de la zona más concurrida, se encontró con una caseta y un gran cartel con diferentes escenas, atrocemente dibujadas y peor coloreadas: Brownrigg y su aprendiz; los Mannig con su huésped asesinado; Weare en el momento de su muerte a manos de Thurtell; y una veintena más de crímenes famosos. Lo veía con tanta claridad como si fuera un espejismo; Markheim era de nuevo aquel niño; miraba una vez más, con la misma sensación física de náusea, aquellas horribles pinturas, todavía estaba atontado por el redoblar de los tambores. Un compás de la música de aquel día le vino a la memoria; y ante aquello, por primera vez, se sintió acometido de escrúpulos, experimentó una sensación de mareo y una repentina debilidad en las articulaciones, y tuvo que hacer un esfuerzo para resistir y vencerlas.

Juzgó más prudente enfrentarse con aquellas consideraciones que huir de ellas; contemplar con toda fijeza el rostro muerto y obligar la mente a darse cuenta de la naturaleza e importancia de su crimen. Hacía tan poco tiempo que aquel rostro había expresado los más variados sentimientos que aquella boca había hablado, que aquel cuerpo se había encendido con energías encaminadas hacia una meta; y ahora, y por obra suya aquel pedazo de vida se había detenido, como el relojero, interponiendo un dedo, detiene el latir del reloj. Así razonaba en vano; no conseguía sentir más remordimientos; el mismo corazón que se había encogido ante las pintadas efigies del crimen, contemplaba indiferente su realidad. En el mejor de los casos, sentía un poco de piedad por uno que había poseído en vano todas esas facultades que pueden hacer del mundo un jardín encantado; uno que nunca había vivido y que ahora estaba ya muerto. Pero de contricción, nada; ni el más leve rastro.

Con esto, después de apartar de sí aquellas consideraciones, encontró las llaves y se dirigió hacia la puerta entreabierta. En el exterior llovía con fuerza; y el ruido del agua sobre el tejado había roto el silencio. Al igual que una cueva con goteras, las habitaciones de la casa estaban llenas de un

eco incesante que llenaba los oídos y se mezclaba con el tic-tac de los relojes. Y, a medida que Markheim se acercaba a la puerta, le pareció oír, en respuesta a su cauteloso caminar, los pasos de otros pies que se retiraban escaleras arriba. La sombra todavía palpitaba en el umbral. Markheim hizo un esfuerzo supremo para dar confianza a sus músculos y abrió la puerta de par en par.

La débil y neblinosa luz del día iluminaba apenas el suelo desnudo, las escaleras, la brillante armadura colocada, alabarda en mano, en un extremo del descansillo, y los relieves en madera oscura y los cuadros que colgaban de los paneles amarillos del revestimiento. Era tan fuerte el golpear de la lluvia por toda la casa que, en los oídos de Markheim, empezó a diferenciarse en muchos sonidos diversos. Pasos y suspiros, el ruido de un regimiento marchando a lo lejos, el tintineo de monedas al contarlas, el chirriar de puertas cautelosamente entreabiertas, parecía mezclarse con el repiqueteo de las gotas sobre la cúpula y con el gorgoteo de los desagües. La sensación de que no estaba solo creció dentro de él hasta llevarlo al borde de la locura. Por todos lados se veía acechado y cercado por aquellas presencias. Las oía moverse en las habitaciones altas; oía levantarse en la tienda al anticuario; y cuando empezó, haciendo un gran esfuerzo, a subir las escaleras, sintió pasos que huían silenciosamente delante de él y otros que le seguían cautelosamente. Si estuviera sordo, pensó Markheim, ¡qué fácil le sería conservar la calma! Y en seguida, y escuchando con atención siempre renovada, se felicitó a sí mismo por aquel sentido infatigable que mantenía alerta a las avanzadillas y era un fiel centinela encargado de proteger su vida. Markheim giraba la cabeza continuamente, sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, exploraban por todas partes, y en todas partes se veían recompensados a medias con la cola de algún ser innominado que se desvanecía. Los veinticuatro escalones hasta el primer piso fueron otras tantas agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas; tres puertas como tres emboscadas, haciéndole estremecerse como si fueran bocas de cañón. Nunca más, pensó podría sentirse suficientemente protegido contra los observadores ojos de los hombres; anhelaba estar en su casa, rodeado de paredes, hundido entre las ropas de la cama, e invisible a todos menos a Dios. Y ante aquel pensamiento se sorprendió un poco, recordando historias de otros criminales y del miedo que, según contaban, sentían ante la idea de un vengador celestial. No sucedía así, al menos, con él. Markheim temía las leyes de la naturaleza, no fuera que en su indiferente e inmutable proceder, conservaran alguna prueba concluyente de su crimen. Temía diez veces más, con un terror supersticioso y abyecto, algún corte en la continuidad de la experiencia humana, alguna caprichosa ilegalidad de la naturaleza. El suyo era un juego de habilidad, que dependía de reglas, que calculaba las consecuencias a partir de una causa; y ¿qué pasaría si la naturaleza, de la misma manera que el tirano derrotado volcó el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su concatenación? Algo parecido le había sucedido a Napoleón (al menos eso decían los escritores) cuando el invierno cambió el momento de su aparición. Lo mismo podía sucederle a Markheim; las sólidas paredes podían volverse transparentes y revelar sus acciones como las colmenas de cristal revelan las de las abejas; las recias tablas podían ceder bajo sus pies como arenas movedizas, reteniéndolo en su poder; y existían accidentes perfectamente posibles capaces de destruirlo; así, por ejemplo, la casa podía derrumbarse y aprisionarlo junto al cuerpo de su víctima; o podía arder la casa vecina y verse rodeado de bomberos por todas partes. Estas cosas le inspiraban miedo; y, en cierta manera, a esas cosas se las podía considerar como la mano de Dios extendida contra el pecado. Pero en cuanto a Dios mismo, Markheim se sentía tranquilo; la acción cometida por él era sin duda excepcional, pero también lo eran sus excusas, que Dios conocía; era en ese tribunal y no entre los hombres, donde estaba seguro de alcanzar justicia.

Después de llegar sano y salvo a la sala y de cerrar la puerta tras de sí, Markheim se dio cuenta

de que iba a disfrutar de un descanso después de tantos motivos de alarma. La habitación estaba completamente desmantelada, sin alfombra por añadidura, con muebles descabalados y cajas de embalaje esparcidos aquí y allá; había varios espejos de cuerpo entero, en los que podía verse desde diferentes ángulos, como un actor sobre un escenario; muchos cuadros, enmarcados o sin enmarcar, de espaldas contra la pared; un elegante aparador Sheraton, un armario de marquetería, y una gran cama antigua, con dosel. Las ventanas se abrían hasta el suelo, pero afortunadamente la parte inferior de los postigos estaba cerrada, y esto le ocultaba de los vecinos. Markheim procedió entonces a colocar una de las cajas de embalaje delante del armario y empezó a buscar entre las llaves. Era una tarea larga, porque había muchas, y molesta por añadidura; después de todo, podía no haber nada en el armario y el tiempo pasaba volando. Pero el ocuparse de una tarea tan concreta sirvió para que se serenara. Con el rabllo del ojo veía la puerta: de cuando en cuando miraba hacia ella directamente, de la misma manera que al comandante de una plaza sitiada le gusta comprobar por sí mismo el buen estado de sus defensas. Pero en realidad estaba tranquilo. El ruido de la lluvia que caía en la calle resultaba perfectamente normal y agradable. En seguida, al otro lado, alguien empezó a arrancar notas de un piano hasta formar la música de un himno, y las voces de muchos niños se le unieron para cantar la letra. ¡Qué majestuosa y tranquilizadora era la melodía! ¡Qué agradables las voces juveniles! Markheim las escuchó sonriendo, mientras revisaba las llaves; y su mente se llenó de imágenes e ideas en correspondencia con aquella música; niños camino de la iglesia mientras resonaba el órgano; niños en el campo, unos bañándose en el río otros vagabundeando por el prado o haciendo volar sus cometas por un cielo cubierto de nubes empujadas por el viento; y después, al cambiar el ritmo de la música, otra vez en la iglesia, con la somnolencia de los domingos de verano, la voz aguda y un tanto afectada del párroco (que le hizo sonreír al recordarla), las tumbas del período jacobino, y el texto de los Diez Mandamientos grabado en el presbiterio con caracteres ya apenas visibles.

Y mientras estaba así sentado, distraído y ocupado al mismo tiempo, algo le sobresaltó, haciéndole ponerse en pie. Tuvo una sensación como de hielo, y luego un calor insoportable, le pareció que el corazón iba estallarle dentro del pecho y finalmente se quedó inmóvil, temblando de horror. Alguien subía la escalera con pasos lentos pero firmes; en seguida una mano se posó sobre el picaporte, la cerradura emitió un suave chasquido y la puerta se abrió.

El miedo tenía a Markheim atenazado. No sabía qué esperar: si al muerto redivivo, a los enviados oficiales de la justicia humana, o a algún testigo casual que, sin saberlo, estaba a punto de entregarlo a la horca. Pero cuando el rostro que apareció en la abertura recorrió la habitación con la vista, lo miró, hizo una inclinación de cabeza, sonrió como si reconociera en él a un amigo, retrocedió de nuevo y cerró la puerta tras de sí, Markheim fue incapaz de controlar su miedo y dejó escapar un grito ahogado. Al oírlo, el visitante volvió a entrar.

—¿Me llamaba? —preguntó con gesto cordial; y con esto, introdujo todo el cuerpo en la habitación y cerró de nuevo la puerta.

Markheim lo contempló con la mayor atención imaginable. Quizá su vista tropezaba con algún obstáculo, porque la silueta del recién llegado parecía modificarse y ondular como la de los ídolos de la tienda bajo la luz vacilante de la vela; a veces le parecía reconocerlo; a veces le daba la impresión de parecerse a él; y a cada momento, como un peso intolerable, crecía en su pecho la convicción de que aquel ser no procedía ni de la tierra ni de Dios.

Y sin embargo aquella criatura tenía un extraño aire de persona corriente mientras miraba a Markheim sin dejar de sonreír; y después, cuando añadió: «¿Está usted buscando el dinero, no es cierto?», lo hizo con un tono cortés que nada tenía de extraordinario.

Markheim no contestó.

—Debo advertirle —continuó el otro— que la criada se ha separado de su novio antes de lo habitual y que no tardará mucho en estar de vuelta. Si Mr. Markheim fuera encontrado en esta casa, no necesito describirle las consecuencias.

—¿Me conoce usted? —exclamó el asesino.

El visitante sonrió.

—Hace mucho que es usted uno de mis preferidos —dijo—; le he venido observando durante todo este tiempo y he deseado ayudarle con frecuencia.

—¿Quién es usted? —exclamó Markheim—: ¿el Demonio?

—Lo que yo pueda ser —replicó el otro— no afecta para nada al servicio que me propongo prestarle.

—¡Sí que lo afecta! —exclamó Markheim—, ¡claro que sí! ¿Ser ayudado por usted? ¡No, nunca, no por usted! ¡Todavía no me conoce, gracias a Dios, todavía no!

—Le conozco —replicó el visitante, con tono severo o más bien firme—. Conozco hasta sus más íntimos pensamientos.

—¡Me conoce! —exclamó Markheim—. ¿Quién puede conocerme? Mi vida no es más que una parodia y una calumnia contra mí mismo. He vivido para contradecir mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos son mejores que este disfraz que va creciendo y acaba asfixiándolos. La vida se los lleva a todos a rastras, como si un grupo de malhechores se hubiera apoderado de ellos y acallara sus gritos a la fuerza. Si no hubieran perdido el control..., si se les pudiera ver la cara, serían completamente diferentes, ¡resplandecerían como héroes y como santos! Yo soy peor que la mayoría; mi ser auténtico está más oculto; mis razones sólo las conocemos Dios y yo. Pero, si tuviera tiempo, podría mostrarme tal como soy.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Sobre todo ante usted —replicó el asesino—. Le suponía inteligente. Pensaba, puesto que existe, que resultaría capaz de leer los corazones. Y, sin embargo, ¡se propone juzgarme por mis actos! Piense en ello; ¡mis actos! Nací y he vivido en una tierra de gigantes; gigantes que me arrastran, cogido por las muñecas, desde que salí del vientre de mi madre: los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted va a juzgarme por mis actos! ¿No es capaz de mirar en mi interior? ¿No comprende que el mal me resulta odioso? ¿No ve usted cómo la conciencia escribe dentro de mi con caracteres muy precisos, nunca borrados por sofismas caprichosos, pero sí frecuentemente desobedecidos? ¿No me reconoce usted como algo seguramente tan común como la misma humanidad: el pecador que no quiere serlo?

—Se expresa usted con mucho sentimiento —fue la respuesta—, pero todo eso no me concierne. Esas razones quedan fuera de mi competencia, y no me interesan en absoluto los apremios por los que se ha visto usted arrastrado; tan sólo que le han llevado en la dirección correcta. Pero el tiempo pasa; la criada se retrasa mirando las gentes que pasan y los dibujos de las carteleras, pero está cada vez más cerca; y recuerde, ¡es como si la horca misma caminara hacia usted por las calles en este día de Navidad! ¿No debería ayudarle, yo que lo sé todo? ¿No debería decirle dónde está el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco este servicio como regalo de Navidad —contestó el otro.

Markheim no pudo evitar la triste sonrisa de quien alcanza una amarga victoria.

—No —dijo—; no quiero nada que venga de sus manos; si estuviera muriéndome de sed, y fuera su mano quien acercara una jarra a mis labios, tendría el valor de rechazarla. Puede que sea excesivamente crédulo, pero no haré nada que me ligue voluntariamente al mal.

—No tengo nada en contra de un arrepentimiento en el lecho de muerte —hizo notar el visitante.

—¡Porque no cree usted en su eficacia! exclamó Markheim.

—No diría yo eso —respondió el otro—; en realidad miro estas cosas desde otra perspectiva, y cuando la vida llega a su fin, mi interés decae. El hombre en cuestión ha vivido sirviéndome, extendiendo el odio disfrazado de religión, o sembrando cizaña en los trigales, como hace usted, a lo largo de una vida caracterizada por la debilidad frente a los deseos. Cuando el fin se acerca, sólo puede hacerme un servicio más: arrepentirse, morir sonriendo, aumentando así la confianza y la esperanza de los más tímidos entre mis seguidores. No soy un amo demasiado severo. Haga la prueba. Acepte mi ayuda. Disfrute de la vida como lo ha hecho hasta ahora; disfrute con mayor amplitud, ponga los codos sobre la mesa; y cuando empiece a anochecer y se cierren las cortinas, le digo, para su tranquilidad, que hasta le resultará fácil llegar a un acuerdo con su conciencia y hacer las paces con Dios. Regreso ahora mismo de estar junto al lecho de muerte de un hombre así, y la habitación estaba llena de personas sinceramente apesadumbradas escuchando sus últimas palabras: y cuando le he mirado a la cara, una cara que reaccionaba contra la compasión con la dureza del pedernal, he encontrado en ella una sonrisa de esperanza.

—Entonces, ¿me cree usted una criatura como ésas? —preguntó Markheim—. ¿Cree usted que no tengo aspiraciones más generosas que pecar y pecar y pecar, para, en el último instante, colarme de rondón en el cielo? Mi corazón se rebela ante semejante idea. ¿Es ésa toda la experiencia que tiene usted de la humanidad? ¿O es que, como me sorprende usted con las manos en la masa, se imagina tanta bajeza? ¿O es que el asesinato es un crimen tan impío que seca por completo la fuente misma del bien?

—El asesinato no constituye para mí una categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son asesinatos, igual que toda vida es guerra. Veo a su raza como un grupo de marineros hambrientos sobre una balsa, arrebatando las últimas migajas de las manos más necesitadas y alimentándose cada uno de las vidas de los demás. Sigo los pecados más allá del momento de su realización; descubro en todos que la última consecuencia es la muerte; y desde mi punto de vista, la hermosa doncella que con tan encantadores modales contraría a su madre con motivo de un baile, no está menos cubierta de sangre humana que un asesino como usted. ¿He dicho que sigo los pecados? También me interesan las virtudes; apenas se diferencian de ellos en el espesor de un cabello: unos y otras son las guadañas que utiliza el ángel de la Muerte para recoger su cosecha. El mal, para el cual yo vivo, no consiste en la acción sino en el carácter. El hombre malvado me es caro; no así el acto malo, cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos suficientemente lejos, en su descenso por la catarata de las edades, quizá se revelaran como más beneficiosos que los de las virtudes más excepcionales. Y si yo me ofrezco a facilitar su huída, ello no se debe a que haya usted asesinado a un anticuario, sino a que es usted Markheim.

—Voy a abrirle mi corazón —contestó Markheim—. Este crimen en el que usted me ha sorprendido es el último. En mi camino hacia él he aprendido muchas lecciones; el crimen mismo es una lección, una lección de gran importancia. Hasta ahora me he rebelado por las cosas que no tenía; era un esclavo amarrado a la pobreza, empujado y fustigado por ella. Existen virtudes robustas capaces de resistir esas tentaciones; no era ése mi caso: yo tenía sed de placeres. Pero hoy, mediante este crimen, obtengo riquezas y una advertencia; la posibilidad y la firme decisión de ser yo mismo. Paso a ser en todo una voluntad libre; empiezo a verme completamente cambiado; a considerar estas manos agentes del bien y este corazón, una fuente de paz. Algo vuelve a mí desde el pasado; algo que soñaba los domingos por la tarde con un fondo de música de órgano; o que planeaba cuando derramaba lágrimas sobre libros llenos de nobles ideas, cuando hablaba con mi madre, aún niño

inocente. En eso estriba el sentido de mi vida; he andado errante unos cuantos años, pero ahora veo una vez más cuál es mi destino.

—Va usted a usar el dinero en la Bolsa, ¿no es cierto? —observó el visitante—; y, si no estoy equivocado, ¿no a perdido usted allí anteriormente varios miles?

—Sí —dijo Markheim—; pero esta vez se trata de una jugada segura.

—También perderá esta vez —replicó, calmamente, el visitante.

—¡Me guardaré la mitad! —exclamó Markheim.

—También la perderá —dijo el otro.

La frente de Markheim empezó a llenarse de gotas de sudor.

—Bien; si es así, ¿qué importancia tiene? —exclamó—. Digamos que lo pierdo todo, que me hundo otra vez en la pobreza, ¿será posible que una parte de mí, la peor, continúe hasta el final pisoteando a la mejor? El mal y el bien tienen fuerza dentro de mí, empujándome en las dos direcciones. No quiero sólo una cosa, las quiero todas. Se me ocurren grandes hazañas, renunciaciones, martirios; y aunque haya incurrido en un delito como el asesinato, la compasión no es ajena a mis pensamientos. Siento piedad por los pobres; ¿quién conoce mejor que yo sus tribulaciones? Los compadezco y los ayudo; valoro el amor y me gusta reír alegremente; no hay nada bueno ni verdadero sobre la tierra que yo no ame con todo el corazón. Y ¿han de ser mis vicios quienes únicamente dirijan mi vida, mientras las virtudes carecen de todo efecto, como si fueran trastos viejos? No ha de ser así; también el bien es una fuente de actos.

Pero el visitante alzó un dedo.

—Durante los treinta y seis años que lleva usted vivo —dijo—, durante los cuales su fortuna ha cambiado muchas veces y también su estado de ánimo, le he visto caer cada vez más bajo. Hace quince años le hubiera asustado la idea del robo. Hace tres años la palabra asesinato le hubiera acobardado. ¿Existe aún algún crimen, alguna crueldad o bajeza ante la que todavía retroceda?... ¿Dentro de cinco años le sorprenderé haciéndolo! Su camino va siempre hacia abajo; tan sólo la muerte podrá detenerlo.

—Es verdad —dijo Markheim con voz ronca— que en cierta manera me he sometido al mal. Pero lo mismo les sucede a todos; los mismos santos, por el simple hecho de vivir, se hacen menos delicados, acomodándose a lo que les rodea.

—Voy a hacerle una pregunta muy simple —dijo el otro—, y de acuerdo con su respuesta le haré saber cuál es su horóscopo moral. Ha ido usted haciéndose más laxo en muchas cosas; posiblemente hace usted bien; y en cualquier caso, lo mismo les sucede a los demás hombres. Pero, aunque reconozca eso, ¿cree que en algún aspecto particular, por insignificante que sea, es usted más exigente en su conducta, o cree más bien que se ha dejado ir en todo?

—¿En algún aspecto particular? —repitió Markheim, sumido en angustiosa consideración—. No —añadió después, con desesperanza—, ¡en ninguno! Me he ido dejando arrastrar en todo.

—Entonces —dijo el visitante—, confórmese con lo que es, porque nunca cambiará; el papel que representa usted en esta obra ha sido ya irrevocablemente escrito.

Markheim permaneció callado un buen rato, y de hecho fue el visitante quien rompió primero el silencio.

—Siendo ésa la situación —dijo—, ¿debo mostrarle el dinero?

—¿Y la gracia? —exclamó Markheim.

—¿No lo ha intentado ya? —replicó el otro—. Hace dos o tres años, ¿no le vi en una reunión evangelista, y no era su voz la que cantaba los himnos con más fuerza?

—Es cierto —dijo Markheim—; y veo con claridad en qué consiste mi deber. Le agradezco

estas lecciones con toda mi alma; se me han abierto los ojos y me veo por fin a mí mismo tal como soy.

En aquel momento, la nota aguda de la campanilla de la puerta resonó por toda la casa; y el visitante, como si se tratara de una señal que había estado esperando, cambió inmediatamente de actitud.

—¡La criada! —exclamó—. Ha regresado, como ya le había advertido, y ahora tendrá usted que dar otro paso difícil. Su señor, debe usted decirle, está enfermo, debe usted hacerla entrar, con expresión tranquila pero más bien seria: nada de sonrisas, no exagere su papel, ¡y yo le prometo que tendrá éxito! Una vez que la muchacha esté dentro, con la puerta cerrada la misma destreza que le ha permitido librarse del anticuario, le servirá para eliminar este último obstáculo en su camino. A partir de ese momento tendrá usted toda la tarde, la noche entera, si fuera necesario, para apoderarse de los tesoros de la casa y ponerse después a salvo. Se trata de algo que le beneficia aunque se presente con la máscara del peligro. ¡Levántese! —exclamó—; ¡levántese, amigo mío!; su vida está oscilando en la balanza: ¡levántese y actúe!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a hacer el mal —dijo—, todavía tengo una salida hacia la libertad..., puedo dejar de obrar. Si mi vida es una cosa nociva, puedo sacrificarla. Aunque me halle, como usted bien dice, a merced de la más pequeña tentación, todavía puedo, con un gesto decidido, ponerme fuera del alcance de todas. Mi amor al bien está condenado a la esterilidad; quizá sea así, de acuerdo. Pero todavía me queda el odio al mal; y de él, para decepción suya, verá cómo soy capaz de sacar energía y valor.

Los rasgos del visitante empezaron a sufrir una extraordinaria transformación; todo su rostro se iluminó y dulcificó con una suave expresión de triunfo, y, al mismo tiempo, sus facciones fueron palideciendo y desvaneciéndose. Pero Markheim no se detuvo a contemplar o a entender aquella transformación. Abrió la puerta y bajó las escaleras muy despacio, recapacitando consigo mismo. Su pasado fue desfilando ante él; lo fue viendo tal como era, desagradable y penoso como un mal sueño, tan desprovisto de sentido como un homicidio accidental... el escenario de una derrota. La vida, tal como estaba volviendo a verla, no le tentaba ya; pero en la orilla más lejana era capaz de distinguir un refugio tranquilo para su embarcación. Se detuvo en el pasillo y miró dentro de la tienda, donde la vela ardía aún junto al cadáver. Todo se había quedado extrañamente silencioso. Allí parado, empezó a pensar en el anticuario. Y una vez más la campanilla de la puerta estalló en impaciente clamor.

Markheim se enfrentó a la criada en el umbral de la puerta con algo que casi parecía una sonrisa.

—Será mejor que avise a la policía —dijo—: he matado a su señor.

—Mi misión —dijo el doctor— está ya cumplida, y puedo afirmar con orgullo que bien cumplida. Sólo falta alejarle a usted de esta ciudad fría y dañina, y darle un par de meses de aire puro y tranquilidad de conciencia. Esto último depende de usted. En cuanto a lo primero, creo que puedo proporcionarle ayuda. Verá usted qué casualidad: el otro día precisamente vino el cura del pueblo, y como somos viejos amigos, aunque de profesiones contrarias, me pidió auxilio para aliviar la penosa situación de unos feligreses suyos. Se trata de una familia que... Pero usted no conoce España, y aun los nombres de nuestra grandeza le dirían muy poco, bástele, pues, saber que en otro tiempo fue una familia eminente, y que se encuentra ahora al borde de la miseria. Ya nada les queda, fuera de una finca rústica y algunas leguas de monte abandonado, que, en su mayor parte, no bastan para alimentar a una cabra. Pero la casa es muy buena: una finca antigua, en lo alto de unas colinas, un lugar de lo más salubre. En cuanto mi amigo me expuso el caso, yo me acordé de usted. Le dije que justamente estaba asistiendo a un oficial herido, herido por la buena causa, que necesitaba cambiar de aires; y le propuse que sus amigos lo recibieran a usted como huésped. Conforme a lo que yo me esperaba, el cura se puso al instante muy serio. Me dijo que era inútil hablar de eso. "Entonces, que se mueran de hambre", le contesté, porque el orgullo en el menesteroso es cosa que no me agrada. Y nos separamos algo picados; pero ayer, con gran sorpresa mía, el cura vino a verme e hizo acto de contrición: había tratado el asunto, dijo, y la dificultad no era tan grande como él se temía; en otros términos: que la orgullosa familia estaba dispuesta a guardarse su orgullo para mejor ocasión. Entonces cerré el trato y, salvo la aprobación de usted, hemos quedado en que irá usted a pasar una temporada a la residencia campestre. El aire de la montaña le renovará a usted la sangre, y la quietud en que vivirá usted vale por todas las medicinas del mundo.

—Doctor —dije yo—, hasta aquí ha sido usted mi ángel bueno, y un consejo de usted es para mí una orden. Pero hágame el favor de contarme algo de la familia con quien voy a vivir.

—A eso voy —replicó mi amigo—, porque realmente la cosa ofrece alguna dificultad. Estos indigentes son, como he dicho a usted, personas de muy alta descendencia y tienen una vanidad de lo más infundada. Durante varias generaciones han vivido en un aislamiento creciente, alejándose, por una parte, del rico que ya estaba demasiado arriba para ellos, y por otra, del pobre, a quien todavía consideraban muy abajo. Ahora mismo, cuando ya la pobreza los obliga a abrir su puerta a un huésped extraño, no pueden resolverse a hacerlo sin una estipulación muy desagradable. Y es que usted deberá permanecer siempre ajeno a la vida de ellos; ellos lo atenderán a usted, pero desde ahora se niegan a la sola idea de la más leve intimidad entre usted y ellos.

No puedo negar que esto me impresionó un poco, y que tal vez la curiosidad acrecentó mi deseo de ir a aquel sitio, porque yo confiaba en que, a empeñarme en ello, rompería la barrera.

—La condición no tiene nada de ofensiva —declaré—. El sentimiento en que ella se inspira me es del todo simpático.

—Verdad es —añadió el doctor cortésmente— que no lo han visto a usted nunca; y si supieran que es usted el hombre más apuesto y agradable que nos ha venido de Inglaterra (donde, según me aseguran, abundan los hombres apuestos, mas no tanto los agradables), no hay duda que le prepararían a usted la bienvenida que se merece. Pero puesto que usted no lo toma a mala parte, no hay más que hablar. A mí me parece una falta de cortesía. Pero es usted quien sale ganando. La familia no le había de seducir a usted gran cosa. Una madre, un hijo y una hija: una señora que parece

está medio imbécil, un chico zafio, una muchacha criada en el campo, de quien su confesor tiene la más alta idea y que, en consecuencia —añadió el médico con cierta sonrisa—, debe ser fea: todo esto no es para cautivar a un bizarro militar.

—Sin embargo —objeté—, dice usted que son de muy alta cuna.

—Bueno, distingamos —replicó el doctor—. La madre lo es: no los hijos. La madre es el último vástago de una raza principesca, tan degenerada en sus virtudes como decaída en su fortuna. El padre de esta señora, además de pobre, era loco; y ella, la hija, vivió abandonada en la residencia hasta que él murió. La mayor parte de la fortuna pereció con él; la familia quedó casi extinta; la muchacha, más abandonada y silvestre que nunca, se casó al fin, sabe Dios con quién: unos dicen que con un arriero; otros, que con un matutero, y tampoco falta quien asegure que no hubo tal matrimonio, y que Felipe y Olalla son bastardos. Como quiera, la unión quedó disuelta trágicamente hace algunos años; pero la familia vive en reclusión tan completa, y la comarca, por aquel tiempo, estaba en un desorden tan grande, que el verdadero fin del padre sólo lo conoce el cura, si es que él lo conoce.

—Me parece que voy a ver cosas extraordinarias —dije.

—Yo, en el caso de usted, no fantasearía mucho —repuso el doctor— me temo que se encuentre usted con la realidad más llana y rastrera. A Felipe, por ejemplo, lo he visto. Y ¿qué le diré a usted? Es un chico muy rústico, muy socarrón, muy zafio, y, en suma, un inocente; los demás miembros de la familia serán dignos de él. No, no, señor comandante. Usted debe buscar la compañía que le conviene en la contemplación de nuestras hermosas montañas; y en esto, si sabe usted admirar las obras de la naturaleza, le prometo que no quedará defraudado.

Al día siguiente, Felipe vino por mí en un tosco carricoche tirado por una mula; y, poco antes de dar las doce, tras de haber dicho adiós al doctor, al posadero y a algunas almas caritativas que me habían auxiliado durante mi enfermedad, salimos de la ciudad por la puerta de oriente, y empezamos a trepar la sierra. Por tanto tiempo había estado yo prisionero, desde el día en que, tras la pérdida del convoy, me abandonaron por muerto, que el mero olor de la tierra me hizo sonreír. El país que atravesábamos era rocalloso y agreste, cubierto parcialmente de hirsutos bosques, ya de alcornoques, ya de castaños —los robustos castaños españoles—, y frecuentemente interrumpido por las torrenteras. Brillaba el sol, el viento susurraba, gozoso, y habíamos adelantado ya algunas millas, y ya la ciudad aparecía como un montoncito de tierra en el llano, que se extendía a nuestra espalda, cuando comencé a reparar en mi compañero de viaje. A primera vista, era un muchachillo campesino, bien formado, pero zafio, como me lo había descrito el doctor; muy presto y activo, pero exento de toda cultura. Para la mayoría de los que lo observaban, esta primera impresión era definitiva. Lo que comenzó a chocarme en él fue su charla familiar y desordenada, que parecía estar tan poco de acuerdo con las condiciones que se me habían impuesto, y que —parte por lo imperfecta en la forma, y parte por la vivaz incoherencia del asunto— era tan difícil de seguir. Cierto es que ya antes había yo hablado con gente de constitución mental semejante, gente que como este muchacho, parece vivir sólo por los sentidos, de quien se apodera por completo el primer objeto que se ofrece a la vista, y que es incapaz de descargar su mente de esta fugitiva impresión. La conversación de aquel muchacho me iba pareciendo una conversación propia de conductores y cocheros, que se pasan lo más del tiempo en completo ocio mental, desfilando por entre paisajes que les son familiares. Pero el caso de Felipe era otro, porque, según él mismo me contó, él era el guardián del hogar.

—Ya quisiera haber llegado —dijo— y mirando un árbol junto al camino, añadió, sin transición, que un día había visto allí un cuervo.

—¿Un cuervo? —repetí yo, extrañado de la incoherencia, y creyendo haber oído mal.

Pero ya el muchacho estaba embargado por otra idea. Con un gesto de atención concentrada,

ladeó la cabeza, frunció el ceño, y me dio un empujón para obligarme a guardar silencio. Después sonrió y movió la cabeza.

—¿Qué ha oído usted? —pregunté.

—Nada, no importa —contestó. Y empezó a azuzar a su mula con unos gritos que resonaban extrañamente en los muros de la montaña.

Lo observé más de cerca. Estaba admirablemente bien construido: era ligero, flexible, fuerte; de facciones regulares, de ojos dorados y muy grandes, aunque tal vez no muy expresivos. En conjunto, era un muchacho de muy buen aire, en quien no descubrí más defectos que la tez sombría y cierta tendencia a ser velludo, cosas ambas de que abomino. Pero lo que en él más me atraía, a la par que intrigaba, era su espíritu. Volvió a mi memoria la frase del doctor: "Es un inocente". Y me preguntaba yo si, después de todo, sería eso lo más exacto que de él se podía decir, cuando el camino comenzó a descender hacia la garganta angosta y desnuda de un torrente. En el fondo, tronaban las aguas tumultuosas, y el barranco parecía como henchido todo con el rumor, el tenue vapor y los aletazos de viento que hacían coro a la catarata. El espectáculo impresionaba ciertamente, pero el camino era muy seguro por aquella parte, y la mula adelantaba sin un tropiezo. Así, me sorprendió advertir en la cara de mi compañero la palidez del terror. La voz salvaje del torrente era de lo más mudable: ya languidecía con fatiga, ya redoblaba sus roncos gritos. Momentáneas crecidas parecían de pronto hincharlo, precipitándose por la garganta y agolpándose con furia contra los muros de roca. Y pude observar que, a cada espasmo de clamor, mi conductor desfallecía y palidecía visiblemente. Cruzó por mi espíritu el recuerdo de las supersticiones escocesas en torno al río Kelpie, y me pregunté si habría por acaso algo semejante en aquella región de España; y al fin, abordando a Felipe, traté de averiguar lo que le pasaba:

—¿Qué hay? —le dije.

—Es que tengo miedo —me contestó.

—Pero ¿de qué tiene usted miedo? —insistí—. Éste me parece uno de los sitios más seguros de todo este peligrosísimo camino.

—Es que como hace ruido... —confesó con una ingenuidad que aclaró todas mis dudas.

Sí: aquel muchacho tenía una mente pueril, activa y ágil como su cuerpo, pero retardada en su desarrollo. Y en adelante comencé a considerarlo con cierta compasión, y a seguir su cháchara inconexa, primero con indulgencia y finalmente hasta con agrado.

Hacia las cuatro de la tarde ya habíamos traspuesto las cumbres y, despidiéndonos del crepúsculo, empezábamos a bajar la cuesta, asomándonos a los precipicios y discurriendo por entre las sombras de penumbrosos bosques. Por todas partes se levantaban los ruidos de las cascadas, no ya condensados y formidables como en la garganta que habíamos dejado atrás, sino dispersos, alegres y musicales, entre las cañadas del camino. El ánimo de mi conductor pareció también recobrase: comenzó a cantar en falsete, con singular carencia de sentido musical, desentonando y destrozando la melodía, en un vaguear continuo; y, sin embargo, el efecto era natural y agradable como el del canto de los pájaros. A medida que la sombra aumentaba, el sortilegio de aquel gorjeo sin arte se fue apoderando más y más de mí, obligándome a escuchar, en espera de alguna melodía definida, pero siempre en vano. Cuando al fin le pregunté qué era lo que cantaba.

—¡Oh —me contestó—, si nada más canto!

Lo que más me llamaba la atención en aquel canto era el artificio de repetir incansablemente, a cortos intervalos, la misma nota, lo cual no resultaba tan monótono como pudiera creerse, o, por lo menos, no era desagradable, y parecía exhalar un dulce contentamiento con todo lo que existe, como el que creemos ver en la actitud de los árboles o en el reposo de un lago.

Ya había cerrado la noche cuando salimos a una meseta y descubrimos a poco un bulto negro, que supuse fuera la residencia campestre. Mi guía, saltando del coche, estuvo un rato gritando y silbando inútilmente, hasta que por fin se nos acercó un viejo campesino, salido de entre las sombras que nos envolvían, con una vela en la mano. A la escasa luz de la vela pude columbrar una gran puerta en arco, de carácter moruno: tenía unos batientes con chapas de hierro, y en uno de ellos, un postigo que Felipe abrió. El campesino se llevó el coche a algún pabellón accesorio, y mi guía y yo pasamos por el postigo, que se cerró nuevamente a nuestra espalda. Alumbrados por la vela, atravesamos un patio, subimos por una escalera de piedra, cruzamos una galería abierta, después trepamos por otra escalera y, por último, nos encontramos a la puerta de un aposento espacioso y algo desamueblado. Este aposento, que comprendí iba a ser el mío, tenía tres ventanas, estaba revestido de tableros de reluciente madera y tapizado con pieles de animales salvajes. En la chimenea ardía un vivo fuego, que difundía por la estancia su resplandor voluble. Junto al fuego, una mesa dispuesta para servir la cena; y, al otro extremo, la cama ya tendida. Estos preparativos me produjeron una emoción agradable, y así se lo manifesté a Felipe, el cual, con la misma sencillez que ya había yo observado en él, confirmó calurosamente mis alabanzas.

—Un cuarto excelente —dijo—. Un cuarto muy hermoso. Y fuego también: buena cosa para alegrar los huesos. Y la cama —continuó, alumbrando la otra parte de la habitación—: Vea usted qué buenas mantas, qué finas, qué suaves, suaves...

Y pasaba la mano una y otra vez por la manta, y ladeaba la cabeza hinchando los carrillos con una expresión de agrado tan grosera que casi me molestó. Le quité la vela, por miedo de que pusiese fuego a la cama, y me dirigí a la mesa. En la mesa había vino: llené una copa y lo invité a beber. Se me acercó al instante con una viva expresión de anhelo; pero, al ver el vino, se estremeció y dijo:

—No, no. Eso no: eso, para usted. Yo aborrezco el vino.

—Muy bien, señor —le dije—. Entonces voy a beber yo a la salud de usted, y por la prosperidad de su casa y familia. Y a propósito —añadí, tras de apurar la copa—, ¿podría yo tener el gusto de ofrecer mis respetos a su señora madre?

Al oír esto, la expresión infantil desapareció de su rostro, dando lugar a una indescriptible expresión de astucia y misterio. Retrocedió como si fuera yo un animal dispuesto a saltar sobre él o algún sujeto peligroso que blandiese un arma temible, y, al llegar a la puerta, me echó una mirada señuda, con contraídos párpados, y...

—No —me dijo. Y salió silenciosamente del aposento. Y oí el ruido de sus pisadas por la escalera, como un leve rumor de lluvia. Y la casa se sumergió en el silencio.

Cené. Acerqué la mesa a la cama, y me dispuse a dormir. En la nueva posición de la luz, me llamó la atención un cuadro que colgaba del muro; era una mujer, todavía joven. A juzgar por el vestido y cierta blanda uniformidad que reinaba en la tela, era una mujer muerta hacía tiempo; pero a juzgar por la vivacidad de la actitud, los ojos y los rasgos, me parecía estar contemplando en un espejo la imagen de la vida. El talle era delgado y enérgico, de proporciones muy justas; sobre las cejas, a modo de corona, se enredaban unas trenzas rojas; sus ojos, de oro oscuro, se apoderaban de los míos; y la cara, de perfecto dibujo, tenía, sin embargo, un no sé qué de crueldad, de adustez y sensualidad a un tiempo. Algo en aquel talle, en aquella cara, algo exquisitamente inefable —eco de un eco—, me recordaba los rasgos y el porte de mi guía; y un buen rato estuve considerando, con una curiosidad incómoda, la singularidad de aquel parecido. La herencia común, carnal, de aquella raza, originalmente trazada para producir damas tan superiores como la que así me cautivaba en la tela, había decaído a más bajos usos, y vestía ahora trajes campesinos, y se sentaba al pescante y llevaba la rienda de un coche tirado por una mula, para traer a casa un huésped. Tal vez quedaba aún un

eslabón intacto; tal vez un último escrúpulo de aquella sustancia delicada que un día vistiera el satén y el brocado de la dama de ayer se estremecía hoy al contacto de la ruda frisa de Felipe.

La primera luz de la mañana cayó de lleno sobre el retrato, y yo, desde la cama y ya despierto, continuaba examinándolo con creciente complacencia: su belleza se insinuaba hasta mi corazón insidiosamente, acallando uno tras otro mis escrúpulos; y, aunque hartó sabía yo que enamorarse de aquella mujer era firmar la propia sentencia de degeneración, también me daba cuenta de que, a estar viva, no hubiera podido menos de amarla. Día tras día fue haciéndose mayor esta doble impresión de su perversidad y mi flaqueza. Aquella mujer llegó a convertirse en heroína de mis sueños, sueños en que sus ojos me arrastraban al crimen y eran, después, mi recompensa. Mi imaginación, por su influjo, se fue haciendo sombría; y cuando me encontraba al aire libre, entregado a vigorosos ejercicios y renovando saludablemente la corriente de mi sangre, no podía menos de regocijarme a la idea de que mi embrujadora beldad yacía bien segura en la tumba, roto el talismán de su belleza, sellados sus labios en perenne mutismo y agotados sus filtros. Y, con todo, en mí bullía el incierto temor de que aquella mujer no estuviera muerta del todo, sino resucitada —por decirlo así— en alguno de sus descendientes.

Felipe me servía de comer en mi aposento, y cada vez me impresionaba más su parecido con el retrato. A veces, el parecido se desvanecía por completo; otras, en algún cambio de actitud o momentánea expresión, el misterio del parecido era tal que se apoderaba de mí. Y esto, sobre todo, cuando Felipe estaba de mal humor. Notoriamente yo le era simpático; le enorgullecía que yo me fijara en él, y trataba de llamarme la atención con mil trazas infantiles y cándidas; gustaba de sentarse junto a mi fuego y soltar su charla inconexa o cantar sus extrañas canciones sin términos y sin palabras; y, alguna vez, me pasaba la mano con una familiaridad afectuosa que me provocaba cierto embarazo de que yo mismo me avergonzaba. Pero de pronto le entraban raptos de ira inexplicables o se ponía de humor huraño. A la menor palabra de protesta, volcaba el plato que acababa de servirme, y esto no con disimulo, sino con franca rudeza; y en cuanto yo manifestaba la menor curiosidad, hacía también alguna extravagancia. Mi curiosidad era más que natural, en aquel lugar extraño y entre gente tan extraña; pero, en cuanto apuntaba yo una pregunta, el muchacho retrocedía, amenazador y temible. Y entonces, por una fracción de segundo, el tosco muchacho resultaba un hermano gemelo de la dama del retrato. Pero pronto se disipaba este humor sombrío, y con él se disipaba también el parecido.

Durante los primeros días no vi a nadie más que a Felipe, salvo la dama del retrato; y como el muchacho era notoriamente desequilibrado y tenía raptos de pasión, parecerá extraño que yo tolerara con tanta calma su peligrosa vecindad. Y la verdad es que durante los primeros días me inquietó; pero pronto llegué a ejercer tal autoridad sobre él que pude considerarme tranquilo.

He aquí cómo fue. Él era por naturaleza holgazán y tenía mucho de vagabundo, y, sin embargo, gobernaba la casa, y no sólo atendía en persona a mi servicio, sino que trabajaba todos los días en el huerto o pequeña granja que había a espaldas de la residencia. En esta labor le auxiliaba el labriego que vi por primera vez la noche de mi llegada, el cual habitaba en el término del cercado, en una casita rústica que quedaba a una media milla. Pero yo estaba seguro de que Felipe era el que trabajaba más de los dos. Cierto que a veces lo veía yo arrojar la azada y echarse a dormir entre las mismas plantas que había estado arrancando; pero su constancia y energía eran admirables, y más si se considera que yo estaba seguro de que eran extrañas a su disposición natural y producto de un esfuerzo penoso. Yo lo admiraba, preguntándome qué podía provocar, en aquella cabeza a pájaros, un sentimiento tan claro del deber. ¿Qué fuerza podía mantenerlo? Y, ¿hasta qué punto prevalecería sobre sus instintos? Tal vez el sacerdote era su consejero y guía; pero el sacerdote había venido a la residencia sólo una vez y, desde una loma donde me entretenía yo en hacer apuntes del paisaje, lo vi

entrar y salir tras un intervalo de cerca de una hora, y durante todo ese tiempo Felipe continuó su ininterrumpida labor en el huerto.

Al fin un día, con ánimo verdaderamente punible, resolví desviar al muchacho de sus buenas costumbres, y acechándolo desde la puerta, fácilmente lo persuadí a que se me reuniera en el campo. Era un hermoso día, y el bosque adonde lo conduje estaba rebosante de verdor y alegría y embalsamado e hirviente de zumbidos de insectos. Aquí manifestó toda la vitalidad de su carácter, levantándose hasta unas alturas de regocijo que casi me humillaban, y desplegando una energía y gracia de movimientos que deleitaban los ojos. Saltaba, corría en mi derredor lleno de júbilo; de pronto, deteniéndose, miraba, escuchaba y parecía beber el espectáculo del mundo como se bebe un vino cordial; y después trepaba a un árbol de un salto, y allí se balanceaba y brincaba a su sabor. Aunque me habló poco, y cosas sin importancia, pocas veces habré disfrutado de una compañía más grata; sólo el verlo tan divertido era ya una continua fiesta; la viveza y exactitud de sus movimientos me encantaban; y sin duda habría yo incurrido en la maldad de convertir en costumbre estos paseos al campo, a no haber sido porque el azar prevenía una brusca interrupción a mis alegrías. Un día el joven, con no sé qué mañas o destrezas, atrapó una ardilla en la copa de un árbol. Estaba algo lejos de mí, pero lo vi claramente descolgarse del árbol, ponerse en cuclillas y gritar de gozo como un niño. Aquellos gritos —tan espontáneos e inocentes— me produjeron una emoción agradable. Pero al acercarme, el chillido de la ardilla me produjo cierta turbación. Yo había oído hablar, y había presenciado por mí mismo, muchas crueldades de muchachos, y sobre todo entre la gente de campo; pero esta crueldad me encolerizó. Sacudí al perverso muchacho, le arrebaté el pobre animalillo y, con eficaz compasión, le di la muerte. Después me volví al verdugo, le hablé largo rato en el calor de la indignación, le dije mil cosas que parecieron llenarlo de vergüenza, y finalmente, indicándole el camino de la casa, le ordené que se fuera y me dejara solo, porque a mí me gustaba la compañía de los seres humanos, no de las sabandijas. Entonces cayó de rodillas y, acudiéndole las palabras con más claridad que de costumbre, desató una corriente de súplicas conmovedoras, pidiéndome que por favor le perdonara, que olvidara lo que había hecho y confiara en su conducta futura.

—¡Es que me cuesta tanto trabajo! —exclamó—. Comandante: ¡perdone usted a Felipe por esta vez; ya no volveré a ser bruto!

A esto, mucho más afectado de lo que dejaba traslucir, cedí, en efecto, y al fin cambiamos un apretón de manos y dimos por concluido el asunto. En cuanto a la ardilla, yo me empeñé en que fuera enterrada, a guisa de penitencia. y le hablé largamente de la belleza del cuitado animalejo, de lo que había sufrido y de lo bajo que es abusar de la propia fuerza.

—Mira, Felipe —le dije—, tú eres muy fuerte. Pero, en mis manos, casi serías tan débil como en las tuyas ese pobrecillo huésped de los árboles. Préstame la mano. Ya ves que no te puedes soltar. Pues figúrate ahora que yo fuera cruel para contigo y me complaciera en hacerte sufrir. No hago más que apretar la mano, y ya ves lo que te duele.

Gritó, se puso pálido y sudoroso; y, cuando al fin lo solté, se dejó caer al suelo, y estuvo acariciándose la mano y quejándose como un bebé. Pero le aprovechó la lección y, sea por esto o por lo que le dije, o por la alta noción que ahora tenía de mi fuerza física, su afecto tendió a transformarse en una fidelidad, en una adoración como la del perro por su amo.

Entre tanto, mi salud se recobraba rápidamente. La residencia se levantaba en un valle rocalloso, al que servía de corona, valle abrigado de montañas por todas partes, de suerte que sólo desde el techo —en "bartizan"— era posible distinguir, por entre dos picos, un trocito de llanura azul y distante. En aquella altura, el aire circulaba amplia y libremente; grandes nubes se apiñaban, que el viento desgarraba luego, dejándolas en airones prendidos a las cumbres de las colinas; en torno se

oía el rumor, bronco, aunque difuso, de los torrentes; propio sitio, en suma, para estudiar los caracteres más rudos y antiguos de la naturaleza, en el hervor de su fuerza primitiva. Aquel escenario vigoroso me deleitó desde el primer momento, lo mismo que su clima mudable, y también la vieja y destartalada mansión en que fui a vivir. La casa era un cuadrilongo que se prolongaba en las esquinas opuestas por dos apéndices como bastiones, uno de ellos sobre la puerta, y ambos con troneras para mosquetería. Además, el cuerpo bajo carecía de ventanas para que, en caso de sitio, la plaza no pudiera ser atacada sin artillería. Este recinto bajo se reducía a un patio donde crecían granados. De aquí, por una amplia escalera de mármol, se llegaba a una galería abierta que corría por los cuatro lados y cuyo techo estaba sostenido por esbeltas columnas. Y de aquí, otras escaleras cerradas conducían al piso superior, que estaba dividido en departamentos. Las ventanas, internas y externas, siempre estaban cerradas; algunas piedras de los dinteles se habían caído, una parte del techo había sido arrancada por el huracán, cosa frecuente en aquellas montañas, y la casa toda, el fuego del sol, yaciendo pesadamente entre un bosquecillo de pequeños alcornoques, cenicienta de polvo, parecía el dormido palacio de la leyenda. El patio, sobre todo, era la propia morada del sueño: por sus aleros zumbaba el arrullo de las palomas y, aunque no daba al aire libre, cuando soplaba el viento afuera, el polvo de la montaña se precipitaba allí como lluvia espesa, empañando el rojo sangriento de las granadas. Rodeábanlo las ventanas condenadas, las cerradas puertas de numerosas celdas, los arcos de la amplia galería; y todo el día el sol proyectaba rotos perfiles por alguna de sus cuatro caras, alineando sobre el piso de la galería las sombras de los pilares. En el piso bajo, entre unas columnas, había un rinconcito que bien podía ser habitación humana. Quedaba abierto al patio, y tenía una chimenea, donde ardía todo el día un buen fuego de leña, y el suelo de azulejos estaba tapizado con pieles.

Allí vi a mi huésped por primera vez. Había sacado una piel al sol y estaba sentada sobre ella, apoyada en una columna. Lo que primero me llamó la atención fue su vestido, rico y abigarrado, que brillaba casi en aquel patio polvoroso, aliviando los ojos como las flores del granado. Después reparé en su extremada belleza. Cuando alzó la cara —supongo que para verme, aunque no distinguí sus ojos— con una expresión de buen humor y contento casi imbécil, mostró una perfección de rasgos y una nobleza de actitud mayores que las de una estatua. Yo me descubrí al pasar, y en su cara hubo entonces un fruncimiento de desconfianza tan rápido y leve como el temblor del agua a la brisa; pero no hizo caso de mi saludo. Yo continué, camino de mi paseo habitual, un poquillo desconcertado; aquella impasibilidad de ídolo me turbaba. A mi regreso, aunque estaba aún en igual postura, me chocó advertir que, siguiendo el sol, se había trasladado al otro pilar. Esta vez ya me saludó: fue un saludo trivial, bastante cortés en la forma, pero, en el tono, tan profundo, indistinto y balbuciente que, como en los de su hijo, contrariaba la expresión a la exquisitez del saludo. Contesté sin saber lo que hacía; porque, aparte de que no entendí claramente, me quedé asombrado ante aquellos ojos que se abrieron de pronto. Eran unos ojos enormes, el iris dorado como en los de Felipe, pero la pupila tan dilatada en aquel instante que casi parecían negros; y lo que más me asombró no fue el tamaño de los ojos, sino —lo que tal vez era consecuencia de lo otro— la singular insignificancia de la mirada. Jamás había yo visto una mirada más anodina y estúpida. Mientras contestaba el saludo, desvié la mirada instintivamente y trepé a mi habitación, entre embarazado y contrariado. Pero cuando, al llegar allí, contemplé el retrato, de nuevo se apoderó de mí el milagro de la descendencia familiar. Mi huésped era desde luego mayor de edad y más desarrollada que la dama del cuadro; los ojos eran de otro color, su rostro no tenía nada de aquella expresión perversa que tanto me atraía y ofendía en el retrato: no; en él no se leían ni el bien ni el mal, sino la nada moral más inexpresiva y absoluta, y, con todo, el parecido era innegable; no expreso, sino inmanente; no en tal o cual rasgo

particular, sino más bien en el conjunto. Se diría, pues, que el pintor, al firmar el retrato, no sólo había sorprendido en ella a una mujer risueña y artera, sino a toda una raza, en su calidad esencial.

A partir de aquel día, al entrar o salir, estaba yo seguro de encontrarme siempre a la señora sentada al sol y apoyada en una columna, o acurrucada junto al fuego sobre un tapete; sólo una que otra vez cambiaba su sitio acostumbrado por el último peldaño de la escalera, adonde, con el mismo abandono habitual, la encontraba yo en mitad de mi camino. Y nunca vi que gastara en nada la menor suma de energía, fuera de la muy escasa que es necesaria para peinar una y otra vez su copiosa cabellera color de cobre, o para balbucir, con aquella voz rica, profunda y quebrada, sus acostumbrados saludos perezosos. Creo que éstos eran sus mayores placeres, fuera del placer de la quietud. Parecía estar muy orgullosa de todo lo que decía, como si todo ello fuera muy ingenioso; y, en verdad, aunque su conversación era tan poco importante como suele serlo la de tanta gente respetable, y se movía dentro de muy estrechos límites y asuntos, nunca era incoherente ni insustancial; más aún: sus palabras poseían no sé qué belleza propia, como si fueran una emanación de su contento. Ya hablaba del buen tiempo, del que disfrutaba tanto como su hijo; ya de las flores de los granados, ya de las palomas blancas y golondrinas de largas alas que abanicaban el aire del patio. Los pájaros la excitaban. Cuando, en sus vuelos ágiles, azotaban los arcos de la galería, o pasaban junto a ella casi rasándola en un golpe de viento, la dama se agitaba un poco, se incorporaba, y parecía despertar de su sueño de satisfacción. Pero, fuera de esto, yacía voluptuosamente replegada en sí misma, hundida en perezoso placer. Al principio me molestaba aquel contentamiento invencible, pero al cabo me resultó un espectáculo reparador, hasta que acabé por acostumbrarme a perder un rato a su lado cuatro veces al día —a la ida y a la vuelta— y charlar con ella somnolientamente, no sé ni de qué. En suma: que acabé por gustar de su sosa y casi animal compañía: su belleza y su bobería me confortaban y me divertían a la vez. Poco a poco descubrí en sus observaciones cierto buen sentido trascendental, y su inalterable buen humor causaba mi admiración y envidia. La simpatía era correspondida; a ella, medio inconscientemente, le agradaba mi presencia, como le agrada al hombre sumergido en profundas meditaciones el parloteo del arroyo. No puedo decir que, al acercarme yo, hubiera en su rostro la menor señal de satisfacción, porque la satisfacción estaba escrita en él para siempre, como en una estatua que representara la sandez contenta; pero una comunicación más íntima aún que la mirada me revelaba su simpatía hacia mí. Hasta que un día, al sentarme junto a ella, en la escalera de mármol, alargó de pronto una mano y acarició la mía. Hecho esto, volvió a su actitud acostumbrada, antes de que me diera yo cuenta de lo sucedido; y, cuando busqué sus ojos, no leí nada en ellos. Era evidente que no daba la menor importancia al hecho, y me censuré interiormente por mi exceso de conciencia y escrúpulo.

La contemplación y, por decirlo así, el trato con la madre, confirmó el juicio que del hijo me había formado. La sangre de aquella familia se había ido empobreciendo, sin duda por causa de una larga procreación, error común de las clases orgullosas y exclusivas. Sin embargo, no podía advertirse la menor decadencia en las líneas del cuerpo, modelado con sin igual maestría y fuerza; de suerte que las caras de la actual generación tenían tan marcado el cuño como aquella cara de hacía dos siglos que me sonreía desde el retrato. Pero la inteligencia —que es el patrimonio más precioso— había degenerado; el tesoro de la memoria ancestral había caído muy abajo, y había sido menester el cruce plebeyo y potente del arriero o contrabandista de las montañas para levantar el torpor de la madre hasta la actividad desigual del hijo. Sin embargo, entre los dos, yo prefería a la madre. A Felipe, vengativo un día y otro sumiso, lleno de arranques y arrepentimientos, inconstante como una liebre, fácilmente me lo imaginaba convertido en un ser perjudicial. Pero la madre, en cambio, sólo me sugería ideas de bondad. Y como los espectadores son ligeros para tomar partido, yo escogí

pronto mi partido en la sorda enemistad que creí descubrir entre ambos. Esta enemistad me parecía manifiesta, sobre todo en la madre. A veces, cuando el hijo se acercaba a ella, se dijera que ella perdía el aliento, y sus pupilas inexpresivas se contraían de horror y miedo. Las emociones de la madre, por escasas que fuesen, eran enteramente superficiales y fácilmente las comunicaba. Aquella repulsión latente hacia su hijo llegó a ser para mí un motivo de preocupación, y a menudo me preguntaba yo cuáles podían ser las causas de aquella anomalía, y si realmente el hijo tendría la culpa de todo.

Haría diez días que estaba yo en la residencia, cuando el viento se soltó, soplando con gran fuerza y arrastrando nubes de polvo. Aquel viento venía de pantanos insalubres y bajaba de las sierras nevadas. Todo el que sufría su azote quedaba con los nervios destemplados y maltrechos, con los ojos irritados de polvo, las piernas adoloridas bajo el peso del propio cuerpo; y sólo frotarse las manos producía una sensación intolerable. El viento bajaba de las barrancas y zumbaba en torno a la casa con un rumor profundo y unos inacabables silbidos, tan fatigosos para el oído como deprimentes para el ánimo. No soplaban en ráfagas súbitas, sino con el ímpetu continuo de una cascada, de suerte que, en cuanto empezaba, no había reposo posible. Pero sin duda en las cumbres era más desigual, y tenía repentinos accesos de furia, porque de allá nos llegaban de tiempo en tiempo unos como doloridos lamentos que hacían daño; y otras veces, en algún declive o explanada, alzaba y deshacía en un instante una torre de polvo semejante al humo de una explosión.

No bien abrí los ojos, cuando me di cuenta de la gran tensión nerviosa y depresión general provocada en mí por el mal tiempo, y esta impresión fue aumentando por horas. En vano traté de resistirla; en vano me dispuse a mi paseo matinal, como de costumbre; aquel viento tan continuo y furioso pronto quebrantó mis energías. Y volví a la residencia, rojo de calor y blanco de polvo. El patio tenía un aspecto lamentable; de tiempo en tiempo se arrastraba por allí un rayo de sol; a veces el viento hacía presa en los granados, sacudiendo y dispersando las flores, y las ventanas cerradas vibraban incesantemente. En su rincón, la señora paseaba de aquí para allá con rostro encendido y ardientes ojos. Hasta me pareció que hablaba sola como persona encolerizada. Al dirigirle mi acostumbrado saludo, apenas me contestó con un gesto agrio y continuó su paseo. El mal tiempo había logrado perturbar hasta a aquella impasible criatura. Pensando en esto, llegué a mi aposento menos avergonzado de mi propio malestar.

El viento duró todo el día. Me instalé a mis anchas, traté de leer, estuve paseando de un lado a otro, y oyendo sin cesar el tumulto de afuera. Llegó la noche y me sorprendió sin una bujía. Sentí la necesidad de la compañía y me escurrí hasta el patio. El patio estaba sumergido en la bruma azul de la primera sombra; pero, en el rincón, ardía un fuego rojo. Había mucha leña amontonada, y el alto penacho de llamas bailaba sin cesar en la chimenea. Al tembloroso resplandor, la señora continuaba yendo y viniendo, con descompuestos ademanes, ora trabando las manos, ora cruzándose de brazos, ora echando atrás la cabeza como quien clama al cielo. En este desorden de movimientos, su belleza y gracia lucían todavía más que de ordinario; pero en sus ojos ardía una chispa inquietadora... Yo, tras de observarla en silencio, sin ser advertido, al parecer, me volví por donde había venido y me encaminé a mi cuarto, resignado a pasarla solo.

Cuando Felipe entró a traerme unas velas y a servirme la cena, mi excitación era ya considerable; y, si el muchacho hubiera sido el mismo de siempre, me habría apoderado de él —aun por fuerza— obligándole a compartir mi triste soledad. Pero también sobre Felipe el viento había producido su efecto. Todo el día había tenido fiebre y, al anochecer, había caído en un estado de depresión y en un humor irritable que obraban, a su vez, sobre mi propio estado. Sólo el ver su cara asustada, sus estremecimientos, su palidez, la inquietud con que se ponía a escuchar de repente el

ruido exterior, me pusieron enfermo. Como se le cayera un plato que se estrelló en el suelo, di un salto en mi asiento sin poder contenerme ya. Todavía, tratando de bromear, exclamé:

—Creo que hoy todos estamos locos.

—¡El negro viento! —contestó amargamente—. Está uno como si tuviera que hacer algo, sin saber qué.

La descripción era exactísima. Felipe, en efecto, tenía a veces un raro tino para expresar en palabras las sensaciones del cuerpo.

—Lo mismo está tu madre —continué—. Parece que la afecta mucho el mal tiempo. ¿No se habrá puesto mala?

Se me quedó mirando un instante, y luego repuso, como quien lanza un reto:

—No.

Y después, llevándose la mano a la frente, se quejó amargamente de aquel ventarrón y de aquel ruido que parecían andarle en la cabeza.

—¡Quién va a estar bueno hoy! —exclamó.

Y, en verdad, no pude menos de repetir sus palabras, porque yo me sentía muy trastornado.

Me metí en cama temprano, fatigado de aquel día de malestar; pero la venenosa naturaleza del viento y sus impíos e incesantes aullidos no me dejaron dormir. Y así estuve revolcándome, los nervios y los sentidos tirantes; dormitando a ratos entre horribles pesadillas, que me obligaban a despertar otra vez, y perdida la noción del tiempo entre aquellas alternativas de sueño.

Era ya muy tarde sin duda cuando de pronto me sobresaltó un ruido de gritos horribles y temerosos. Brinqué de la cama, creyendo que soñaba. Pero los gritos continuaban, llenando los ámbitos de la casa: unos gritos que parecían de dolor y, al mismo tiempo, de rabia; tan descompuestos y salvajes, que apretaban el corazón. No: no era engaño, estaban torturando a algún ser vivo, a algún loco, a algún animal salvaje. Y el recuerdo de la ardilla de Felipe estalló en mi mente, y corrí a la puerta... ¡Pero me habían encerrado con llave por afuera!

Preso y bien preso, por más que sacudía la puerta. Los gritos continuaban. Ahora menguaban en unos gemidos articulados, y ahora creía yo percibir claramente que eran voces humanas. Y de pronto se soltaban otra vez, llenando la casa de infernales alaridos. Yo, pegado a la puerta, escuchaba. Al fin se apagaron. Pero mucho tiempo después yo seguía acechando y me parecía seguirlos oyendo, mezclados a los alaridos del viento. Cuando, por fin, me tumbé en la cama fatigado, estaba mortalmente enfermo y sentía el corazón sumido en horrendas negruras.

Como era natural, ya no pude conciliar el sueño. ¿Por qué me habían encerrado? ¿Qué había sucedido? ¿Quién gritaba de aquella manera indescriptible y extraña? ¿Era un ser humano? ¡Inconcebible! ¿Una fiera, acaso? Sí: los gritos eran bestiales. Pero, salvo un león o un tigre, ¿qué animal podía hacer retemblar así los muros de la casona? Y reflexionando, caí en la cuenta de que aún no había llegado a ver a la hija de la casa. La hija de aquella señora, la hermana de Felipe, bien podía estar loca: nada más probable. Aquella gente ignorante y estúpida era muy capaz de tratar a golpes a una pobre loca: nada más creíble. La suposición no era descabellada; con todo, al recordar aquellos gritos —y sólo el recuerdo me hacía estremecer— la suposición resultaba insuficiente: ni la misma crueldad era capaz de arrancar a la locura misma tales aullidos. Sólo de una cosa estaba seguro: de que me era imposible continuar en una casa donde sucedían semejantes misterios, sin tratar de averiguarlos y sin intervenir, si era preciso.

Amaneció al fin. El viento se había aplacado. y nada quedaba que pudiera recordarme el suceso de la noche pasada. Felipe vino a sentarse a mi cabecera muy alegre. Al pasar por el patio, vi a la señora asoleándose con su habitual impasibilidad. Y al salir a la puerta, me encontré con que la

naturaleza sonreía discretamente, los cielos eran de un azul frío, sembrado de islotes de nubes, y las laderas de la montaña se desplegaban en zonas de luz y sombra.

Un breve paseo me hizo recobrar el dominio de mí mismo, y me reafirmó en mi decisión de averiguar el misterio. Cuando, desde la altura de una loma, vi que Felipe se dirigía al huerto para empezar sus cotidianas labores, regresé a la residencia para poner mis planes en práctica.

La señora se había dormido. Me detuve un poco a observarla: no pestañeó. Mis deseos, por indiscretos que fueran, no tenían nada que temer de semejante guardián. Entonces trepé decidido hacia la galería para comenzar mis exploraciones en la casa.

Toda la mañana anduve de una en otra puerta, penetré en cuartos espaciosos y destartalados, aquéllos cerrados a machamartillo, éstos abiertos a plena luz, todos vacíos e inhospitalarios. Era aquélla una riquísima casa, empañada por el vaho del tiempo y mancillada por el polvo. Por dondequiera colgaban arañas. La hinchada tarántula huía por las cornisas. Las hormigas formaban avenidas sobre el piso de los salones; el asqueroso moscón de la carroña, mensajero de la muerte, escondía su nido entre los huecos de la madera podrida y zumbaba, terco, en el aire. Aquí y allá uno que otro banquillo, un canapé, un lecho, un sillón labrado, olvidados a modo de islas sobre el suelo desnudo, daban testimonio de que aquello había sido en otro tiempo una morada humana; y, por todas partes, las paredes colgadas con retratos de los antepasados. Merced a esas borrosas efigies pude juzgar de la grandeza y hermosura de la raza por cuyo hogar andaba yo curioseando. Muchos llevaban al pecho la insignia de alguna orden y tenían la dignidad de los oficios nobles. Las mujeres estaban ricamente ataviadas. La mayoría de las telas ostentaba firmas ilustres.

Pero más que estas evidencias de la grandeza —aun contrastada con la actual decadencia y despoblación de aquella poderosa casa— me impresionó la parábola de la vida familiar, escrita en aquella serie de rostros gentiles y apuestos talles. Nunca había yo percibido mejor el milagro de la raza continua, de la creación y la recreación, del removerse y mudarse y remodelarse de los elementos carnales de una familia. El que nazca un hijo de madre, el que crezca y se revista —no sabemos cómo— de humanidad, y herede hasta el modo de ver, y mueva la cabeza como tal o cual de sus ascendientes, y dé la mano como aquel otro, son maravillas que el hábito y la repetición han opacado a nuestros ojos. Pero en aquellas generaciones pintadas que colgaban de los muros, en la singular uniformidad de las miradas, en los rasgos y portes comunes, el milagro se me reveló de lleno y frente a frente. Y como de pronto me saliera al paso un antiguo espejo, me detuve a contemplar largo rato mis propios rasgos, trazando con la imaginación, a uno y otro lado, las líneas de mi descendencia y las ligas que me unían con el centro de mi familia.

Al fin, en el curso de mis investigaciones, vine a abrir la puerta de una sala que tenía trazas de estar habitada. Era de vastas proporciones, y daba al norte, donde las montañas del contorno adquirían perfiles más acentuados. En el hogar humeaban y chisporroteaban las ascuas. Cerca había una silla. El aposento tenía un aire extremadamente ascético. La silla no tenía almohadón; el piso y las paredes estaban desnudos, y entre los libros que yacían en desorden por el cuarto no había el menor instrumento u objeto de solaz. El ver libros en aquella casa me llenó de asombro, y a toda prisa y temiendo ser interrumpido comencé a recorrerlos para ver qué clase de libros eran. Los había de todas clases: de devoción, de historia, de ciencia; pero la mayoría eran muy antiguos y estaban en latín. Algunos mostraban señales del estudio constante; otros habían sido arrojados por ahí, como en un arrebató de petulancia o disgusto. Finalmente, navegando por la desierta estancia, di con unos papeles escritos con lápiz, y olvidados en una mesa que estaba junto a la ventana. Con mecánica curiosidad tomé un papel, y pude leer unos versos toscamente escritos en español, que decían así:

Llegó el placer entre vergüenza y sangre; con diadema de lirios, el dolor. El placer señalaba —

¡oh, Jesús mío!— la alegre luz del sol; pero el dolor, con fatigada mano, —¡oh, Jesús mío!— a Ti, en la cruz, Te señaló.

La vergüenza y la confusión se apoderaron de mí a un tiempo mismo, y, volviendo el papel a su sitio, me batí en retirada. Ni Felipe ni su madre eran capaces de leer aquellos libros ni de escribir aquellos versos, aunque no sublimes, tan sentidos. Era, pues, evidente que la alcoba que yo acababa de hollar con pies sacrílegos pertenecía a la hija de la casa. Sabe Dios que mi propia conciencia me lo reprendía y castigaba cruelmente. La sola idea de que hubiera yo osado penetrar a hurto en la intimidad de aquella niña, a quien la vida había colocado en situación tan extraña, y el temor de que ella lo averiguase de algún modo, me oprimían como pecados mortales. Amén de esto, me reprendía yo a mí mismo por mis sospechas de la noche anterior, corrido de haber atribuido aquellos descomunales gritos a una mujer que ya se me figuraba una santa, de semblante espectral, desvaída por la maceración, entregada a las prácticas de la devoción, y conviviendo entre sus absurdos parientes con una ejemplar soledad de alma. Y como me inclinara yo en la balaustrada de la galería, para ver el jardinillo de gustosos granados y la somnolienta dama del vistoso atavío —quien en aquel preciso momento se desperezaba, humedeciéndose delicadamente los labios, en la más completa sensualidad del ocio—, vino a mi mente una rápida comparación entre aquel cuadro y la fría alcoba que miraba al norte, hacia las montañas, donde vivía la hija reclusa.

Aquella misma tarde, de lo alto de mi colina, vi que el sacerdote cruzaba la reja de la residencia. La impresión que me causó descubrir el misticismo de la joven se había apoderado de mí hasta el punto de borrar casi los horrores de la noche pasada; pero al ver al digno sacerdote, no sé cómo, las tristes memorias revivieron. Bajé de mi atalaya y, haciendo un rodeo por el bosque, me aposté a medio camino para salirle al paso. En cuanto le vi aparecer lo abordé y me presenté solo, diciéndole que yo era el huésped de la casa. Tenía un aire muy robusto y buenazo, y fácilmente adiviné en él las mezcladas emociones con que me consideraba, a la vez como extranjero y hereje, y como herido de la buena causa. Habló de la familia con reserva, pero con evidente respeto. Le dije que aún no había yo visto a la hija de la casa, a lo cual repuso —mirándome de soslayo— que era natural. Finalmente, me armé de valor y le conté la historia de los gritos y extrañas voces que me habían sobresaltado durante la noche. Me escuchó en silencio, y luego, con un leve movimiento, me dio a entender claramente que debíamos separarnos.

—¿Toma usted rapé? —me dijo, ofreciéndome su tabaquera. Yo rehusé, y él continuó—: Soy bastante viejo, y no le molestará que le recuerde que usted es un simple huésped en esta casa.

—¿Quiere decir que me autoriza usted —contesté con firmeza, aunque avergonzado por la lección—, para dejar las cosas como están, sin tratar de intervenir en nada?

—Sí —me contestó. Y con un saludo algo torpe se alejó de mí.

Pero aquel hombre había logrado dos triunfos: primero, tranquilizar mi conciencia; segundo, despertar mi delicadeza. Hice, pues, un esfuerzo; arrojé de mí el recuerdo de la noche, y me entregué de nuevo a fantasear en torno a mi santa poetisa. Al mismo tiempo, no podía yo olvidar que me habían encerrado con llave, y por la noche, cuando Felipe me llevó la cena, lo atacué fieramente sobre aquellos dos puntos de resistencia:

—Nunca veo a tu hermana —le dije.

—¡Ah, no! —dijo él—. Es una muchacha muy buena, pero que muy buena.

Y, al instante, se puso a hablar de otra cosa.

—Tu hermana —insistí— ha de ser muy religiosa, me figuro.

—¡Ah! —exclamó juntando las manos con fervor—. ¡Una santa! Ella es quien me sostiene.

—Pues tienes suerte. Porque la mayoría, y yo en el número, estamos siempre a punto de caer.

—No, señor —dijo Felipe gravemente—. Eso no se dice. No tiene usted a su ángel guardián. Si uno se deja caer solo, él ¿qué ha de hacer?

—¿Sabes, Felipe? Ignoraba yo que fueras predicador, y buen predicador por cierto. Supongo que eso lo debes a tu hermana.

Él me miró con sus ojazos redondos sin decir palabra.

—De modo —continuó— que tu hermana te habrá reprendido por tus crueldades.

—¡Doce veces lo menos! —exclamó.

Con tal frase expresaba siempre esta extraña criatura su sentimiento de la frecuencia.

—Y yo le conté que usted también me había reprendido —añadió muy orgulloso—. Me acuerdo bien que se lo conté. Sí. Y a ella le pareció muy bien hecho.

—Y dime, Felipe —continuó—: ¿qué gritos eran esos que se oían anoche? Porque parecían gritos de sufrimiento...

—Sería el viento —contestó Felipe mirando el fuego de la chimenea.

Le cogí la mano. Él, tomándolo por caricia, sonrió tan confiadamente que estuvo a punto de desarmarme. Pero recobré ánimos.

—El viento ¿eh? —repetí—. Pero yo creo que quien me encerró antes con llave fue esta mano.

El muchacho se desconcertó visiblemente, pero no contestó una palabra.

—Bueno —continuó—. Yo soy extranjero y soy un simple huésped. A mí no me toca mezclarme en vuestros asuntos ni juzgarlos; en este punto, lo mejor será tomar el consejo de tu hermana, que será sin duda excelente. Pero, por lo que a mí me atañe, no quiero ser prisionero de nadie. ¿Entiendes? Y me vas a entregar la llave.

Media hora después, mi puerta se abrió de golpe, y la llave cayó, resonando, en mitad de la habitación.

Uno o dos días después de esto, volvía yo de mi paseo un poco antes de mediodía. La señora yacía envuelta en su habitual somnolencia, a la entrada del rincón tapizado de pieles. Los pichones dormían sobre los arcos como grandes copos de nieve. La casa toda estaba sumida en el sortilegio adormecedor del mediodía. Apenas un vientecillo grato y vagaroso que bajaba de las cumbres resbalaba por la galería y susurraba entre los granados, haciendo que se mezclaran sus sombras. El silencio, el reposo, ganaron mi ánimo. Y atravesé el patio rápidamente y comencé a trepar por la escalera de mármol. Al llegar al último peldaño se abre una puerta, y he aquí que me encuentro frente a frente de Olalla.

La sorpresa me inmovilizó. Su belleza se me entró hasta el alma. Olalla, en la sombra de la galería, brillaba como una gema de colores. Sus ojos aprisionaban y retenían los míos, juntándonos como en un apretón de manos. Y aquel instante en que, frente a frente, los dos nos mirábamos, y, por decirlo así, nos bebíamos el uno al otro, fue un instante sacramental, porque en él se cumplieron las bodas de las almas.

Ignoro cuánto tiempo pasé en aquel éxtasis profundo; al fin, haciendo una presurosa reverencia, continué hacia el segundo piso. Ella no se movió. Pero me siguió con sus grandes ojos sedientos. Y, cuando hube desaparecido, pude figurarme que ella palidecía y caía desmayada.

Una vez en mi cuarto, abrí la ventana y me puse a contemplar el campo, sin entender qué mudanza había acontecido en aquel austero teatro de montañas, que ahora todo parecía cantar y brillar bajo la dulzura de los cielos. ¡La había visto! ¡Había visto a Olalla! Y los picos rocallosos contestaban: "¡Olalla!" Y hasta el azur insondable y mudo repetía: "¡Olalla!" La pálida santa de mis sueños se había desvanecido para siempre, cediendo el lugar a esta mujer en quien Dios había derramado los más ricos matices y las energías exuberantes de la vida, haciéndola tan vivaz como el

gamo, tan esbelta como el junco, y en cuyos grandes ojos ardían las antorchas del alma. El temblor de su vida joven, tensa como la del animal salvaje, había hincado en mí toda la fuerza de aquella alma, que, acechándome desde sus ojos, cautivaba los míos, invadía mi corazón y brotaba hasta mi labio en canciones. Ella misma circulaba ya por mis venas; era una conmigo.

Y mi entusiasmo crecía. Mi alma se recogió en su éxtasis como en fuerte castillo, y en vano la sitiaban de afuera mil reflexiones frías y amargas. No me era dable dudar de que me había enamorado de ella desde el primer momento, y aun con un ardor palpitante de que no tenía yo experiencia. ¿Qué iba, pues, a pasar? Era la hija de una familia castigada: la hija de "la señora", la hermana de Felipe; su misma belleza lo decía. Tenía, del uno, la vivacidad y el brillo: vivacidad de flecha, brillo de rocío. Tenía, de la otra, ese resplandecer sobre el fondo pálido de su vida, como con un resalte de flor. Yo no podría nunca dar el nombre de hermano a aquel muchacho simplón, ni el nombre de madre a aquel bulto de carne tan hermoso como impasible, cuyos ojos inexpresivos y perpetua sonrisa me eran ahora francamente odiosos. Y si no había yo de casarme con Olalla, ¿entonces?...

Ella estaba desamparada en el mundo. Sus ojos, en aquella única y larga mirada a que se reducían nuestras relaciones, me habían confesado una debilidad idéntica a la mía. Pero yo sabía para mí que aquella mujer era la que estudiaba solitaria en la fría alcoba del norte, la que escribía versos de dolor, y esto hubiera bastado para contener a un bruto. ¿Huir? No tenía yo el valor de hacerlo. Por lo menos, me juré a mí mismo guardar la circunspección más completa.

Al alejarme de la ventana, mis ojos cayeron de nuevo sobre el retrato. El retrato se había apagado, como una vela ante la luz de la aurora: parecía seguirme penosamente con sus ojos pintados. Ahora estaba yo seguro de que el retrato se asemejaba al modelo, y me asombraba una vez más ante la tenacidad del tipo en aquella raza decadente. Pero ahora la semejanza general se desvanecía para mí ante la diferencia particular. El retrato —bien lo recordaba yo— me había parecido hasta entonces una cosa superior a la vida, un producto del arte sublime del pintor más que de la humilde naturaleza; y ahora, deslumbrado ante la hermosura de Olalla, me admiraba yo de mis dudas. Muchas veces había contemplado la belleza, sin sentirme deslumbrado; y algunas veces me habían atraído mujeres que sólo para mí eran bellas. Pero en Olalla se juntaba cuanto yo había apetecido sin ser capaz de imaginarlo.

No la vi en todo el día siguiente, y ya me dolía el corazón, y mis ojos la deseaban como a la luz de la mañana el viajero. Pero al otro día, al regresar a la hora acostumbrada, la encontré en la misma galería, y una vez más nuestras miradas se juntaron y penetraron. Yo hubiera podido hablarle, hubiera podido acercarme a ella; pero, aunque reinaba en mi corazón, atrayéndome como imán potente, me contuvo un sentimiento todavía más imperioso; y así, me limité a saludarla con una inclinación, y seguí mi camino. Ella, sin contestar mi saludo, me siguió con sus bellos ojos.

Ya me sabía yo de memoria su imagen, y, al recordar sus líneas, parecía leer claramente en su corazón. Vestía con algo de la coquetería materna, y con positivo gusto por los colores. Su vestido —que sospeché era obra de sus manos— la envolvía con una gracia sutil. Conforme a la moda del país, el corpiño se abría por el pecho, en un escote estrecho y largo, y en el ángulo, y descansando sobre su pecho moreno se veía —a pesar de la pobreza de la casa— una medalla de oro, colgada de un cinta. Por si hacía falta, éstas eran pruebas bastantes de su innato amor a la vida y su carácter nada ascético. Por otra parte, en aquellos ojazos que se prendían a los míos pude leer profundidades de pasión y amargura, fulgores de poesía y esperanza, negruras de desesperación y pensamientos superiores al mundo. El cuerpo era amable, y lo íntimo, el alma, parecía ser más que digno de tal cuerpo. ¿Era posible que dejara yo marchitarse aquella flor incomparable, perdida en la aspereza de

la montaña? ¿Era posible que yo desdeñara el precioso don que me ofrecían, con elocuente silencio, aquellos ojos? Alma emparedada ¿no había yo de quebrantar sus prisiones? Ante estas consideraciones, todos los demás argumentos callaban: así fuera la hija de Herodes, yo habría de hacerla mía. Y aquella misma noche, con un sentimiento mezclado de traición e infamia, me dediqué a ganarme al hermano. Sea que lo viera yo con ojos más favorables, sea que el solo recuerdo de su hermana hiciera siempre revelarse los mejores aspectos de aquella alma imperfecta, ello es que el muchacho me pareció más simpático que nunca; aun su semejanza con Olalla, al par que me inquietaba, me predisponía en su favor.

Pasó un tercer día en vano: un desierto de horas. Yo no desperdiciaba ocasión, y toda la tarde anduve paseando por el patio y hablando más que de costumbre con la señora, por matar el tiempo. Bien sabe Dios que ahora la estudiaba yo con interés más tierno y sincero. Para ella, como antes para Felipe, sentía yo brotar en mí un nuevo calor de tolerancia.

Con todo, aquella mujer me sorprendía: aun en mitad de mi charla, dormitaba a veces con un sueño ligero, y luego despertaba sin manifestar el menor embarazo. Esta naturalidad era lo que más me desconcertaba. Y observando los infinitesimales cambios de postura con que de tiempo en tiempo saboreaba y palpaba el placer corpóreo del movimiento, me quedaba yo asombrado ante tal abismo de sensualidad pasiva. Aquella mujer vivía en su cuerpo: toda su conciencia estaba como hundida y diseminada por sus miembros, donde yacía en lujuriosa pereza... Además, yo no podía acostumbrarme a sus ojos. Cada vez que volvía hacia mí aquellos dos inmensos orbes, hermosos y anodinos, abiertos a la luz del día, pero cerrados a la comunicación humana; cada vez que advertía los rápidos movimientos de sus pupilas, que se contraían y se dilataban de pronto, yo no sé lo que me pasaba, porque no hay nombre para expresar aquella confusión de desconcierto, repugnancia y disgusto que corría por mis nervios.

Yo intentaba darle conversación sobre mil asuntos diversos, siempre en vano. Finalmente se me ocurrió hablarle de su hija. Pero ella siguió tan indiferente. Dijo, sí, que era una chica bonita, lo cual era el mejor elogio que sabía hacer de sus hijos; pero no pudo decir nada más. Y cuando yo observé que Olalla parecía llevar una existencia muy quieta, se conformó con bostezarme en la cara, y después añadió que el don del habla no era cosa muy útil cuando no tenía uno nada que decirse.

—La gente habla demasiado, demasiado —añadió—, mirándome con dilatadas pupilas.

Y volvió a bostezar, mostrándome otra vez aquella boca tan preciosa como un juguete. Me di por entendido y, abandonándola a su reposo perpetuo, subí a mi cuarto y me senté junto a la ventana; y allí me puse a ver sin mirar las colinas, sumergido en luminosos ensueños, y creyendo oír, con fantasía, el acento de una voz que hasta hoy no había yo escuchado.

Al quinto día me desperté con un ánimo profético que parecía desafiar al destino. Me sentía yo confiado, dueño de mí, libre de corazón, ágil de pies y manos, y resuelto a someter mi amor a la prueba del conocimiento. ¡Que no padeciera más en las cadenas del silencio, arrastrando sorda existencia que sólo por los ojos irradia como el triste amor de las bestias! ¡Que entrara ya en pleno dominio del espíritu, disfrutando de los goces de la intimidad y comunicación humanas! Así pensaba yo lleno de esperanzas, como quien se embarca rumbo a El Dorado, y ya sin temor de aventurarme por el desconocido y encantado reino de aquella alma.

Pero, al encontrarme con ella, la fuerza misma de la pasión me anonadó por completo; la palabra huyó de mí, y apenas acerté a acercármele como se acerca al abismo el hombre atraído por el vértigo. Al verme aproximar, ella retrocedió un poco, pero sin desviar los ojos de mí, y esto me animó a aproximarme más. Por fin, cuando estuve al alcance de su mano, me detuve. El don de la palabra me había sido negado. Un poco más, y me vería obligado a estrecharla contra mi corazón, en

silencio. Y cuanto aún quedaba en mí de razón y de libertad se sublevó contra semejante disparate. De modo que permanecemos así unos segundos, con toda el alma en los ojos, cambiándonos ondas de atracción y resistiéndonos mutuamente. Hasta que, con un poderoso esfuerzo de voluntad, y con cierta vaga impresión de amargura y despecho, me volví a otra parte y me alejé silenciosamente.

¿Qué extraña fuerza me había privado de la palabra? ¿Por qué retrocedió ella, muda, con fascinados ojos? ¿Era esto amor? ¿O no era más, por ventura, que una atracción bruta, inconsciente, inevitable, como la del imán y el acero? Nunca habíamos cruzado una palabra, éramos completamente ajenos el uno al otro, y, sin embargo, una influencia extraña y poderosa como la garra de un gigante nos juntaba, silenciosos y absortos... Yo comenzaba a impacientarme. Sin embargo, ella era digna de mi amor: yo había visto sus libros, sus versos, y, en cierto modo, divinizado su alma. Pero ella, por su parte, me parecía fría. Ella no conocía de mí más que mi recomendable presencia; ella se sentía atraída por mí como la piedra que cae al suelo; las leyes que gobiernan la tierra, de un modo inconsciente, la precipitaban en mis brazos. Y retrocedí a la idea de semejantes nupcias, y empecé a sentirme celoso de mí mismo. Yo no quería ser amado de esa suerte. Al mismo tiempo, me inspiraba compasión, considerando cuál sería su vergüenza de haber confesado así —¡jella, la estudiosa, la reclusa, la santa maestra de Felipe!— una atracción indomeñable hacia un hombre con quien jamás había cambiado una palabra. Ante este sentimiento de compasión, todo lo demás fue cediendo: ya no deseaba yo más que encontrarme con ella para consolarla y tranquilizarla, para explicarle hasta qué punto su amor era correspondido, hasta qué punto su elección —aunque ciega— resultaba acertada.

El día siguiente amaneció espléndido. Sobre las montañas caían doseles de azul profundo; el sol reverberaba, y el viento en los árboles y los torrentes en las cañadas poblaban el aire de música. Pero yo me sentía muy triste. Mi corazón lloraba por Olalla como llora el niño por su madre. Me senté en una roca, junto a las escarpaduras que limitan la meseta por el lado norte, y me puse a contemplar el boscoso valle donde no había huellas humanas. Me hacía bien contemplar aquella región desierta. Sólo me faltaba Olalla. ¡Qué delicia, qué singular gloria el pasarme toda la vida a su lado, en medio de aquel aire puro, en aquel escenario encantador y abrupto! Así pensaba yo, con un sentimiento de aflicción que poco a poco se fue transformando en gozo vivaz, y haciéndome sentir que crecía en estatura y fuerzas como nuevo Sansón.

Y, de pronto, he aquí a Olalla, que se me acerca. Salió de un bosquecillo de alcornoques y vino directamente hacia mí. Me puse en pie. Había en su andar tanta vida, ligereza y fuego que quedé deslumbrado, a pesar de que venía lentamente y con gran mesura. Pero en su misma lentitud había fuerza; tanta como si corriera, como si volara hacia mí. Se acercaba con los ojos bajos. Cuando estuvo cerca, se dirigió a mí sin mirarme. Al oír el ruido de su voz me saltó el corazón. ¡Tanto había esperado aquel instante, aquella prueba última de mi amor! ¡Oh, qué clara y precisa su articulación, qué distinta de aquel balbuceo torpe de la familia! Su voz, aunque más grave que en la mayoría de las mujeres, era femenina y juvenil. La cuerda era rica: dorados sonos de contralto mezclados con unas notas roncas: tales las vetas rojas tejidas entre sus cabellos castaños. No sólo era una voz que me llegaba al alma: era una voz en que toda ella se me descubría. Pero sus palabras me sumieron en una profunda desesperación.

—Usted debe alejarse de aquí —dijo— hoy mismo.

Su ejemplo me alentó, y al fin pude romper las amarras del lenguaje. Me sentí aligerado de un peso, libertado de un conjuro. No sé lo que contesté. En pie, frente a ella, entre las rocas, volqué todo el ardor de mi alma, diciéndole que sólo vivía pensando en ella, que sólo soñaba con su belleza, y que estaba dispuesto a abandonar patria, lengua y amigos para merecer vivir a su lado. Y

después, recobrándome por extraño modo, cambié el tono, la tranquilicé, la consolé, le dije que adivinaba en ella un alma piadosa y heroica, de quien no me consideraba yo compañero indigno, y de cuyas luces y trato quería participar.

—La naturaleza —le dije— es la voz de Dios, que el hombre no puede desobedecer sin gran riesgo. Y si de tal manera nos hemos sentido atraídos, casi por un milagro de amor, esto indica que hay una divina adecuación en nuestras almas; esto indica —proseguí— que estamos hechos el uno para el otro; que seríamos unos locos —exclamé—, unos locos rebeldes, alzados contra la voluntad de Dios, si desoyéramos al instinto.

Ella movió la cabeza:

—Usted debe irse hoy mismo —repitió. Y después, con un gesto brusco, con voz ronca—: No, hoy no, mañana.

Ante este desfallecimiento, mis esfuerzos redoblaron en marejada. Alargué las manos suplicantes, imploré su nombre, y ella saltó a mi cuello y se apretó contra mí. Las colinas parecieron bambolearse, la tierra estremecerse a nuestros pies. Sufrí como un choque que me dejó ciego y aturdido. Y, un instante después, ella me rechazó, se escapó de mis brazos, y huyó, con la ligereza del ciervo, por entre los alcornoques de abajo.

Me quedé inmóvil, clamé a las montañas, y al cabo me volví camino de la casa, pareciéndome que pisaba en el aire. ¿De modo que ella me despedía, pero bastaba que yo pronunciara su nombre para que cayera en mis brazos? ¡Debilidad de muchacha, a que ella misma, tan superior a su sexo, no era extraña! ¿Irme yo? ¡No, yo no, Olalla; no, yo no, Olalla, Olalla mía! Un pájaro cantaba en el campo: los pájaros eran raros en aquella estación. Sin duda era un buen agüero, sí. Y de nuevo todas las fuerzas de la naturaleza, desde las ponderosas y sólidas montañas hasta la hoja leve y la más diminuta mosca que flota en la penumbra del bosque, empezaron a girar en mi derredor con alegre fiesta. El sol cayó sobre las colinas tan pesado como un martillo sobre el yunque, y las colinas vacilaron. La tierra, con la insolación, exhaló profundos aromas. Los bosques humeaban al sol. Sentí circular por el mundo la vibración de la alegría y el trabajo. Y aquella fuerza elemental, ruda, violenta, salvaje —el amor que gritaba en mi corazón— me abrió como una llave los secretos de la naturaleza, y aun las piedras con que tropezaban mis pies me parecían cosas vivas y fraternales. ¡Olalla! Su contacto me había removido, renovado y fortalecido al grado de recobrar el perdido concierto con la bronca tierra, hasta una culminación del alma que los hombres han olvidado en su mediocre vida civilizada. El amor ardía en mi pecho con furia, y la ternura me derretía: yo la odiaba, la adoraba, la compadecía, la reverenciaba con éxtasis. Por una parte ella era cadena que me unía a muchas cosas idas; por otra, la que me unía a la pureza y la piedad de Dios: algo a la vez brutal y divino, entre inocencia pura y desatada fuerza del mundo.

Me daba vueltas la cabeza cuando entré en el patio, y al encontrarme con la madre tuve una revelación. La madre yacía sentada, toda pereza y contento, pestañeando bajo el ardiente sol, llena de pasiva alegría, criatura aparte; y, al verla, todo mi ardor se apagó como avergonzado. Me detuve y, dominándome lo mejor que pude, le dije dos o tres palabras al azar. Ella me miró con su imperturbable bondad, y su voz, al contestarme, me pareció salir de aquel reino de paz en que siempre estaba sumergida; entonces, por primera vez, cruzó por mi mente una noción de respeto hacia aquel ser tan invariablemente ingenuo y feliz; y proseguí mi camino preguntándome cómo había yo podido arrebatarme a tal grado.

Sobre mi mesa encontré una hoja del mismo papel amarillento que había yo visto en el aposento del ala norte: estaba escrita con lápiz, y por la misma mano, la mano de Olalla. Muy alarmado, cogí el papel y leí:

Si hay en usted algún sentimiento de bondad hacia Olalla, si hay en usted alguna consideración para el desdichado, váyase usted de aquí hoy mismo; por compasión, por su honor, por aquel que murió en la Cruz, le ruego que se vaya.

Me quedé un rato sin saber qué pensar, y de pronto se despertó en mí un impulso de horror a la vida; la luz se apagó en las colinas, y empecé a temblar como un hombre aterrorizado. Aquel hueco que se abría en mi vida me acobardaba como el vacío físico. Ya no se trataba de mi corazón, ni de mi felicidad, sino de mi vida misma. Yo no podía renunciar a Olalla. Me lo dije una y otra vez. Y luego, como en sueños, me dirigí a la ventana, alargué la mano para abrirla, y distraído rompí la vidriera. La sangre saltó de mi muñeca; recobrando instantáneamente el perdido juicio, me apreté con el pulgar para contener la diminuta fuente, y me puse a pensar en el remedio. En mi cuarto no había nada que me sirviera para el caso; además, era preciso que alguien me ayudara. Se me ocurrió que la misma Olalla podría ayudarme, y bajé al otro piso, siempre conteniéndome la sangre.

No encontré a Olalla ni a Felipe, y entonces me dirigí al rincón del patio donde la señora estaba acurrucada, cabeceando junto al fuego, porque todo calor era poco para ella.

—Dispense usted, señora —le dije—, si la molesto; pero necesito que me auxilie usted.

Me miró con somnolencia, y me preguntó qué pasaba; y, al tiempo que yo le respondía, me pareció que respiraba con fuerza, que se le dilataban las ventanas de la nariz, y que por primera vez entraba de lleno en la vida.

—Que me he herido —le dije—, y creo que la herida es seria. Mire usted.

Y le mostré la mano, de donde manaba y caía la sangre.

Sus ojazos se abrieron inmensamente, las pupilas se redujeron a puntos, un velo cayó de su cara, que al fin adquirió una expresión marcada, aunque indefinible. Y mientras yo contemplaba estupefacto semejante transformación, ella, saltando de pronto sobre mí, me cogió la mano, se la llevó a la boca, y me dio un mordisco hasta los huesos. El dolor, la sangre que brotó, el horror mismo de aquel acto, todo obró sobre mí de tal suerte que la rechacé de un empujón; pero ella siguió atacándome, arrojándose sobre mí con gritos bestiales, gritos que entonces reconocí, los mismos gritos que me habían despertado la noche del huracán. Ella tenía toda la fuerza de la locura, y mi fuerza se debilitaba con la pérdida de sangre, aparte del trastorno enorme que me había causado aquel acto abominable; y materialmente estaba yo cogido contra la pared, cuando Olalla llegó corriendo a separarnos, y Felipe, que se acercó de un salto, logró derribar a su madre.

Y desfallecí. Podía ver, oír y sentir, pero era incapaz de moverme. Oí claramente que los dos cuerpos luchaban rodando por el suelo. Ella trataba de atraparme, él de impedirlo; y los alaridos de gato montés llegaban hasta el cielo. Sentí que Olalla me cogía en brazos, que su cabellera barría mi cara, y que, con la fuerza de un hombre, me levantaba y llevaba a cuestras por las escaleras hasta mi cuarto, y me descargaba en la cama. Después la vi correr a la puerta, cerrar con llave, y quedarme un rato escuchando los salvajes gritos que poblaban la casa. A poco, rápida como el pensamiento, se me acercó, me vendó la mano y la llevó sobre su corazón, gimiendo y lamentándose con un rumor de paloma. No hablaba; no salían palabras de su boca, sino sonidos más bellos que el lenguaje, infinitamente conmovedores y tiernos. En medio de mi postración, cruzó por mi mente un pensamiento, un pensamiento que me hizo daño como una espada, un pensamiento que, como un gusano en una rosa, vino a profanar la santidad de mi amor. Sí: aquellos murmullos y ruidos eran muy bellos, y era indudable que la misma ternura los inspiraba; pero... ¿eran acaso humanos?

Todo el día estuve reposando. Por mucho tiempo siguieron oyéndose los gritos de aquella hembra abominable que luchaba con su cachorro, lo cual me llenaba de amargura y horror. Eran los gritos de muerte de mi amor; mi amor había sido asesinado de tal modo, que en su muerte había

ofensa. Y, sin embargo, por mucho que lo pensara y lo sintiera así, mi amor todavía se agitaba en mí como una tormenta de dulzura, y mi corazón se deshacía ante las miradas y las caricias de Olalla. Aquella horrible idea que había surgido en mi mente, aquella sospecha sobre la normalidad de Olalla, aquel elemento salvaje y bestial que se descubría en la conducta de toda aquella familia, y aun se dejaba sentir en los comienzos de mi historia de amor, todo esto, por mucho que me desanimara, molestara y enfermara, no era capaz de romper el encantamiento.

Cuando cesaron los gritos, vino el arañar de la puerta: era Felipe. Olalla estuvo hablando con él, a través de la puerta, no sé qué. Pero ya no se alejó más de mi lado, y ora se arrodillaba junto a mi cama en fervientes plegarias, ora se sentaba, mirándome largamente a los ojos. Así, durante unas seis horas me estuvo embriagando con su belleza y dejándome repasar silenciosamente la lección de su cara. Contemplé la medalla de oro que llevaba al pecho: admiré a mi sabor aquellos ojos que brillaban y se oscurecían por instantes. Nunca le oí hablar más lenguaje que el de una infinita bondad. Miré hasta saciarme aquella cara perfecta, y adiviné, a través del vestido, las líneas de aquel cuerpo perfecto.

Por fin cayó la noche, y en la oscuridad creciente de la alcoba su imagen se me iba perdiendo poco a poco; pero el contacto suave de su mano persistía en la mía y me hablaba por ella. Yacer así, en mortal desfallecimiento, y embriagarse con la belleza de la amada, es sentir que se reaviva el amor a pesar de todos los despechos. Yo reflexionaba, reflexionaba... Y cerré los ojos a todos los horrores, y otra vez me sentí bastante audaz para aceptar el peor de todos. ¿Qué importaba todo, si aquel imperioso sentimiento sobrevivía; si todavía sus ojos me atraían y magnetizaban; si ahora, como antes, todas las fibras de mi cuerpo agobiado anhelaban hacia ella? Muy entrada ya la noche, me recobré un poco y pude hablar:

—Olalla —le dije—, no importa lo pasado. No quiero saber nada. Estoy contento. La amo a usted.

Ella se arrodilló otra vez y se puso a orar, y yo respeté sus devociones. La luna brillaba en las ventanas, difundiendo una vaga claridad por el cuarto, de modo que podía yo distinguir a Olalla. Cuando se incorporó, la vi hacer el signo de la cruz.

—Ahora me toca a mí hablar —dijo— y a usted oír. Yo sé bien a qué atenerme y sé bien lo que hago; usted sólo sospecha algo. He estado rezando, ¡oh, cuánto he rezado!, para que usted se aleje de aquí. Ya se lo he pedido a usted, y sé bien que usted me lo habrá concedido ya; o, por lo menos, déjeme usted que lo crea así.

—La amo a usted —le dije.

—¡Y pensar —continuó ella tras una pausa— que usted ha vivido en el mundo, que es usted un hombre, y un hombre juicioso, y yo no soy más que una simple muchacha! Perdóneme usted si parece que trato de darle lecciones; yo, que soy tan ignorante como el árbol de la montaña; pero después de todo, aun el que ha aprendido mucho no ha hecho más que tocar levemente el conocimiento: aprende, por ejemplo, las leyes del mundo, concibe la dignidad de los planes generales de las cosas..., ¡pero el horror del hecho bruto huye de su memoria! Nosotras, las que nos quedamos en casa a rumiar el alma, sólo nosotras lo recordamos, sólo nosotras creo yo que tenemos bastante prudencia y compasión. Váyase usted, será lo mejor: váyase y acuérdesse de mí. Así al menos viviré entre los recuerdos gratos de usted, con una vida tan real como la que llevo en mí misma.

—La amo a usted —repetí.

Y con mi mano herida tomé la suya, la llevé a mis labios y la besé. Ella no se resistió, aunque se agitó un poco, y me pareció que me contemplaba con una expresión que, sin dejar de ser bondadosa, era triste y desconcertada. De pronto tomó una resolución extrema: se inclinó un poco, atrajo mi

mano, y la puso donde más latía su corazón.

—Aquí —me dijo—, aquí estás palpando la fuente de mi vida. Sólo palpita por ti: es tuyo. Pero, ¿es mío siquiera? Es mío hasta donde puedo tomarlo y ofrecértelo como lo haría con el medallón que llevo al cuello, como podría arrancar de un árbol una rama para dártela. ¡Pero no es lo bastante mío! Yo vivo, o creo vivir, si esto es vida, en un sitio aparte, prisionera impotente, arrastrada y ensordecida por una multitud de seres que en vano repudio. Jadeando como jadea el costado del animal con la fatiga, este corazón palpitante ha reconocido en ti a su dueño. Él te ama, es cierto. Pero, ¿y mi alma, te ama mi alma? Tal vez no. No lo sé, temo preguntárselo. Cuando tú me hablas, tus palabras vienen de tu alma, las pides a tu alma... Sólo por el alma podrías adueñarte de mí.

—Olalla —dije yo—, el alma y el cuerpo son lo mismo, y más para las cosas de amor. Lo que el cuerpo escoge, lo ama el alma; donde el cuerpo se acerca, el alma se junta; y juntos los cuerpos, las almas se juntan al mandato de Dios, y lo más bajo de nosotros (si es que tenemos derecho de juzgar) no es más que el fundamento y raíz de lo más alto.

—¿Ha visto usted los retratos que hay en la casa? —continuó ella—. ¿Se ha fijado usted en mi madre o en Felipe? ¿En ese retrato que está allí? El modelo murió hace muchos años: fue una mujer que hizo mucho mal. Pero, mire usted: su mano está reproducida en la mía, línea por línea; tiene mis mismos ojos, mis propios cabellos. ¿Qué es, pues, mío, de todo esto, y dónde estoy yo? ¡Si todas las curvas de este pobre cuerpo que usted desea, y por amor del cual se figura usted que me quiere a mí, si todos los gestos de mi cara, y hasta los acentos de mi voz, las miradas de mis ojos (y eso en el momento en que hablo al que amo), han pertenecido ya a tantos otros!... Otras, en otro tiempo, han subyugado a otros hombres con estos mismos ojos; otros hombres han oído los reclamos de esta misma voz. En mi seno viven los manes de las muertas: ellos me mueven, me arrastran, me conducen; soy una muñeca en sus manos, y soy mera reencarnación de rasgos y atributos que el pecado ha ido acumulando en la quietud de las tumbas. ¿Es a mí a quien ama usted, amigo mío? ¿No es más bien a la raza que me hizo? ¿Ama usted, acaso, a la pobre muchacha que no puede responder de una sola de las porciones de sí misma? ¿O ama usted más bien la corriente de que ella es un pasajero remanso, el árbol de que ella es sólo un fruto marchitable? La raza existe: es muy antigua, siempre joven, lleva en sí su eterno destino; sobre ella, como las olas sobre el mar, el individuo sucede al individuo, engañado con una apariencia de libertad; pero los individuos no son nada. Hablamos del alma... ¡y el alma está en la raza!

—Usted intenta levantarse contra la ley común —dije yo—. Se rebela usted contra la voz de Dios, tan persuasiva como imperiosa. ¡Óigala usted! Escuche usted cómo habla adentro de nosotros. Su mano tiembla en mi mano, su pecho palpita a mi contacto, y los ignorados elementos que nos integran se despiertan y agitan con una sola mirada. La arcilla terrestre, recordando su independencia primitiva, quisiera juntarnos en uno. Caemos el uno hacia el otro como se atraen las estrellas en el espacio o como va y viene la marea, en virtud de leyes más antiguas y más poderosas que nosotros.

—¡Ay! —exclamó ella—. ¿Qué voy a decirle a usted? Mis padres, hace ochocientos años, gobernaban toda esta comarca; eran sabios, grandes, astutos y crueles; eran, en España, una raza escogida; sus enseñanzas conducían a la guerra; los reyes los llamaban primos; el pueblo, cuando veía que alzaban horcas o cuando, al regresar a sus cabañas, las encontraban humeando, maldecía sus nombres. De pronto sobreviene un cambio. El hombre se ha levantado del bruto, y como se ha levantado del nivel del bruto, puede otra vez caer. El soplo de la fatiga comenzó a azotar a aquella raza y las cuerdas se relajaron, y empezaron a degenerar los hombres; su razón se fue adormeciendo, sus pasiones se agitaron en torbellino, reacias e insensibles como el viento en los cañones de la

montaña. Todavía conservaban el don de la belleza, pero no ya la mente guiadora ni el corazón humano. La simiente se propagaba, se revestía de carne, y la carne cubría los huesos; pero aquello era ya carne y hueso de brutos, sin más racionalidad que la de la última bestezuela. Se lo explico a usted como puedo. Usted habrá apreciado ya por sí mismo lo que ha decaído mi raza condenada. En este descenso inevitable, yo estoy sobre una pequeña eminencia accidental, y puedo ver un poco hacia atrás y hacia adelante, calculando así lo que perdimos y lo que aún estamos sentenciados a perder. ¿Y he de ser yo, yo misma, que habito con horror esta morada de la muerte, este cuerpo, quien repita el conjuro funesto? ¿He de obligar a otro ser tan renuente a ello como yo misma, a vivir dentro de esta abominable morada que yo no puedo soportar? ¿Puedo yo misma empuñar este vaso humano y cargarlo de nueva vida como de nuevo veneno, para lanzarlo después, a modo de fuego asolador, a la cara de la posteridad? No, mi voto está hecho; la raza tiene que desaparecer del haz de la tierra. A estas horas mi hermano estará acabando los arreglos; pronto hemos de oír sus pasos en la escalera; usted se irá con él, y yo no he de volver a verlo en mi vida. Recuérdeme usted, de tarde en tarde, como a una pobre criatura para quien la lección de la vida fue muy cruel, pero que supo aprovecharla con valor; recuérdeme usted como una mujer que lo amó, pero que se odiaba tanto a sí misma que hasta su mismo amor le era odioso; como una mujer que lo despidió a usted, y que hubiera querido retenerlo para siempre a su lado; que nada desea más que olvidarlo, y nada teme más que ser olvidada.

Y se encaminaba hacia la puerta, y su rica y profunda voz se oía cada vez más lejana. Al llegar a la última palabra, ya había desaparecido del todo, dejándome solo, envuelto en la claridad de la luna. No sé lo que hubiera hecho, a habérmelo permitido la extrema debilidad en que estaba. Hizo presa en mí la más negra desesperación. Poco después, entró en mi estancia la luz rojiza de una linterna. Era Felipe, que, sin decir palabra, me cargó sobre sus hombros, y echó a andar. Y así traspusimos la puerta, junto a la cual nos esperaba ya el coche.

A la luna, las colinas se destacaban distintamente, como recortadas en tarjetas; sobre la llanura enlunada, y entre los árboles enanos que se mecían y rebrillaban, el inmenso cubo negro de la mansión resaltaba como una masa compacta, donde sólo se veían tres ventanas tenuemente iluminadas en el frente norte, sobre la puerta. Eran las ventanas de Olalla. Yo, mientras el carro avanzaba y saltaba entre la noche, mantenía los ojos fijos en ellas. Por fin, al bajar al valle, las perdí de vista. Felipe silencioso, en el pescante. De tiempo en tiempo, refrenaba un poco la mula y se volvía a mirarme. Poco a poco se me fue aproximando, y puso su mano en mi cabeza. Había tanta bondad en aquella caricia, tanta sencillez animal, que las lágrimas salieron de mí cual la sangre de rota arteria.

—Felipe —le dije—, llévame adonde no me hagan preguntas.

No dijo nada, pero hizo girar a la mula, desanduvo un trecho, y entrando por otra senda me condujo al pueblecito de la montaña, que era, como en Escocia decimos, el *kirkton*, la diócesis de aquel populoso distrito. Vagamente bullen en mi memoria los recuerdos del amanecer en los campos, del coche que se detiene, de unos brazos que me ayudan a descender, de un humilde cuarto en que me alojan, y de un desmayo profundo como un sueño.

Al día siguiente, y al otro, y al otro, el sacerdote asistió a mi cabecera con su caja de rapé y su breviario. Después, cuando empecé a restablecerme, me dijo que yo estaba en camino de salud y me convenía apresurar mi regreso. Y, sin dar sus razones, sorbió un poco de rapé y me miró de reojo. Yo no me hice desentendido. Comprendí que había hablado con Olalla.

—Y ahora, señor —le dije—, pues ya sabe usted que no lo pregunto con mala intención, ¿qué me cuenta usted de esa familia?

Me dijo que eran muy infortunados; que eran, al parecer, una raza decadente, y que estaban muy pobres y habían vivido muy abandonados.

—Pero no ella —le dije—. Gracias a usted, sin duda, ella es muy instruida y mucho más sabia de lo que suelen ser las mujeres.

—Sí —afirmó—, la señorita es muy ilustrada. Pero la familia es de lo más ignorante.

—¿La madre también? —pregunté.

—Sí, también la madre —dijo el sacerdote tomando rapé—. Pero Felipe es un chico bien inclinado.

—La madre es muy extraña, ¿verdad?

—Mucho —asintió el sacerdote.

—Señor, creo que nos andamos con circunloquios —dije yo—. Usted debe de conocer mi situación mejor de lo que aparenta conocerla. Usted sabe bien que mi curiosidad es, por muchas causas, justificada. ¿No quiere usted ser franco conmigo?

—Hijo mío —dijo el anciano—. Seré muy franco con usted en asuntos de mi competencia; pero, en los que ignoro, no hace falta mucha prudencia para comprender que debo callar. No he de fingir ni disimular: entiendo perfectamente lo que usted quiere decirme: pero, ¿qué quiere usted que le diga, sino que todos estamos en las manos de Dios, y que sus caminos no son los nuestros? Hasta lo he consultado ya con mis superiores eclesiásticos; pero ellos también permanecen mudos. Se trata de un misterio muy grande.

—¿La señora está loca? —pregunté.

—Le contestaré a usted lo que creo: creo que no lo está —dijo el buen cura—, o no lo estaba al menos. Cuando era joven (Dios me perdone: temo haber abandonado un poco a mi oveja) seguramente era cuerda; y, sin embargo, ya se le notaba ese humor, aunque no llegaba a los extremos de ahora. Ya antes de ella lo había tenido su padre; y aun creo que venía de más atrás: por eso, tal vez, nunca hice mucho caso... Pero estas cosas crecen y crecen, no sólo en el individuo, sino en la raza.

—Cuando era joven —comencé, y mi voz tembló un instante y tuve que hacer un esfuerzo para continuar—, ¿se parecía a Olalla?

—¡No, por Dios! —exclamó—. No quiera Dios que nadie se figure tal cosa de mi penitente favorita. No, no; la señorita (salvo en su belleza, que yo, honradamente, desearía que fuera menor) no se parece a lo que fue su madre en un cabello. No quiero que se figure usted eso, aunque sabe el cielo que más le valdría a usted figurárselo.

Entonces me incorporé en la cama y abrí mi corazón al anciano. Le conté nuestro amor y la decisión de ella. Le confesé mis propios temores, mis tristes y pasajeras imaginaciones, aunque asegurándole también que se habían acabado ya. Y con una sumisión que no era fingida, apelé a su juicio.

Me escuchó con paciencia y sin la menor sorpresa. Y cuando terminé se quedó callado un buen rato. Al fin dijo así:

—La Iglesia... —y se detuvo para pedir excusas—. Hijo mío: había olvidado que no es usted cristiano. Pero es la verdad: en un punto tan excepcional como éste, la misma Iglesia puede decirse que no ha decidido nada. Sin embargo, ¿quiere usted que le diga mi opinión? En esta materia el mejor juez es la señorita. Y yo acepto su sentencia.

Después se despidió, y en adelante sus visitas fueron menos frecuentes. Lo cierto es que, en cuanto me restablecí del todo, hasta parecía temer y huir mi sociedad, no por disgusto de mí, sino por huir del enigma de la esfinge. También en el pueblo se me alejaban. Nadie quería guiarme por la

montaña. Yo creo que me miraban con desconfianza, y los más supersticiosos hasta se santiguaban al verme. Al principio lo achacaba yo a mis ideas heréticas; pero poco a poco fui comprendiendo que la causa de todo era mi estancia en la triste residencia. Aunque nadie hace caso de supersticiones simples, yo sentía que sobre mi amor iba cayendo una sombra fría. No diré que lo apagaba, no; más bien servía para enfurecerlo.

Pocas millas al oeste del pueblo, había una abertura en la sierra desde donde era fácil distinguir la residencia. Allí iba yo diariamente a respirar el aire libre. En la cima había un bosque, y en el sitio justo en que el camino salía del bosque se alzaba un montón de rocas, arriba del cual había un crucifijo de tamaño natural y de expresión más que dolorida. Aquél era mi lugar predilecto. Desde allí, día tras día, acechaba yo el valle y la antigua casona, y podía ver a Felipe, no mayor que una mosca, que iba y venía por el jardín. A veces había niebla, niebla que el viento de la montaña acababa por disipar. A veces todo el valle dormía a mis pies ardiendo en sol. Otras, la lluvia tendía sobre él sus redes. Aquel vigilar a distancia, aquella contemplación interrumpida del sitio en que mi vida había sufrido tan extraña mudanza, convenían singularmente a mi humor indeciso. Allí me pasaba yo los días enteros, discutiendo para mis adentros los diversos aspectos de la situación, ya doblegándome ante las seducciones del amor, ya dando oídos a la prudencia, y finalmente volviendo a mi indecisión primera.

Un día que estaba yo, como de costumbre, sentado en mi roca, pasó por allí un campesino, un hombre alto envuelto en una manta. Era forastero, y no me conocía ni de oídas, porque, en lugar de desviarse de mí como todos, me abordó, se sentó a mi vera, y nos pusimos a conversar. Me dijo, entre otras cosas, que había sido mulero, y en otro tiempo había frecuentado mucho aquella sierra. Más tarde había servido al ejército con sus mulas, había logrado ahorrar algo, y ahora vivía retirado con su familia.

—¿Y conoce usted aquella casa? —le pregunté señalando la residencia, porque yo no podía hablar más que de Olalla.

Me miró con arrugado ceño, se santiguó y me dijo:

—¡Y bien que sí! Como que allí vendió el alma a Satanás un compañero. ¡La Virgen María nos guarde de tentaciones! Pero ya lo ha pagado, porque a estas horas está ardiendo en los vivos infiernos.

Sentí un vago terror. No supe qué decir. Y el hombre, como hablando para sí, continuó.

—¡Sí, ya lo creo que la conozco! Alguna vez he entrado allí. Nevaba mucho, y el viento arrastraba la nieve. De seguro andaba la muerte suelta en la montaña, pero era peor todavía en aquel hogar. Y verá usted, señor: entré, cogí del brazo a mi compañero, lo arrastré hasta la puerta, le pedí por todo lo más sagrado que hubiera conmigo; hasta me le arrodillé en la nieve, y vi claramente que estaba conmovido. Pero en ese instante se asomó ella por la galería y lo llamó por su nombre. Él se volvió. Ella, con una lámpara en la mano, lo llamaba y le sonreía. Yo invoqué el nombre de Dios y le eché encima los brazos, pero él me dio un empujón, y se me escapó. Ya había escogido para siempre entre el Bueno y el Malo. ¡Dios nos ayude! Yo hubiera rezado por él. ¿Para qué? Hay pecados con los que no puede ni el papa.

—Y, ¿en qué paró al fin su amigo?

—¡Hombre, sabe Dios! —dijo el arriero—. A ser cierto lo que se cuenta, su fin fue, como sus pecados, para erizar los cabellos.

—¿Quiere usted decir que lo mataron?

—Claro que lo mataron —repuso el hombre—. Pero ¿cómo, eh? ¿Cómo? Hay cosas que sólo nombrarlas es pecado.

—La gente que vive allí... —comencé a decir.

Pero él me interrumpió rudamente:

—¿Qué gente? ¡Si en esa casa de Satanás no vive nadie! ¿Cómo? ¿Tanto tiempo de vivir aquí y no saberlo?

Y aquí, acercándose, me habló al oído, como temiendo que las aves de la montaña lo oyeran y enfermaran de horror.

Lo que me contó, ni era cierto ni muy original: una nueva versión, remendada por la superstición e ignorancia de los campesinos, de cuentos tan viejos como el hombre. Lo único que me impresionó fue la moraleja final.

En otro tiempo —me dijo—, la Iglesia hubiera podido quemar aquel nido de basiliscos; pero ahora la Iglesia era débil. Su amigo Miguel no había sido castigado por la mano del hombre, sino abandonado al tremendo castigo de Dios. Eso no era justo, y no debía repetirse. El cura estaba ya viejo, y probablemente también a él lo habían embrujado. Pero ahora el rebaño estaba más alerta para cuidarse solo; y algún día —no lejano— el humo de aquella casa subiría al cielo.

Me dejó horrorizado. ¿Qué hacer? ¿Prevenir al cura o directamente a los amenazados? La suerte iba a decidirlo por mí. En efecto, mientras yo vacilaba, vi aparecer por el camino una mujer cubierta con un velo. El velo no podía engañar mi penetración. En todas las líneas y movimientos del cuerpo reconocí a Olalla. Y, ocultándome tras la roca, la dejé llegar a la cumbre. Entonces me descubrí. Ella, reconociéndome, se detuvo sin decir palabra. Yo también permanecí silencioso. Y así estuvimos contemplándonos, con apasionada amargura.

—Creí que ya se había usted ido de aquí —dijo ella al cabo—. Es lo mejor que puede usted hacer por mí; alejarse. ¡Y usted, que se empeña en quedarse!... Pero, ¿no ve usted que cada día acumula peligros de muerte, no sólo sobre su cabeza, sino también sobre la nuestra? Han corrido rumores por la montaña: hablan de que usted está enamorado de mí, y la gente no lo toleraría...

Comprendí que ya estaba informada del peligro que amenazaba su casa: más valía así.

—Olalla —le dije—. Estoy dispuesto a partir este mismo día, esta misma hora, pero no solo.

Ella dio unos pasos, y se arrodilló ante el crucifijo. Y yo me quedé contemplando alternativamente a aquella devota y al objeto de su adoración: ya la hermosa figura de la penitente, ya el semblante lívido y embadurnado, las llagas pintadas y las flacas costillas de la imagen. El silencio sólo era turbado por los lamentos de unos pájaros que revoloteaban, como asustados, por las cumbres. Al fin, Olalla se levantó, se volvió hacia mí, alzó su velo y, apoyándose con una mano en el madero de la Cruz, me contempló con semblante pálido y doliente:

—Tengo —dijo— la mano puesta en la Cruz. Mi confesor me ha dicho que usted no es cristiano. No importa: por un instante contemple usted a través de mis ojos el rostro del Crucificado. Todos somos, como Él, herederos del pecado; todos tenemos que soportar y expiar un pasado que no es nuestro; en todos hay, hasta en mí, un reflejo divino. Como Él, todos debemos padecer un poco, en tanto que se hace la paz de la mañana. Déjeme usted seguir a solas mi camino: así estaré menos sola, porque me acompañará Aquel que es amigo de todos los que sufren; así, seré más dichosa porque habré dicho adiós a las dichas terrestres y aceptado voluntariamente mi patrimonio de dolor.

Alcé los ojos para ver el rostro del Cristo, y, aunque no gusto de imágenes y desdeño este arte imitativo y gesticulante de que el Crucifijo era tosco ejemplo, invadió mi espíritu un vago sentimiento del símbolo. El rostro, caído, me contemplaba con una confracción de dolor y muerte; pero rayos de gloria lo circundaban, haciéndome recordar la grandeza del sacrificio voluntario. En lo alto, coronando la roca, como en tantos otros caminos, predicando en vano al pasajero, el Crucifijo se alzaba, emblema imponente de austeras y nobles verdades: que el placer no es un fin, sino un

simple acaso; que el dolor es la opción del magnánimo, que la virtud está en sufrir y hacer siempre el bien... Y empecé, en silencio, a bajar la cuesta. Y cuando por última vez volví la cara, antes de internarme en el bosque, vi a Olalla, abrazada todavía a la Cruz.

EL DIABLO EN LA BOTELLA

Había un hombre en la isla de Hawai al que llamaré Keawe; porque la verdad es que aún vive y que su nombre debe permanecer secreto, pero su lugar de nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande yacen escondidos en una cueva. Este hombre era pobre, valiente y activo; leía y escribía tan bien como un maestro de escuela, además era un marinero de primera clase, que había trabajado durante algún tiempo en los vapores de la isla y pilotado un ballenero en la costa de Hamakua. Finalmente, a Keawe se le ocurrió que le gustaría ver el gran mundo y las ciudades extranjeras y se embarcó con rumbo a San Francisco.

San Francisco es una hermosa ciudad, con un excelente puerto y muchas personas adineradas; y, más en concreto, existe en esa ciudad una colina que está cubierta de palacios. Un día, Keawe se paseaba por esta colina con mucho dinero en el bolsillo, contemplando con evidente placer las elegantes casas que se alzaban a ambos lados de la calle. «¡Qué casas tan buenas!» iba pensando, «y ¡qué felices deben de ser las personas que viven en ellas, que no necesitan preocuparse del mañana!». Seguía aún reflexionando sobre esto cuando llegó a la altura de una casa más pequeña que algunas de las otras, pero muy bien acabada y tan bonita como un juguete, los escalones de la entrada brillaban como plata, los bordes del jardín florecían como guirnaldas y las ventanas resplandecían como diamantes. Keawe se detuvo maravillándose de la excelencia de todo. Al pararse se dio cuenta de que un hombre le estaba mirando a través de una ventana tan transparente que Keawe lo veía como se ve a un pez en una cala junto a los arrecifes. Era un hombre maduro, calvo y de barba negra; su rostro tenía una expresión pesarosa y suspiraba amargamente. Lo cierto es que mientras Keawe contemplaba al hombre y el hombre observaba a Keawe, cada uno de ellos envidiaba al otro.

De repente, el hombre sonrió moviendo la cabeza, hizo un gesto a Keawe para que entrara y se reunió con él en la puerta de la casa.

—Es muy hermosa esta casa mía —dijo el hombre, suspirando amargamente—. ¿No le gustaría ver las habitaciones?

Y así fue como Keawe recorrió con él la casa, desde el sótano hasta el tejado; todo lo que había en ella era perfecto en su estilo y Keawe manifestó gran admiración.

—Esta casa —dijo Keawe— es en verdad muy hermosa; si yo viviera en otra parecida, me pasaría el día riendo. ¿Cómo es posible, entonces, que no haga usted más que suspirar?

—No hay ninguna razón —dijo el hombre— para que no tenga una casa en todo semejante a ésta, y aun más hermosa, si así lo desea. Posee usted algún dinero, ¿no es cierto?

—Tengo cincuenta dólares —dijo Keawe—, pero una casa como ésta costará más de cincuenta dólares.

El hombre hizo un cálculo.

—Siento que no tenga más —dijo—, porque eso podría causarle problemas en el futuro, pero será suya por cincuenta dólares.

—¿La casa? —preguntó Keawe.

—No, la casa no —replicó el hombre—, la botella. Porque debo decirle que aunque le parezca una persona muy rica y afortunada, todo lo que poseo, y esta casa misma y el jardín, proceden de una botella en la que no cabe mucho más de una pinta. Aquí la tiene usted.

Y abriendo un mueble cerrado con llave, sacó una botella de panza redonda con un cuello muy largo, el cristal era de un color blanco como el de la leche, con cambiantes destellos irisados en su

textura. En el interior había algo que se movía confusamente, algo así como una sombra y un fuego.

—Esta es la botella —dijo el hombre, y, cuando Keawe se echó a reír, añadió—: ¿No me cree? Pruebe usted mismo. Trate de romperla.

De manera que Keawe cogió la botella y la estuvo tirando contra el suelo hasta que se cansó; porque rebotaba como una pelota y nada le sucedía.

—Es una cosa bien extraña —dijo Keawe—, porque tanto por su aspecto como al tacto se diría que es de cristal.

—Es de cristal —replicó el hombre, suspirando más hondamente que nunca—, pero de un cristal templado en las llamas del infierno. Un diablo vive en ella y la sombra que vemos moverse es la suya; al menos eso creo yo. Cuando un hombre compra esta botella el diablo se pone a su servicio; todo lo que esa persona desee, amor, fama, dinero, casas como ésta o una ciudad como San Francisco, será suyo con sólo pedirlo. Napoleón tuvo esta botella, y gracias a su virtud llegó a ser el rey del mundo; pero la vendió al final y fracasó. El capitán Cook también la tuvo, y por ella descubrió tantas islas; pero también él la vendió, y por eso lo asesinaron en Hawai. Porque al vender la botella desaparecen el poder y la protección; y a no ser que un hombre esté contento con lo que tiene, acaba por sucederle algo.

—Y sin embargo, ¿habla usted de venderla? —dijo Keawe.

—Tengo todo lo que quiero y me estoy haciendo viejo —respondió el hombre—. Hay una cosa que el diablo de la botella no puede hacer... y es prolongar la vida; y, no sería justo ocultárselo a usted, la botella tiene un inconveniente; porque si un hombre muere antes de venderla, arderá para siempre en el infierno.

—Sí que es un inconveniente, no cabe duda —exclamó Keawe—. Y no quisiera verme mezclado en ese asunto. No me importa demasiado tener una casa, gracias a Dios; pero hay una cosa que sí me importa muchísimo, y es condenarme.

—No vaya usted tan deprisa, amigo mío —contestó el hombre—. Todo lo que tiene que hacer es usar el poder de la botella con moderación, venderla después a alguna otra persona como estoy haciendo yo ahora y terminar su vida cómodamente.

—Pues yo observo dos cosas —dijo Keawe—. Una es que se pasa usted todo el tiempo suspirando como una doncella enamorada; y la otra que vende usted la botella demasiado barata.

—Ya le he explicado por qué suspiro —dijo el hombre—. Temo que mi salud está empeorando; y, como ha dicho usted mismo, morir e irse al infierno es una desgracia para cualquiera. En cuanto a venderla tan barata, tengo que explicarle una peculiaridad que tiene esta botella. Hace mucho tiempo, cuando Satanás la trajo a la tierra, era extraordinariamente cara, y fue el Preste Juan el primero que la compró por muchos millones de dólares; pero sólo puede venderse si se pierde dinero en la transacción. Si se vende por lo mismo que se ha pagado por ella, vuelve al anterior propietario como si se tratara de una paloma mensajera. De ahí se sigue que el precio haya ido disminuyendo con el paso de los siglos y que ahora la botella resulte francamente barata. Yo se la compré a uno de los ricos propietarios que viven en esta colina y sólo pagué noventa dólares. Podría venderla hasta por ochenta y nueve dólares y noventa centavos, pero ni un céntimo más; de lo contrario la botella volvería a mí. Ahora bien, esto trae consigo dos problemas. Primero, que cuando se ofrece una botella tan singular por ochenta dólares y pico, la gente supone que uno está bromeando. Y segundo..., pero como eso no corre prisa que lo sepa, no hace falta que se lo explique ahora. Recuerde tan sólo que tiene que venderla por moneda acuñada.

—¿Cómo sé que todo eso es verdad? —preguntó Keawe.

—Hay algo que puede usted comprobar inmediatamente —replicó el otro—. Deme sus

cincuenta dólares, coja la botella y pida que los cincuenta dólares vuelvan a su bolsillo. Si no sucede así, le doy mi palabra de honor de que consideraré inválido el trato y le devolveré el dinero.

—¿No me está engañando? —dijo Keawe.

El hombre confirmó sus palabras con un solemne juramento.

—Bueno; me arriesgaré a eso —dijo Keawe—, porque no me puede pasar nada malo.

Acto seguido le dio su dinero al hombre y el hombre le pasó la botella.

—Diablo de la botella —dijo Keawe—, quiero recobrar mis cincuenta dólares.

Y, efectivamente, apenas había terminado la frase cuando su bolsillo pesaba ya lo mismo que antes.

—No hay duda de que es una botella maravillosa —dijo Keawe.

—Y ahora muy buenos días, mi querido amigo, ¡que el diablo le acompañe! —dijo el hombre.

—Un momento —dijo Keawe—, yo ya me he divertido bastante. Tenga su botella.

—La ha comprado usted por menos de lo que yo pagué —replicó el hombre, frotándose las manos—. La botella es completamente suya; y, por mi parte, lo único que deseo es perderlo de vista cuanto antes.

Con lo que llamó a su criado chino e hizo que acompañará a Keawe hasta la puerta.

Cuando Keawe se encontró en la calle con la botella bajo el brazo, empezó a pensar. «Si es verdad todo lo que me han dicho de esta botella, puede que haya hecho un pésimo negocio», se dijo a sí mismo. «Pero quizá ese hombre me haya engañado.» Lo primero que hizo fue contar el dinero, la suma era exacta: cuarenta y nueve dólares en moneda americana y una pieza de Chile. «Parece que eso es verdad», se dijo Keawe. «Veamos otro punto.»

Las calles de aquella parte de la ciudad estaban tan limpias como las cubiertas de un barco, y aunque era mediodía, tampoco se veía ningún pasajero. Keawe puso la botella en una alcantarilla y se alejó. Dos veces miró para atrás, y allí estaba la botella de color lechoso y panza redonda, en el sitio donde la había dejado. Miró por tercera vez y después dobló una esquina; pero apenas lo había hecho cuando algo le golpeó el codo, y ¡no era otra cosa que el largo cuello de la botella! En cuanto a la redonda panza, estaba bien encajada en el bolsillo de su chaqueta de piloto.

—Parece que también esto es verdad —dijo Keawe.

La siguiente cosa que hizo fue comprar un sacacorchos en una tienda y retirarse a un sitio oculto en medio del campo. Una vez allí intentó sacar el corcho, pero cada vez que lo intentaba la espiral salía otra vez y el corcho seguía tan entero como al empezar.

—Este corcho es distinto de todos los demás —dijo Keawe, e inmediatamente empezó a temblar y a sudar, porque la botella le daba miedo.

Camino del puerto vio una tienda donde un hombre vendía conchas y mazas de islas salvajes, viejas imágenes de dioses paganos, monedas antiguas, pinturas de China y Japón y todas esas cosas que los marineros llevan en sus baúles. En seguida se le ocurrió una idea. Entró y le ofreció la botella al dueño por cien dólares. El otro se rió de él al principio, y le ofreció cinco; pero, en realidad, la botella era muy curiosa: ninguna boca humana había soplado nunca un vidrio como aquél, ni cabía imaginar unos colores más bonitos que los que brillaban bajo su blanco lechoso, ni una sombra más extraña que la que daba vueltas en su centro; de manera que, después de regatear durante un rato a la manera de los de su profesión, el dueño de la tienda le compró la botella a Keawe por sesenta dólares y la colocó en un estante en el centro del escaparate.

—Ahora —dijo Keawe— he vendido por sesenta dólares lo que compré por cincuenta o, para ser más exactos, por un poco menos, porque uno de mis dólares venía de Chile. En seguida averiguaré la verdad sobre otro punto.

Así que volvió a su barco y, cuando abrió su baúl, allí estaba la botella, que había llegado antes que él.

En aquel barco Keawe tenía un compañero que se llamaba Lopaka.

—¿Qué te sucede —le preguntó Lopaka— que miras el baúl tan fijamente?

Estaban solos en el castillo de proa. Keawe le hizo prometer que guardaría el secreto y se lo contó todo.

—Es un asunto muy extraño —dijo Lopaka—, y me temo que vas a tener dificultades con esa botella. Pero una cosa está muy clara: puesto que tienes asegurados los problemas, será mejor que obtengas también los beneficios. Decide qué es lo que deseas; da la orden y si resulta tal como quieres, yo mismo te compraré la botella porque a mí me gustaría tener un velero y dedicarme a comerciar entre las islas.

—No es eso lo que me interesa —dijo Keawe—. Quiero una hermosa casa y un jardín en la costa de Kona donde nací; y quiero que brille el sol sobre la puerta, y que haya flores en el jardín, cristales en las ventanas, cuadros en las paredes, y adornos y tapetes de telas muy finas sobre las mesas, exactamente igual que la casa donde estuve hoy; sólo que un piso más alta y con balcones alrededor, como en el palacio del rey; y que pueda vivir allí sin preocupaciones de ninguna clase y divertirme con mis amigos y parientes.

—Bien —dijo Lopaka—, volvamos con la botella a Hawai; y si todo resulta verdad, como tú supones, te compraré la botella, como ya he dicho, y pediré una goleta.

Quedaron de acuerdo en esto y antes de que pasara mucho tiempo el barco regresó a Honolulu, llevando consigo a Keawe, a Lopaka y a la botella. Apenas habían desembarcado cuando encontraron en la playa a un amigo que inmediatamente empezó a dar el pésame a Keawe.

—No sé por qué me estás dando el pésame —dijo Keawe.

—¿Es posible que no te hayas enterado —dijo el amigo— de que tu tío, aquel hombre tan bueno, ha muerto; y de que tu primo, aquel muchacho tan bien parecido, se ha ahogado en el mar?

Keawe lo sintió mucho y al ponerse a llorar y a lamentarse, se olvidó de la botella. Pero Lopaka estuvo reflexionando y cuando su amigo se calmó un poco, le habló así:

—¿No es cierto que tu tío tenía tierras en Hawai, en el distrito de Kaū?

—No —dijo Keawe—; en Kaū no: están en la zona de las montañas, un poco al sur de Hookena.

—Esas tierras, ¿pasarán a ser tuyas? —preguntó Lopaka.

—Así es —dijo Keawe, y empezó otra vez a llorar la muerte de sus familiares.

—No —dijo Lopaka—; no te laments ahora. Se me ocurre una cosa. ¿Y si todo esto fuera obra de la botella? Porque ya tienes preparado el sitio para hacer la casa.

—Si es así —exclamó Keawe—, la botella me hace un flaco servicio matando a mis parientes. Pero puede que sea cierto, porque fue en un sitio así donde vi la casa con la imaginación.

—La casa, sin embargo, todavía no está construida —dijo Lopaka.

—¡Y probablemente no lo estará nunca! —dijo Keawe—, porque si bien mi tío tenía algo de café, ava y plátanos, no será más que lo justo para que yo viva cómodamente; y el resto de esa tierra es de lava negra.

—Vayamos al abogado —dijo Lopaka—. Porque yo sigo pensando lo mismo.

Al hablar con el abogado se enteraron de que el tío de Keawe se había hecho enormemente rico en los últimos días y que le dejaba dinero en abundancia.

—¡Ya tienes el dinero para la casa! —exclamó Lopaka.

—Si está usted pensando en construir una casa —dijo el abogado—, aquí está la tarjeta de un arquitecto nuevo del que me cuentan grandes cosas.

—¡Cada vez mejor! —exclamó Lopaka—. Está todo muy claro. Sigamos obedeciendo órdenes. De manera que fueron a ver al arquitecto, que tenía diferentes proyectos de casas sobre la mesa. —Usted desea algo fuera de lo corriente —dijo el arquitecto—. ¿Qué le parece esto? Y le pasó a Keawe uno de los dibujos.

Cuando Keawe lo vio, dejó escapar una exclamación, porque representaba exactamente lo que él había visto con la imaginación.

«Esta es la casa que quiero», pensó Keawe. «A pesar de lo poco que me gusta cómo viene a parar a mis manos, ésta es la casa, y más vale que acepte lo bueno junto con lo malo.»

De manera que le dijo al arquitecto todo lo que quería, y cómo deseaba amueblar la casa, y los cuadros que había que poner en las paredes y las figuritas para las mesas; y luego le preguntó sin rodeos cuánto le llevaría por hacerlo todo.

El arquitecto le hizo muchas preguntas, cogió la pluma e hizo un cálculo; y al terminar pidió exactamente la suma que Keawe había heredado.

Lopaka y Keawe se miraron el uno al otro y asintieron con la cabeza.

«Está bien claro», pensó Keawe, «que voy a tener esta casa, tanto si quiero como si no. Viene del diablo y temo que nada bueno salga de ello; y si de algo estoy seguro es de que no voy a formular más deseos mientras siga teniendo esta botella. Pero de la casa ya no me puedo librar y más valdrá que acepte lo bueno junto con lo malo.»

De manera que llegó a un acuerdo con el arquitecto y firmaron un documento. Keawe y Lopaka se embarcaron otra vez camino de Australia; porque habían decidido entre ellos que no intervendrían en absoluto, y dejarían que el arquitecto y el diablo de la botella construyeran y decoraran aquella casa como mejor les pareciese.

El viaje fue bueno, aunque Keawe estuvo todo el tiempo conteniendo la respiración, porque había jurado que no formularía más deseos, ni recibiría más favores del diablo. Se había cumplido ya el plazo cuando regresaron. El arquitecto les dijo que la casa estaba lista y Keawe y Lopaka tomaron pasaje en el *Hall* camino de Kona para ver la casa y comprobar si todo se había hecho exactamente de acuerdo con la idea que Keawe tenía en la cabeza.

La casa se alzaba en la falda del monte y era visible desde el mar. Por encima, el bosque seguía subiendo hasta las nubes que traían la lluvia; por debajo, la lava negra descendía en riscos donde estaban enterrados los reyes de antaño. Un jardín florecía alrededor de la casa con flores de todos los colores; había un huerto de papayas a un lado y otro de árboles del pan en el lado opuesto; por delante, mirando al mar, habían plantado el mástil de un barco con una bandera. En cuanto a la casa, era de tres pisos, con amplias habitaciones y balcones muy anchos en los tres. Las ventanas eran de excelente cristal, tan claro como el agua y tan brillante como un día soleado. Muebles de todas clases adornaban las habitaciones. De las paredes colgaban cuadros con marcos dorados: pinturas de barcos, de hombres luchando, de las mujeres más hermosas y de los sitios más singulares; no hay en ningún lugar del mundo pinturas con colores tan brillantes como las que Keawe encontró colgadas de las paredes de su casa. En cuanto a los otros objetos de adorno, eran de extraordinaria calidad, relojes con carillón y cajas de música, hombrecillos que movían la cabeza, libros llenos de ilustraciones, armas muy valiosas de todos los rincones del mundo, y los rompecabezas más elegantes para entretener los ocios de un hombre solitario. Y como nadie querría vivir en semejantes habitaciones, tan sólo pasar por ellas y contemplarlas, los balcones eran tan amplios que un pueblo entero hubiera podido vivir en ellos sin el menor agobio; y Keawe no sabía qué era lo que más le gustaba: si el porche de atrás, a donde llegaba la brisa procedente de la tierra y se podían ver los huertos y las flores, o el balcón delantero, donde se podía beber el viento del mar, contemplar la

empinada ladera de la montaña y ver al *Hall* yendo una vez por semana aproximadamente entre Hookena y las colinas de Pele, o a las goletas siguiendo la costa para recoger cargamentos de madera, de ava y de plátanos.

Después de verlo todo, Keawe y Lopaka se sentaron en el porche.

—Bien —preguntó Lopaka—, ¿está todo tal como lo habías planeado?

—No hay palabras para expresarlo —contestó Keawe—. Es mejor de lo que había soñado y estoy que reviento de satisfacción.

—Sólo queda una cosa por considerar —dijo Lopaka—; todo esto puede haber sucedido de manera perfectamente natural, sin que el diablo de la botella haya tenido nada que ver. Si comprara la botella y me quedara sin la goleta, habría puesto la mano en el fuego para nada. Te di mi palabra, lo sé; pero creo que no deberías negarme una prueba más.

—He jurado que no aceptaré más favores —dijo Keawe—. Creo que ya estoy suficientemente comprometido.

—No pensaba en un favor —replicó Lopaka—. Quisiera ver yo mismo al diablo de la botella. No hay ninguna ventaja en ello y por tanto tampoco hay nada de qué avergonzarse; sin embargo, si llego a verlo una vez, quedaré convencido del todo. Así que accede a mi deseo y déjame ver al diablo; el dinero lo tengo aquí mismo y después de eso te compraré la botella.

—Sólo hay una cosa que me da miedo —dijo Keawe—. El diablo puede ser una cosa horrible de ver; y si le pones ojo encima quizá no tengas ya ninguna gana de quedarte con la botella.

—Soy una persona de palabra —dijo Lopaka—. Y aquí dejo el dinero, entre los dos.

—Muy bien —replicó Keawe—. Yo también siento curiosidad. De manera que, vamos a ver: déjenos mirarlo, señor Diablo.

Tan pronto como lo dijo, el diablo salió de la botella y volvió a meterse, tan rápido como un lagarto; Keawe y Lopaka quedaron petrificados. Se hizo completamente de noche antes de que a cualquiera de los dos se le ocurriera algo que decir o hallaran la voz para decirlo; luego Lopaka empujó el dinero hacia Keawe y recogió la botella.

—Soy hombre de palabra —dijo—, y bien puedes creerlo, porque de lo contrario no tocaría esta botella ni con el pie. Bien, conseguiré mi goleta y unos dólares para el bolsillo; luego me desharé de este demonio tan pronto como pueda. Porque, si tengo que decirte la verdad, verlo me ha dejado muy abatido.

—Lopaka —dijo Keawe—, procura no pensar demasiado mal de mí; sé que es de noche, que los caminos están mal y que el desfiladero junto a las tumbas no es un buen sitio para cruzarlo tan tarde, pero confieso que desde que he visto el rostro de ese diablo, no podré comer ni dormir ni rezar hasta que te lo hayas llevado. Voy a darte una linterna, una cesta para poner la botella y cualquier cuadro o adorno de casa que te guste; después quiero que marches inmediatamente y vayas a dormir a Hookena con Nahinu.

—Keawe —dijo Lopaka—, muchos hombres se enfadarían por una cosa así; sobre todo después de hacerte un favor tan grande como es mantener la palabra y comprar la botella, y en cuanto a ser de noche, a la oscuridad y al camino junto a las tumbas, todas esas circunstancias tienen que ser diez veces más peligrosas para un hombre con semejante pecado sobre su conciencia y una botella como ésta bajo el brazo. Pero como yo también estoy muy asustado, no me siento capaz de acusarte. Me iré ahora mismo; y le pido a Dios que seas feliz en tu casa y yo afortunado con mi goleta, y que los dos vayamos al cielo al final a pesar del demonio y de su botella.

De manera que Lopaka bajó de la montaña; Keawe, por su parte, salió al balcón delantero; estuvo escuchando el ruido de las herraduras y vio la luz de la linterna cuando Lopaka pasaba junto

al riesgo donde están las tumbas de otras épocas; durante todo el tiempo Keawe temblaba, se retorció las manos y rezaba por su amigo, dando gracias a Dios por haber escapado él mismo de aquel peligro.

Pero al día siguiente hizo un tiempo muy hermoso y la casa nueva era tan agradable que Keawe se olvidó de sus terrores. Fueron pasando los días y Keawe vivía allí en perpetua alegría. Le gustaba sentarse en el porche de atrás; allí comía, reposaba y leía las historias que contaban los periódicos de Honolulu; pero cuando llegaba alguien a verle, entraba en la casa para enseñarle las habitaciones y los cuadros. Y la fama de la casa se extendió por todas partes; la llamaban *Ka-Hale Nui* —la Casa Grande— en todo Kona; y a veces la Casa Resplandeciente, porque Keawe tenía a su servicio a un chino que se pasaba todo el día limpiando el polvo y bruñendo los metales; y el cristal, y los dorados, y las telas finas y los cuadros brillaban tanto como una mañana soleada. En cuanto a Keawe mismo, se le ensanchaba tanto el corazón con la casa que no podía pasear por las habitaciones sin ponerse a cantar; y cuando aparecía algún barco en el mar, izaba su estandarte en el mástil.

Así iba pasando el tiempo, hasta que un día Keawe fue a Kailua para visitar a uno de sus amigos. Le hicieron un gran agasajo, pero él se marchó lo antes que pudo a la mañana siguiente y cabalgó muy deprisa, porque estaba impaciente por ver de nuevo su hermosa casa; y, además, la noche de aquel día era la noche en que los muertos de antaño salen por los alrededores de Kona; y el haber tenido ya tratos con el demonio hacía que Keawe tuviera muy pocos deseos de tropezarse con los muertos. Un poco más allá de Honaunau, al mirar a lo lejos, advirtió la presencia de una mujer que se bañaba a la orilla del mar; parecía una muchacha bien desarrollada, pero Keawe no pensó mucho en ello. Luego vio ondear su camisa blanca mientras se la ponía, y después su *holoku* rojo; cuando Keawe llegó a su altura la joven había terminado de arreglarse y, alejándose del mar, se había colocado junto al camino con su *holoku* rojo; el baño la había revigorizado y los ojos le brillaban, llenos de amabilidad. Nada más verla Keawe tiró de las riendas a su caballo.

—Creía conocer a todo el mundo en esta zona —dijo él. ¿Cómo es que a ti no te conozco?

—Soy Kokua, hija de Kiano —respondió la muchacha—, y acabo de regresar de Oahu. ¿Quién es usted?

—Te lo diré dentro de un poco —dijo Keawe, desmontando del caballo—, pero no ahora mismo. Porque tengo una idea y si te dijera quién soy, como es posible que hayas oído hablar de mí, quizá al preguntarte no me dieras una respuesta sincera. Pero antes de nada dime una cosa: ¿estás casada?

Al oír esto Kokua se echó a reír.

—Parece que es usted quien hace todas las preguntas —dijo ella—. Y usted, ¿está casado?

—No, Kokua, desde luego que no —replicó Keawe—, y nunca he pensado en casarme hasta este momento. Pero voy a decirte la verdad. Te he encontrado aquí junto al camino y al ver tus ojos que son como estrellas mi corazón se ha ido tras de ti tan veloz como un pájaro. De manera que si ahora no quieres saber nada de mí, dilo, y me iré a mi casa; pero si no te parezco peor que cualquier otro joven, dilo también, y me desviaré para pasar la noche en casa de tu padre y mañana hablaré con él.

Kokua no dijo una palabra, pero miró hacia el mar y se echó a reír.

—Kokua —dijo Keawe—, si no dices nada, consideraré que tu silencio es una respuesta favorable; así que pongámonos en camino hacia la casa de tu padre.

Ella fue delante de él sin decir nada; sólo de vez en cuando miraba para atrás y luego volvía a apartar la vista; y todo el tiempo llevaba en la boca las cintas del sombrero.

Cuando llegaron a la puerta, Kiano salió a la veranda y dio la bienvenida a Keawe llamándolo

por su nombre. Al oírlo la muchacha se lo quedó mirando, porque la fama de la gran casa había llegado a sus oídos; y no hace falta decir que era una gran tentación. Pasaron todos juntos la velada muy alegremente; y la muchacha se mostró muy descarada en presencia de sus padres y estuvo burlándose de Keawe porque tenía un ingenio muy vivo. Al día siguiente Keawe habló con Kiano y después tuvo ocasión de quedarse a solas con la muchacha.

—Kokua —dijo él—, ayer estuviste burlándote de mí durante toda la velada; y todavía estás a tiempo de despedirme. No quise decirte quién era porque tengo una casa muy hermosa y temía que pensaras demasiado en la casa y muy poco en el hombre que te ama. Ahora ya lo sabes todo, y si no quieres volver a verme, dilo cuanto antes.

—No —dijo Kokua; pero esta vez no se echó a reír ni Keawe le preguntó nada más.

Así fue el noviazgo de Keawe; las cosas sucedieron deprisa; pero aunque una flecha vaya muy veloz y la bala de un rifle todavía más rápida, las dos pueden dar en el blanco. Las cosas habían ido deprisa pero también habían ido lejos y el recuerdo de Keawe llenaba la imaginación de la muchacha; Kokua escuchaba su voz al romperse las olas contra la lava de la playa, y por aquel joven que sólo había visto dos veces hubiera dejado padre y madre y sus islas nativas. En cuanto a Keawe, su caballo voló por el camino de la montaña bajo el risco donde estaban las tumbas, y el sonido de los cascos y la voz de Keawe cantando, lleno de alegría, despertaban al eco en las cavernas de los muertos. Cuando llegó a la Casa Resplandeciente todavía seguía cantando. Se sentó y comió en el amplio balcón y el chino se admiró de que su amo continuara cantando entre bocado y bocado. El sol se ocultó tras el mar y llegó la noche; y Keawe estuvo paseándose por los balcones a la luz de las lámparas en lo alto de la montaña y sus cantos sobresaltaban a las tripulaciones de los barcos que cruzaban por el mar.

«Aquí estoy ahora, en este sitio mío tan elevado», se dijo a sí mismo. «La vida no puede irme mejor; me hallo en lo alto de la montaña; a mi alrededor, todo lo demás desciende. Por primera vez iluminaré todas las habitaciones, usaré mi bañera con agua caliente y fría y dormiré solo en el lecho de la cámara nupcial.»

De manera que el criado chino tuvo que levantarse y encender las calderas; y mientras trabajaba en el sótano oía a su amo cantando alegremente en las habitaciones iluminadas. Cuando el agua empezó a estar caliente el criado chino se lo advirtió a Keawe con un grito; Keawe entró en el cuarto de baño; y el criado chino le oyó cantar mientras la bañera de mármol se llenaba de agua; y le oyó cantar también mientras se desnudaba; hasta que, de repente, el canto cesó. El criado chino estuvo escuchando largo rato, luego alzó la voz para preguntarle a Keawe si toda iba bien, y Keawe le respondió «Sí», y le mandó que se fuera a la cama, pero ya no se oyó cantar más en la Casa Resplandeciente; y durante toda la noche, el criado chino estuvo oyendo a su amo pasear sin descanso por los balcones.

Lo que había ocurrido era esto: mientras Keawe se desnudaba para bañarse, descubrió en su cuerpo una mancha semejante a la sombra del líquen sobre una roca, y fue entonces cuando dejó de cantar. Porque había visto otras manchas parecidas y supo que estaba atacado del Mal Chino: la lepra.

Es bien triste para cualquiera padecer esa enfermedad. Y también sería muy triste para cualquiera abandonar una casa tan hermosa y tan cómoda y separarse de todos sus amigos para ir a la costa norte de Molokai, entre enormes farallones y rompientes. Pero ¿qué es eso comparado con la situación de Keawe, que había encontrado su amor un día antes y lo había conquistado aquella misma mañana, y que veía ahora quebrantarse todas sus esperanzas en un momento, como se quiebra un trozo de cristal?

Estuvo un rato sentado en el borde de la bañera, luego se levantó de un salto dejando escapar un grito y corrió afuera; y empezó a andar por el balcón, de un lado a otro, como alguien que está desesperado.

«No me importaría dejar Hawai, el hogar de mis antepasados», se decía Keawe. «Sin gran pesar abandonaría mi casa, la de las muchas ventanas, situada tan en lo alto, aquí en las montañas. No me faltaría valor para ir a Molokai, a Kalaupapa junto a los farallones, para vivir con los leprosos y dormir allí, lejos de mis antepasados. Pero ¿qué agravio he cometido, qué pecado pesa sobre mi alma, para que haya tenido que encontrar a Kokua cuando salía del mar a la caída de la tarde? ¡Kokua, la que me ha robado el alma! ¡Kokua, la luz de mi vida! Quizá nunca llegue a casarme con ella, quizá nunca más vuelva a verla ni a acariciarla con mano amorosa, esa es la razón, Kokua, ¡por ti me lamento!»

Tienen ustedes que fijarse en la clase de hombre que era Keawe, ya que podría haber vivido durante años en la Casa Resplandeciente sin que nadie llegara a sospechar que estaba enfermo; pero a eso no le daba importancia si tenía que perder a Kokua. Hubiera podido incluso casarse con Kokua y muchos lo hubieran hecho, porque tienen alma de cerdo; pero Keawe amaba a la doncella con amor varonil, y no estaba dispuesto a causarle ningún daño ni a exponerla a ningún peligro.

Algo después de la media noche se acordó de la botella. Salió al porche y recordó el día en que el diablo se había mostrado ante sus ojos; y aquel pensamiento hizo que se le helara la sangre en las venas.

«Esa botella es una cosa horrible», pensó Keawe, «el diablo también es una cosa horrible y aún más horrible es la posibilidad de arder para siempre en las llamas del infierno. Pero ¿qué otra posibilidad tengo de llegar a curarme o de casarme con Kokua? ¡Cómo! ¿Fui capaz de desafiar al demonio para conseguir una casa y no voy a enfrentarme con él para recobrar a Kokua?».

Entonces recordó que al día siguiente el *Hall* iniciaba su viaje de regreso a Honolulu. «Primero tengo que ir allí», pensó, «y ver a Lopaka. Porque lo mejor que me puede suceder ahora es que encuentre la botella que tantas ganas tenía de perder de vista.»

No pudo dormir ni un solo momento; también la comida se le atragantaba; pero mandó una carta a Kiano, y cuando se acercaba la hora de la llegada del vapor, se puso en camino y cruzó por delante del risco donde estaban las tumbas. Llovía; su caballo avanzaba con dificultad; Keawe contempló las negras bocas de las cuevas y envidió a los muertos que dormían en su interior, libres ya de dificultades; y recordó cómo había pasado por allí al galope el día anterior y se sintió lleno de asombro. Finalmente llegó a Hookena y, como de costumbre, todo el mundo se había reunido para esperar la llegada del vapor. En el cobertizo delante del almacén estaban todos sentados, bromeando y contándose las novedades; pero Keawe no sentía el menor deseo de hablar y permaneció en medio de ellos contemplando la lluvia que caía sobre las casas, y las olas que estallaban entre las rocas, mientras los suspiros se acumulaban en su garganta.

—Keawe, el de la Casa Resplandeciente, está muy abatido —se decían unos a otros. Así era, en efecto, y no tenía nada de extraordinario.

Luego llegó el *Hall* y la gasolinera lo llevó a bordo. La parte posterior del barco estaba llena de *haoles* (blancos) que habían ido a visitar el volcán como tienen por costumbre; en el centro se amontonaban los *kanakas*, y en la parte delantera viajaban toros de Hilo y caballos de Kaü; pero Keawe se sentó lejos de todos, hundido en su dolor, con la esperanza de ver desde el barco la casa de Kiano. Finalmente la divisó, junto a la orilla, sobre las rocas negras, a la sombra de las palmeras; cerca de la puerta se veía un *holoku* rojo no mayor que una mosca y que revoloteaba tan atareado como una mosca. «¡Ah, reina de mi corazón», exclamó Keawe para sí, «arriesgaré mi alma para

recobrarle!»

Poco después, al caer la noche, se encendieron las luces de las cabinas y los *haoles* se reunieron para jugar a las cartas y beber whisky como tienen por costumbre; pero Keawe estuvo paseando por cubierta toda la noche. Y todo el día siguiente, mientras navegaban a sotavento de Maui y de Molokai, Keawe seguía dando vueltas de un lado para otro como un animal salvaje dentro de una jaula.

Al caer la tarde pasaron Diamond Head y llegaron al muelle de Honolulu. Keawe bajó en seguida a tierra y empezó a preguntar por Lopaka. Al parecer se había convertido en propietario de una goleta —no había otra mejor en las islas— y se había marchado muy lejos en busca de aventuras, quizá hasta Pola-Pola, de manera que no cabía esperar ayuda por ese lado. Keawe se acordó de un amigo de Lopaka, un abogado que vivía en la ciudad (no debo decir su nombre), y preguntó por él. Le dijeron que se había hecho rico de repente y que tenía una casa nueva y muy hermosa en la orilla de Waikiki; esto dio que pensar a Keawe, e inmediatamente alquiló un coche y se dirigió a casa del abogado.

La casa era muy nueva y los árboles del jardín apenas mayores que bastones; el abogado, cuando salió a recibirle, parecía un hombre satisfecho de la vida.

—¿Qué puedo hacer por usted? —dijo el abogado.

—Usted es amigo de Lopaka —replicó Keawe—, y Lopaka me compró un objeto que quizá usted pueda ayudarme a localizar.

El rostro del abogado se ensombreció.

—No voy a fingir que ignoro de qué me habla, míster Keawe —dijo—, aunque se trata de un asunto muy desagradable que no conviene remover. No puedo darle ninguna seguridad, pero me imagino que si va usted a cierto barrio quizá consiga averiguar algo.

A continuación le dio el nombre de una persona que también en este caso será mejor no repetirlo. Esto sucedió durante varios días, y Keawe fue conociendo a diferentes personas y encontrando en todas partes ropas y coches recién estrenados, y casas nuevas muy hermosas y hombres muy satisfechos aunque, claro está, cuando alguien aludía al motivo de su visita, sus rostros se ensombrecían.

«No hay duda de que estoy en el buen camino», pensaba Keawe. «Esos trajes nuevos y esos coches son otros tantos regalos del demonio de la botella, y esos rostros satisfechos son los rostros de personas que han conseguido lo que deseaban y han podido librarse después de ese maldito recipiente. Cuando vea mejillas sin color y oiga suspiros, sabré que estoy cerca de la botella.»

Sucedió que finalmente le recomendaron que fuera a ver a un *haole* en Beritania Street. Cuando llegó a la puerta, alrededor de la hora de la cena, Keawe se encontró con los típicos indicios: nueva casa, jardín recién plantado y luz eléctrica tras las ventanas; y cuando apareció el dueño un escalofrío de esperanza y de miedo recorrió el cuerpo de Keawe, porque tenía delante de él a un hombre joven tan pálido como un cadáver, con marcadísimas ojeras, prematuramente calvo y con la expresión de un hombre en capilla.

«Tiene que estar aquí, no hay duda», pensó Keawe, y a aquel hombre no le ocultó en absoluto cuál era su verdadero propósito.

—He venido a comprar la botella —dijo.

Al oír aquellas palabras el joven *haole* de Beritania Street tuvo que apoyarse contra la pared.

—¡La botella! —susurró—. ¡Comprar la botella!

Dio la impresión de que estaba a punto de desmayarse y, cogiendo a Keawe por el brazo, lo llevó a una habitación y escanció dos vasos de vino.

—A su salud —dijo Keawe, que había pasado mucho tiempo con *haoles* en su época de marinero—. Sí —añadió—, he venido a comprar la botella. ¿Cuál es el precio que tiene ahora?

Al oír esto al joven se le escapó el vaso de entre los dedos y miró a Keawe como si fuera un fantasma.

—El precio —dijo—. ¡El precio! ¿No sabe usted cuál es el precio?

—Por eso se lo pregunto —replicó Keawe—. Pero ¿qué es lo que tanto le preocupa? ¿Qué sucede con el precio?

—La botella ha disminuido mucho de valor desde que usted la compró, Mr. Keawe —dijo el joven tartamudeando.

—Bien, bien; así tendré que pagar menos por ella —dijo Keawe—. ¿Cuánto le costó a usted?

El joven estaba tan blanco como el papel.

—Dos centavos —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Keawe—, ¿dos centavos? Entonces, usted sólo puede venderla por uno. Y el que la compre... —Keawe no pudo terminar la frase; el que comprara la botella no podría venderla nunca y la botella y el diablo de la botella se quedarían con él hasta su muerte, y cuando muriera se encargarían de llevarlo a las llamas del infierno

El joven de Beritania Street se puso de rodillas.

—¡Cómprela, por el amor de Dios! —exclamó—. Puede quedarse también con toda mi fortuna. Estaba loco cuando la compré a ese precio. Había malversado fondos en el almacén donde trabajaba; si no lo hacía estaba perdido; hubiera acabado en la cárcel.

—Pobre criatura —dijo Keawe—; fue usted capaz de arriesgar su alma en una aventura tan desesperada, para evitar el castigo por su deshonra, ¿y cree que yo voy a dudar cuando es el amor lo que tengo delante de mí? Tráigame la botella y el cambio que sin duda tiene ya preparado. Es preciso que me dé la vuelta de estos cinco centavos.

Keawe no se había equivocado; el joven tenía las cuatro monedas en un cajón; la botella cambió de manos y tan pronto como los dedos de Keawe rodearon su cuello le susurró que deseaba quedar limpio de la enfermedad Y, efectivamente, cuando se desnudó delante de un espejo en la habitación del hotel, su piel estaba tan sonrosada como la de un niño. Pero lo más extraño fue que inmediatamente se operó una transformación dentro de él y el Mal Chino le importaba muy poco y tampoco sentía interés por Kokua; no pensaba más que en una cosa: que estaba ligado al diablo de la botella para toda la eternidad y no le quedaba otra esperanza que la de ser para siempre una pavesa en las llamas del infierno. En cualquier caso, las veía ya brillar delante de él con los ojos de la imaginación; su alma se encogió y la luz se convirtió en tinieblas.

Cuando Keawe se recuperó un poco, se dio cuenta de que era la noche en que tocaba una orquesta en el hotel. Bajó a oírla porque temía quedarse solo; y allí, entre caras alegres, paseó de un lado para otro, escuchó las melodías y vio a Berger llevando el compás; pero todo el tiempo oía crepitar las llamas y veía un fuego muy vivo ardiendo en el pozo sin fondo del infierno. De repente la orquesta tocó *Hiki-ao-ao*, una canción que él había cantado con Kokua, y aquellos acordes le devolvieron el valor.

«Ya está hecho», pensó, «y una vez más tendré que aceptar lo bueno junto con lo malo.»

Keawe regresó a Hawai en el primer vapor y tan pronto como fue posible se casó con Kokua y la llevó a la Casa Resplandeciente en la ladera de la montaña.

Cuando los dos estaban juntos, el corazón de Keawe se tranquilizaba; pero tan pronto como se quedaba solo empezaba a cavilar sobre su horrible situación, y oía crepitar las llamas y veía el fuego abrasador en el pozo sin fondo. Era cierto que la muchacha se había entregado a él por completo; su

corazón latía más deprisa al verlo, y su mano buscaba siempre la de Keawe, y estaba hecha de tal manera de la cabeza a los pies que nadie podía verla sin alegrarse. Kokua era afable por naturaleza. De sus labios salían siempre palabras cariñosas. Le gustaba mucho cantar y cuando recorría la Casa Resplandeciente gorjeando como los pájaros era ella el objeto más hermoso que había en los tres pisos. Keawe la contemplaba y la oía embelesado y luego iba a esconderse en un rincón y lloraba y gemía pensando en el precio que había pagado por ella; después tenía que secarse los ojos y lavarse la cara e ir a sentarse con ella en uno de los balcones, acompañándola en sus canciones y correspondiendo a sus sonrisas con el alma llena de angustia.

Pero llegó un día en que Kokua empezó a arrastrar los pies y sus canciones se hicieron menos frecuentes y ya no era sólo Keawe el que lloraba a solas, sino que los dos se retiraban a dos balcones situados en lados opuestos, con toda la anchura de la Casa Resplandeciente entre ellos. Keawe estaba tan hundido en la desesperación que apenas notó el cambio, alegrándose tan sólo de tener más horas de soledad durante las que cavilar sobre su destino y de no verse condenado con tanta frecuencia a ocultar un corazón enfermo bajo una cara sonriente. Pero un día, andando por la casa sin hacer ruido, escuchó sollozos como de un niño y vio a Kokua moviendo la cabeza y llorando como los que están perdidos.

—Haces bien lamentándote en esta casa, Kokua —dijo Keawe—. Y, sin embargo, daría media vida para que pudieras ser feliz.

—¡Feliz! —exclamó ella—. Keawe, cuando vivías solo en la Casa Resplandeciente, toda la gente de la isla se hacía lenguas de tu felicidad; tu boca estaba siempre llena de risas y de canciones y tu rostro resplandecía como la aurora. Después te casaste con la pobre Kokua y el buen Dios sabrá qué es lo que le falta, pero desde aquel día no has vuelto a sonreír. ¿Qué es lo que me pasa? Creía ser bonita y sabía que amaba a mi marido. ¿Qué es lo que me pasa que arrojé esta nube sobre él?

—Pobre Kokua —dijo Keawe. Se sentó a su lado y trató de cogerle la mano; pero ella la apartó—. Pobre Kokua —dijo de nuevo—. ¡Pobre niña mía! ¡Y yo que creía ahorrarte sufrimientos durante todo este tiempo! Pero lo sabrás todo. Así, al menos, te compadecerás del pobre Keawe; comprenderás lo mucho que te amaba cuando sepas que prefirió el infierno a perderte; y lo mucho que aún te ama, puesto que todavía es capaz de sonreír al contemplarte.

Y a continuación, le contó toda su historia desde el principio.

—¿Has hecho eso por mí? —exclamó Kokua—. Entonces, ¡qué me importa nada! —y, abrazándole, se echó a llorar.

—¡Querida mía! —dijo Keawe—, sin embargo, cuando pienso en el fuego del infierno, ¡a mí sí que me importa!

—No digas eso —respondió ella—; ningún hombre puede condenarse por amar a Kokua si no ha cometido ninguna otra falta. Desde ahora te digo, Keawe, que te salvaré con estas manos o pereceré contigo. ¿Has dado tu alma por mi amor y crees que yo no moriría por salvarte?

—¡Querida mía! Aunque murieras cien veces, ¿cuál sería la diferencia? —exclamó él—. Serviría únicamente para que tuviera que esperar a solas el día de mi condenación.

—Tú no sabes nada —dijo ella—. Yo me eduqué en un colegio de Honolulu; no soy una chica corriente. Y desde ahora te digo que salvaré a mi amante. ¿No me has hablado de un centavo? ¿Ignoras que no todos los países tienen dinero americano? En Inglaterra existe una moneda que vale alrededor de medio centavo. ¡Qué lástima! —exclamó en seguida—; eso no lo hace mucho mejor, porque el que comprara la botella se condenaría y ¡no vamos a encontrar a nadie tan valiente como mi Keawe! Pero también está Francia; allí tienen una moneda a la que llaman céntimo y de éstos se necesitan aproximadamente cinco para poder cambiarlos por un centavo. No encontraremos nada

mejor. Vámonos a las islas del Viento; salgamos para Tahití en el primer barco que zarpe. Allí tendremos cuatro céntimos, tres céntimos, dos céntimos y un céntimo: cuatro posibles ventas y nosotros dos para convencer a los compradores. ¡Vamos, Keawe mío! Bésame y no te preocupes más. Kokua te defenderá.

—¡Regalo de Dios! —exclamó Keawe—. ¡No creo que el Señor me castigue por desear algo tan bueno!

Sea como tú dices; llévame donde quieras: pongo mi vida y mi salvación en tus manos.

Muy de mañana al día siguiente Kokua estaba ya haciendo sus preparativos. Buscó el baúl de marinero de Keawe; primero puso la botella en una esquina; luego colocó sus mejores ropas y los adornos más bonitos que había en la casa.

—Porque —dijo— si no parecemos gente rica, ¿quién va a creer en la botella?

Durante todo el tiempo de los preparativos estuvo tan alegre como un pájaro; sólo cuando miraba en dirección a Keawe los ojos se le llenaban de lágrimas y tenía que ir a besarlo. En cuanto a Keawe, se le había quitado un gran peso de encima; ahora que alguien compartía su secreto y había vislumbrado una esperanza, parecía un hombre distinto: caminaba otra vez con paso ligero y respirar ya no era una obligación penosa. El terror sin embargo no andaba muy lejos; y de vez en cuando, de la misma manera que el viento apaga un cirio, la esperanza moría dentro de él y veía otra vez agitarse las llamas y el fuego abrasador del infierno.

Anunciaron que iban a hacer un viaje de placer por los Estados Unidos: a todo el mundo le pareció una cosa extraña, pero más extraña les hubiera parecido la verdad si hubieran podido adivinarla. De manera que se trasladaron a Honolulu en el *Hally* de allí a San Francisco en el *Umatilla* con muchos *haoles*; y en San Francisco se embarcaron en el bergantín correo, el *Tropic Bird*, camino de Papeete, la ciudad francesa más importante de las islas del sur. Llegaron allí, después de un agradable viaje, cuando los vientos alisios soplaban suavemente, y vieron los arrecifes en los que van a estrellarse las olas, y Motuiti con sus palmeras, y cómo el bergantín se adentraba en el puerto, y las casas blancas de la ciudad a lo largo de la orilla entre árboles verdes, y, por encima, las montañas y las nubes de Tahití, la isla prudente.

Consideraron que lo más conveniente era alquilar una casa, y eligieron una situada frente a la del cónsul británico; se trataba de hacer gran ostentación de dinero y de que se les viera por todas partes bien provistos de coches y caballos. Todo esto resultaba fácil mientras tuvieran la botella en su poder, porque Kokua era más atrevida que Keawe y siempre que se le ocurría, llamaba al diablo para que le proporcionase veinte o cien dólares. De esta forma pronto se hicieron notar en la ciudad; y los extranjeros procedentes de Hawai, y sus paseos a caballo y en coche, y los elegantes *holokus* y los delicados encajes de Kokua fueron tema de muchas conversaciones.

Se acostumbraron a la lengua de Tahití, que es en realidad semejante a la de Hawai, aunque con cambios en ciertas letras; y en cuanto estuvieron en condiciones de comunicarse, trataron de vender la botella. Hay que tener en cuenta que no era un tema fácil de abordar; no era fácil convencer a la gente de que hablaban en serio cuando les ofrecían por cuatro céntimos una fuente de salud y de inagotables riquezas. Era necesario además explicar los peligros de la botella; y, o bien los posibles compradores no creían nada en absoluto y se echaban a reír, o se percataban sobre todo de los aspectos más sombríos y, adoptando un aire muy solemne, se alejaban de Keawe y de Kokua, considerándolos personas en trato con el demonio. De manera que en lugar de hacer progresos, los esposos descubrieron al cabo de poco tiempo que todo el mundo les evitaba; los niños se alejaban de ellos corriendo y chillando, cosa que a Kokua le resultaba insoportable; los católicos hacían la señal de la cruz al pasar a su lado y todos los habitantes de la isla parecían estar de acuerdo en rechazar

sus proposiciones.

Con el paso de los días se fueron sintiendo cada vez más deprimidos. Por la noche, cuando se sentaban en su nueva casa después del día agotador, no intercambiaban una sola palabra y si se rompía el silencio era porque Kokua no podía reprimir más sus sollozos. Algunas veces rezaban juntos; otras colocaban la botella en el suelo y se pasaban la velada contemplando los movimientos de la sombra en su interior. En tales ocasiones tenían miedo de irse a descansar. Tardaba mucho en llegarles el sueño y si uno de ellos se adormilaba, al despertarse hallaba al otro llorando silenciosamente en la oscuridad o descubría que estaba solo, porque el otro había huido de la casa y de la proximidad de la botella para pasear bajo los bananos en el jardín o para vagar por la playa a la luz de la luna.

Así fue como Kokua se despertó una noche y encontró que Keawe se había marchado. Tocó la cama y el otro lado del lecho estaba frío. Entonces se asustó, incorporándose. Un poco de luz de luna se filtraba entre las persianas. Había suficiente claridad en la habitación para distinguir la botella sobre el suelo. Afuera soplaba el viento y hacía gemir los grandes árboles de la avenida mientras las hojas secas batían en la veranda. En medio de todo esto Kokua tomó conciencia de otro sonido; difícilmente hubiera podido decir si se trataba de un animal o de un hombre, pero sí que era tan triste como la muerte y que le desgarraba el alma. Kokua se levantó sin hacer ruido, entreabrió la puerta y contempló el jardín iluminado por la luna. Allí, bajo los bananos, yacía Keawe con la boca pegada a la tierra y eran sus labios los que dejaban escapar aquellos gemidos.

La primera idea de Kokua fue ir corriendo a consolarlo; pero en seguida comprendió que no debía hacerlo. Keawe se había comportado ante su esposa como un hombre valiente; no estaba bien que ella se inmiscuyera en aquel momento de debilidad. Ante este pensamiento Kokua retrocedió, volviendo otra vez al interior de la casa.

«¡Qué negligente he sido, Dios mío!», pensó. «¡Qué débil! Es él, y no yo, quien se enfrenta con la condenación eterna; la maldición recayó sobre su alma y no sobre la mía. Su preocupación por mi bien y su amor por una criatura tan poco digna y tan incapaz de ayudarme son las causas de que ahora vea tan cerca de sí las llamas del infierno y hasta huelo el humo mientras yace ahí fuera, iluminado por la luna y azotado por el viento. ¿Soy tan torpe que hasta ahora nunca se me ha ocurrido considerar cuál es mi deber, o quizá viéndolo he preferido ignorarlo? Pero ahora, por fin, alzo mi alma en manos de mi afecto; ahora digo adiós a la blanca escalinata del paraíso y a los rostros de mis amigos que están allí esperando. ¡Amor por amor y que el mío sea capaz de igualar al de Keawe! ¡Alma por alma y que la mía perezca! »

Kokua era una mujer con gran destreza manual y en seguida estuvo preparada. Cogió el cambio, los preciosos céntimos que siempre tenían al alcance de la mano, porque es una moneda muy poco usada, y habían ido a aprovisionarse a una oficina del Gobierno. Cuando Kokua avanzaba ya por la avenida, el viento trajo unas nubes que ocultaron la luna. La ciudad dormía y la muchacha no sabía hacia dónde dirigirse hasta que oyó una tos que salía de debajo de un árbol.

—Buen hombre —dijo Kokua—, ¿qué hace usted aquí solo en una noche tan fría?

El anciano apenas podía expresarse a causa de la tos, pero Kokua logró enterarse de que era viejo y pobre y un extranjero en la isla.

—¿Me haría usted un favor? —dijo Kokua—. De extranjero a extranjera y de anciano a muchacha, ¿no querrá usted ayudar a una hija de Hawai?

—Ah —dijo el anciano—. Ya veo que eres la bruja de las Ocho Islas y que también quieres perder mi alma. Pero he oído hablar de ti y te aseguro que tu perversidad nada conseguirá contra mí.

—Siéntese aquí —le dijo Kokua—, y déjeme que le cuente una historia.

Y le contó la historia de Keawe desde el principio hasta el fin.

—Y yo soy su esposa —dijo Kokua al terminar—; la esposa que Keawe compró a cambio de su alma. ¿Qué debo hacer? Si fuera yo misma a comprar la botella, no aceptaría. Pero si va usted, se la dará gustosísimo; me quedará aquí esperándole: usted la comprará por cuatro céntimos y yo se la volveré a comprar por tres. ¡Y que el Señor dé fortaleza a una pobre muchacha!

—Si trataras de engañarme —dijo el anciano—, creo que Dios te mataría.

—¡Sí que lo haría! —exclamó Kokua—. No le quepa duda. No podría ser tan malvada. Dios no lo consentiría.

—Dame los cuatro céntimos y espérame aquí —dijo el anciano.

Ahora bien, cuando Kokua se quedó sola en la calle todo su valor desapareció. El viento rugía entre los árboles y a ella le parecía que las llamas del infierno estaban ya a punto de acometerla; las sombras se agitaban a la luz del farol, y le parecían las manos engarfiadas de los mensajeros del maligno. Si hubiera tenido fuerzas, habría echado a correr y de no faltarle el aliento habría gritado; pero fue incapaz de hacer nada y se quedó temblando en la avenida como una niñita muy asustada.

Luego vio al anciano que regresaba trayendo la botella.

—He hecho lo que me pediste —dijo al llegar junto a ella—. Tu marido se ha quedado llorando como un niño; dormirá en paz el resto de la noche.

Y extendió la mano ofreciéndole la botella a Kokua.

—Antes de dárme la —jadeó Kokua— aprovechése también de lo bueno: pida verse libre de sus tos.

—Soy muy viejo —replicó el otro—, y estoy demasiado cerca de la tumba para aceptar favores del demonio. Pero ¿qué sucede? ¿Por qué no coges la botella? ¿Acaso dudas?

—¡No, no dudo! —exclamó Kokua—. Pero me faltan las fuerzas. Espere un momento. Es mi mano la que se resiste y mi carne la que se encoge en presencia de ese objeto maldito. ¡Un momento tan sólo!

El anciano miró a Kokua afectuosamente.

—¡Pobre niña! —dijo—; tienes miedo; tu alma te hace dudar. Bueno, me quedaré yo con ella. Soy viejo y nunca más conoceré la felicidad en este mundo, y, en cuanto al otro...

—¡Démela! —jadeó Kokua—. Aquí tiene su dinero. ¿Cree que soy tan vil como para eso? Déme la botella.

—Que Dios te bendiga, hija mía —dijo el anciano.

Kokua ocultó la botella bajo su *holoku*, se despidió del anciano y echó a andar por la avenida sin preocuparse de saber en qué dirección. Porque ahora todos los caminos le daban lo mismo; todos la llevaban igualmente al infierno. Unas veces iba andando y otras corría; unas veces gritaba y otras se tumbaba en el polvo junto al camino y lloraba. Todo lo que había oído sobre el infierno le volvía ahora a la imaginación, contemplaba el brillo de las llamas, se asfixiaba con el acre olor del humo y sentía deshacerse su carne sobre los carbones encendidos.

Poco antes del amanecer consiguió serenarse y volver a casa. Keawe dormía igual que un niño, tal como el anciano le había asegurado. Kokua se detuvo a contemplar su rostro.

—Ahora, esposo mío —dijo—, te toca a ti dormir. Cuando despiertes podrás cantar y reír. Pero la pobre Kokua, que nunca quiso hacer mal a nadie, no volverá a dormir tranquila, ni a cantar ni a divertirse.

Después Kokua se tumbó en la cama al lado de Keawe y su dolor era tan grande que cayó al instante en un sopor profundísimo.

Su esposo se despertó ya avanzada la mañana y le dio la buena noticia. Era como si la alegría lo

hubiera trastornado, porque no se dio cuenta de la aflicción de Kokua, a pesar de lo mal que ella la disimulaba. Aunque las palabras se le atragantaran, no tenía importancia; Keawe se encargaba de decirlo todo. A la hora de comer no probó bocado, pero ¿quién iba a darse cuenta?, porque Keawe no dejó nada en su plato. Kokua lo veía y le oía como si se tratara de un mal sueño; había veces en que se olvidaba o dudaba y se llevaba las manos a la frente; porque saberse condenada y escuchar a su marido hablando sin parar de aquella manera le resultaba demasiado monstruoso.

Mientras tanto Keawe comía y charlaba, hacía planes para su regreso a Hawai, le daba las gracias a Kokua por haberlo salvado, la acariciaba y le decía que en realidad el milagro era obra suya. Luego Keawe empezó a reírse del viejo que había sido lo suficientemente estúpido como para comprar la botella.

—Parecía un anciano respetable —dijo Keawe—. Pero no se puede juzgar por las apariencias, porque ¿para qué necesitaría la botella ese viejo réprobo?

—Esposo mío —dijo Kokua humildemente—, su intención puede haber sido buena.

Keawe se echó a reír muy enfadado.

—¡Tonterías! —exclamó acto seguido—. Un viejo pícaro, te lo digo yo; y estúpido por añadidura. Ya era bien difícil vender la botella por cuatro céntimos, pero por tres será completamente imposible. Apenas queda margen y todo el asunto empieza a oler a chamusquina... —dijo Keawe, estremeciéndose—. Es cierto que yo la compré por un centavo cuando no sabía que hubiera monedas de menos valor. Pero es absurdo hacer una cosa así; nunca aparecerá otro que haga lo mismo, y la persona que tenga ahora esa botella se la llevará consigo a la tumba.

—¿No es una cosa terrible, esposo mío dijo Kokua—, que la salvación propia signifique la condenación eterna de otra persona? Creo que yo no podría tomarlo a broma. Creo que me sentiría abatido y lleno de melancolía. Rezaría por el nuevo dueño de la botella.

Keawe se enfadó aún más al darse cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Kokua.

—¡Tonterías! —exclamó—. Puedes sentirte llena de melancolía si así lo deseas. Pero no me parece que sea ésa la actitud lógica de una buena esposa. Si pensaras un poco en mí, tendría que darte vergüenza.

Luego salió y Kokua se quedó sola.

¿Qué posibilidades tenía ella de vender la botella por dos céntimos? Kokua se daba cuenta de que no tenía ninguna. Y en el caso de que tuviera alguna, ahí estaba su marido empeñado en devolverla a toda prisa a un país donde no había ninguna moneda inferior al centavo. Y ahí estaba su marido abandonándola y recriminándola a la mañana siguiente después de su sacrificio.

Ni siquiera trató de aprovechar el tiempo que pudiera quedarle: se limitó a quedarse en casa, y unas veces sacaba la botella y la contemplaba con indecible horror y otras volvía a esconderla llena de aborrecimiento.

A la larga Keawe terminó por volver y la invitó a dar un paseo en coche.

—Estoy enferma, esposo mío —dijo ella—. No tengo ganas de nada. Perdóname, pero no me divertiría.

Esto hizo que Keawe se enfadara todavía más con ella, porque creía que le entristecía el destino del anciano, y consigo mismo, porque pensaba que Kokua tenía razón y se avergonzaba de ser tan feliz.

—¡Eso es lo que piensas de verdad —exclamó—, y ése es el afecto que me tienes! Tu marido acaba de verse a salvo de la condenación eterna a la que se arriesgó por tu amor y ¡tú no tienes ganas de nada! Kokua, tu corazón es un corazón desleal.

Keawe volvió a marcharse muy furioso y estuvo vagabundeando todo el día por la ciudad. Se

encontró con unos amigos y estuvieron bebiendo juntos; luego alquilaron un coche para ir al campo y allí siguieron bebiendo.

Uno de los que bebían con Keawe era un brutal *haole* ya viejo que había sido contraamaestre de un ballenero y también prófugo, buscador de oro y presidiario en varias cárceles. Era un hombre rastrero; le gustaba beber y ver borrachos a los demás; y se empeñaba en que Keawe tomara una copa tras otra. Muy pronto, a ninguno de ellos le quedaba más dinero.

—¡Eh, tú! —dijo el contraamaestre—, siempre estás diciendo que eres rico. Que tienes una botella o alguna tontería parecida.

—Si —dijo Keawe—, soy rico; volveré a la ciudad y le pediré algo de dinero a mi mujer, que es la que lo guarda.

—Ese no es un buen sistema, compañero —dijo el contraamaestre—. Nunca confíes tu dinero a una mujer. Son todas tan falsas como Judas; no la pierdas de vista.

Aquellas palabras impresionaron mucho a Keawe porque la bebida le había enturbiado el cerebro.

«No me extrañaría que fuera falsa», pensó. «¿Por qué tendría que entristecerle tanto mi liberación? Pero voy a demostrarle que a mí no se me engaña tan fácilmente. La pillaré *in fraganti*.

De manera que cuando regresaron a la ciudad, Keawe le pidió al contraamaestre que le esperara en la esquina junto a la cárcel vieja, y él siguió solo por la avenida hasta la puerta de su casa. Era otra vez de noche; dentro había una luz, pero no se oía ningún ruido. Keawe dio la vuelta a la casa, abrió con mucho cuidado la puerta de atrás y miró dentro.

Kokua estaba sentada en el suelo con la lámpara a su lado; delante había una botella de color lechoso, con una panza muy redonda y un cuello muy largo; y mientras la contemplaba, Kokua se retorció las manos.

Keawe se quedó mucho tiempo en la puerta, mirando. Al principio fue incapaz de reaccionar; luego tuvo miedo de que la venta no hubiera sido válida y de que la botella hubiera vuelto a sus manos como le sucediera en San Francisco; y al pensar en esto notó que se le doblaban las rodillas y los vapores del vino se esfumaron de su cabeza como la neblina desaparece de un río con los primeros rayos del sol. Después se le ocurrió otra idea. Era una idea muy extraña e hizo que le ardieran las mejillas

«Tengo que asegurarme de esto», pensó.

De manera que cerró la puerta, dio la vuelta a la casa y entró de nuevo haciendo mucho ruido, como si acabara de llegar. Pero cuando abrió la puerta principal ya no se veía la botella por ninguna parte; y Kokua estaba sentada en una silla y se sobresaltó como alguien que se despierta.

—He estado bebiendo y divirtiéndome todo el día —dijo Keawe—. He encontrado unos camaradas muy simpáticos y vengo sólo a por más dinero para seguir bebiendo y corriéndonos la gran juerga.

Tanto su rostro como su voz eran tan severos como los de un juez, pero Kokua estaba demasiado preocupada para darse cuenta.

—Haces muy bien en usar de tu dinero, esposo mío —dijo ella con voz temblorosa.

—Ya sé que hago bien en todo —dijo Keawe, yendo directamente hacia el baúl y cogiendo el dinero. Pero también miró detrás, en el rincón donde guardaba la botella, pero la botella no estaba allí.

Entonces el baúl empezó a moverse como un alga marina y la casa a dilatarse como una espiral de humo, porque Keawe comprendió que estaba perdido, y que no le quedaba ninguna escapatoria.

«Es lo que me temía», pensó; «es ella la que ha comprado la botella.»

Luego se recobró un poco, alzándose de nuevo; pero el sudor le corría por la cara tan abundante como si se tratara de gotas de lluvia y tan frío como si fuera agua de pozo.

—Kokua —dijo Keawe—, esta mañana me he enfadado contigo sin razón alguna. Ahora voy otra vez a divertirme con mis compañeros —añadió, riendo sin mucho entusiasmo—. Pero sé que lo pasaré mejor si me perdonas antes de marcharme.

Un momento después Kokua estaba agarrada a sus rodillas y se las besaba mientras ríos de lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Sólo quería que me dijeras una palabra amable! exclamó ella.

—Ojalá que nunca volvamos a pensar mal el uno del otro —dijo Keawe; acto seguido volvió a marcharse.

Keawe no había cogido más dinero que parte de la provisión de monedas de un céntimo que consiguieran nada más llegar. Sabía muy bien que no tenía ningún deseo de seguir bebiendo. Puesto que su mujer había dado su alma por él, Keawe tenía ahora que dar la suya por Kokua; no era posible pensar en otra cosa.

En la esquina, junto a la cárcel vieja, le esperaba el contraamaestre.

—Mi mujer tiene la botella —dijo Keawe—, y si no me ayudas a recuperarla, se habrán acabado el dinero y la bebida por esta noche.

—¿No querrás decirme que esa historia de la botella va en serio? —exclamó el contraamaestre.

—Pongámonos bajo el farol —dijo Keawe—. ¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—Debe de ser cierto —dijo el contraamaestre—, porque estás tan serio como si vinieras de un entierro.

—Escúchame, entonces —dijo Keawe—; aquí tienes dos céntimos; entra en la casa y ofrécéselos a mi mujer por la botella, y (si no estoy equivocado) te la entregará inmediatamente. Tráemela aquí y yo te la volveré a comprar por un céntimo; porque tal es la ley con esa botella: es preciso venderla por una suma inferior a la de la compra. Pero en cualquier caso no le digas una palabra de que soy yo quien te envía.

—Compañero, ¿no te estarás burlando de mí? —quiso saber el contraamaestre.

—Nada malo te sucedería aunque fuera así —respondió Keawe.

—Tienes razón, compañero —dijo el contraamaestre.

—Y si dudas de mí —añadió Keawe— puedes hacer la prueba. Tan pronto como salgas de la casa, no tienes más que desear que se te llene el bolsillo de dinero, o una botella del mejor ron o cualquier otra cosa que se te ocurra y comprobarás en seguida el poder de la botella.

—Muy bien, *kanaka* —dijo el contraamaestre—. Haré la prueba; pero si te estás divirtiendo a costa mía, te aseguro que yo me divertiré después a la tuya con una barra de hierro.

De manera que el ballenero se alejó por la avenida; y Keawe se quedó esperándolo. Era muy cerca del sitio donde Kokua había esperado la noche anterior; pero Keawe estaba más decidido y no tuvo un solo momento de vacilación; sólo su alma estaba llena del amargor de la desesperación.

Le pareció que llevaba ya mucho rato esperando cuando oyó que alguien se acercaba, cantando por la avenida todavía a oscuras. Reconoció en seguida la voz del contraamaestre; pero era extraño que repentinamente diera la impresión de estar mucho más borracho que antes.

El contraamaestre en persona apareció poco después, tambaleándose, bajo la luz del farol. Llevaba la botella del diablo dentro de la chaqueta y otra botella en la mano; y aún tuvo tiempo de llevársela a la boca y echar un trago mientras cruzaba el círculo iluminado.

—Ya veo que la has conseguido —dijo Keawe.

—¡Quietas las manos! —gritó el contraмаestre, dando un salto hacia atrás—. Si te acercas un paso más te parto la boca. Creías que ibas a poder utilizarme, ¿no es cierto?

—¿Qué significa esto? —exclamó Keawe.

—¿Qué significa? —repitió el contraмаestre—. Que esta botella es una cosa extraordinaria, ya lo creo que sí; eso es lo que significa. Cómo la he conseguido por dos céntimos es algo que no sabría explicar; pero sí estoy seguro de que no te la voy a dar por uno.

—¿Quieres decir que no la vendes? —jadeó Keawe.

—¡Claro que no! —exclamó el contraмаestre—. Pero te dejaré echar un trago de ron, si quieres.

—Has de saber —dijo Keawe— que el hombre que tiene esa botella terminará en el infierno.

—Calculo que voy a ir a parar allí de todas formas —replicó el marинero—; y esta botella es la mejor compañía que he encontrado para ese viaje. ¡No, señor! —exclamó de nuevo—; esta botella es mía ahora y ya puedes ir buscándote otra.

—¿Es posible que sea verdad todo esto? —exclamó Keawe—. ¡Por tu propio bien, te lo ruego, véndemela!

—No me importa nada lo que digas —replicó el contraмаestre—. Me tomaste por tonto y ya ves que no lo soy; eso es todo. Si no quieres un trago de ron me lo tomaré yo. ¡A tu salud y que pases buena noche!

Y acto seguido continuó andando, camino de la ciudad; y con él también la botella desaparece de esta historia.

Pero Keawe corrió a reunirse con Kokua con la velocidad del viento; y grande fue su alegría aquella noche; y grande, desde entonces, ha sido la paz que colma todos sus días en la Casa Resplandeciente.

Apia, Upolu, Islas de Samoa, 1889.

LA PLAYA DE FALESÁ

RELATO DE UN COMERCIANTE EN LOS MARES DEL SUR

Vi por primera vez la isla cuando no era día ni noche. La luna estaba en el Oeste, poniéndose, pero aún grande y brillante. Al Este, hacia la parte de la aurora, el cielo estaba color de rosa, y la estrella del día resplandecía como un diamante. La brisa de tierra nos daba en el rostro, trayendo un fuerte olor de limas silvestres y de vainilla; de otras cosas, además, pero éstas eran muy vulgares; y su frío me hizo estornudar. Debo decir que había pasado muchos años en una isla baja, cerca de la línea, viviendo la mayoría del tiempo solo entre los nativos. Ésta era una experiencia nueva; incluso el idioma era extraño para mí; y el aspecto de aquellos bosques y montañas, y su raro olor, me conmovía.

El capitán apagó la lámpara de bitácora.

—Mire, señor Wiltshire —dijo—, aquel humo que hay detrás de las rompientes. Allí está Falesá, donde tiene su puesto, el último poblado hacia el este; más allí no vive nadie, no sé por qué. Tome mi catalejo y verá las casas.

Tomé el catalejo; y las costas se adelantaron, y vi los bosques, y los techos oscuros de las casitas que asomaban entre ellos.

—¿Ve esa manchita blanca que está hacia el este? —continuó el capitán—. Es su casa. Construida de coral, situada en lo alto, con una ancha galería; es el mejor puesto del Pacífico Sur. Cuando la vio el viejo Adams, me cogió de la mano y me la estrechó: «He encontrado una cosa bonita» —dijo—. «En efecto —repuse— y ya iba siendo hora».

—¡Pobre Johnny! Sólo lo vi una vez después, y entonces cantaba otro cantar, no podía aguantar a los nativos; y la siguiente vez que vinimos aquí estaba muerto y enterrado. Yo le puse un epitafio que decía: «John Adams, obit mil ochocientos sesenta y ocho». Lo eché de menos. Nunca vi mucho mal en Johnny.

—¿De qué murió? —pregunté.

—De alguna enfermedad, que le dio de repente —dijo el capitán—. Se puso enfermo por la noche y probó todos los remedios existentes. No le sirvieron. Entonces trató de abrir una caja de ginebra. Inútil. No era lo bastante fuerte. Entonces debió enloquecer y se tiró en la galería. Cuando lo encontraron allí, a la mañana siguiente, estaba loco completamente y hablaba de que debían regar su copra. ¡Pobre John!

—Fue por causa de la isla? —pregunté.

—Fue por causa de la isla, o por lo que fuera —replicó él—. Yo siempre oí que era un lugar sano. Nuestro último hombre, Vigours, nunca tuvo nada. Se marchó por miedo de los bandidos, dijo que tenía miedo de Black Jack y de Case y de Whistling Jimmie, que aún estaba vivo entonces, pero que murió al poco tiempo porque se emborrachó y se ahogó. En cuanto al capitán Randall, ha estado aquí desde mil ochocientos cuarenta o cuarenta y cinco. Y nunca he visto en él ningún mal cambio. Creo que va a llegar a ser un Matusalén. No, creo que Falesá es un lugar sano.

Ahora viene un bote ballenero de dieciséis pies —dijo—. Y en él hay dos hombres blancos en la popa.

—En esa embarcación se ahogó Whistling Jimmie, el bandido —exclamó el capitán—; déme el catalejo. Sí, se trata de Case, sin duda, y el negro. Dicen que son bandidos, pero ya sabe cómo se habla en la isla. Mi creencia es que Whistling Jimmie era el peor de todos; y ahora ha muerto. Estoy seguro de que quieren ginebra.

Cuando los dos comerciantes subieron a bordo, me vi complacido por el aspecto de ambos, y el habla de uno de ellos. Estaba cansado de los blancos, después de los cuatro años pasados en la línea que consideraba como años de prisión; años en los que periódicamente se me declaraba tabú y que tenía que ir a la Casa de Hablar para tratar de que éste me fuera levantado; años bebiendo ginebra y luego lamentándolo; pasando las noches con una lámpara por toda compañía; o paseando por la playa y diciéndome qué estúpido había sido por venir allí. En mi isla no había otros blancos, y cuando me iba a la isla vecina, la sociedad la constituían matones. El ver a bordo aquellos dos hombres era un placer. Uno de ellos era un negro; pero venían bien vestidos con sus pijamas a rayas y sombreros de paja, y Case no habría hecho mal papel en una ciudad. Era menudo y amarillo, con nariz ganchuda, ojos claros y barba bien cortada. No se sabía cuál era su país, excepto que su idioma era el inglés; y era evidente que procedía de una buena familia y estaba espléndidamente educado. Sabía tocar el acordeón; y si se le daba un trozo de cuerda o un corcho y una baraja de cartas, mostraba trucos dignos de un profesional. Si quería, hablaba un lenguaje digno de un salón; pero cuando le parecía blasfemaba como un contraamaestre yanqui. Según la forma que consideraba más oportuna. Tenía el valor de un león y la astucia de una rata; y si ahora no está en el infierno, es porque no existe tal lugar. Sólo conozco una buena condición suya, y es que amaba a su mujer y se preocupaba de ella. Ella era de Samoa, y llevaba el cabello teñido de rojo al estilo de su isla; y cuando él murió (según me dijeron), encontraron que había hecho testamento a favor de su mujer. Le legó todo lo suyo y gran parte de lo de Black Jack y Billy Randall, pues era él quien llevaba los libros. Por lo tanto ella se fue en la goleta Manua, y vive como una dama en su casa propia.

Pero aquella primera mañana yo no sabía nada de aquello. Case se portó conmigo como un amigo y un caballero, me dio la bienvenida a Falesá, y me ofreció sus servicios, cosa muy útil dado mi desconocimiento de los nativos. La mayor parte del día la pasamos bebiendo en la cabina, y nunca oí un hombre que hablase más acertadamente. En las islas no había un comerciante más astuto que él. Me pareció que Falesá era un lugar adecuado; y cuanto más bebía, me sentía más confiado. Nuestro último comerciante había huido de allí con media hora de aviso, tomando pasaje en un carguero que venía del oeste. El capitán, cuando llegó, encontró el puesto cerrado, las llaves en poder de un pastor nativo, y una carta del fugitivo, confesando que tuvo miedo de perder la vida. Desde entonces, la firma no había estado representada y desde luego no había habido carga. Además, el viento era favorable y el capitán esperaba que pudiéramos llegar a la isla inmediata al amanecer, con una buena marea, y que la descarga se hiciera pronto. Case dijo que no debía dejar que nadie tocara nada; aunque en Falesá todos eran honrados, y sólo robaban algunas gallinas, un paquete de tabaco o un cuchillo; lo mejor que yo podía hacer era quedarme tranquilo hasta que el buque se fuese, luego irme directamente a su casa, ver al capitán Randall, el padre de la playa, comer con él e irme a dormir cuando anocheciera. Por lo tanto la luna estaba alta y la goleta de camino antes de que yo desembarcase en Falesá.

Yo había tomado un par de vasos a bordo; acababa de hacer una larga travesía y sentía que el suelo se movía bajo mis pies como la cubierta de un navío. El mundo parecía recién pintado; mis pies bailaban. Falesá me parecía un lugar encantado, si es que los hay, y es una pena que no los haya. Me gustaba pisar la hierba, mirar las verdes montañas, contemplar a los hombres con sus guirnaldas y a las mujeres con sus vestidos rojos y azules. Seguimos adelante, disfrutando del fuerte sol y de la fresca sombra; y los chicos del poblado venían con sus cabezas afeitadas y sus cuerpos morenos, profiriendo gritos agudos.

A propósito —dijo Case—, tenemos que buscarle una mujer.

—Es cierto —repuse—, se me había olvidado.

En torno de nosotros había muchas muchachas y yo me puse a observarlas como un pachá. Se habían vestido de fiesta para recibir el barco; y las mujeres de Falesá son todas muy lindas. Su único defecto es que tienen las caderas demasiado anchas; y yo pensaba en aquello, cuando Case me tocó.

—Esa es muy bonita —dijo.

Vi una mujer que venía sola por el otro extremo. Había estado pescando; no llevaba más que la camisa y ésta se hallaba empapada. Era joven y esbelta para ser una mujer de la isla, de rostro largo, frente alta, y una mirada extraña, entre niña y gato. —¿Quién es? —pregunté—. Me sirve.

—Es Uma —dijo Case, llamándola y hablándole en su lengua. No sé lo que le dijo; pero a la mitad, ella alzó los ojos, me miró tímidamente como el niño que esquiva un golpe, y al poco sonrió. Tenía una ancha sonrisa y los labios y la barbilla parecían los de una estatua; pero la sonrisa sólo duró un momento. Permaneció en pie con la cabeza inclinada, escuchando a Case hasta que terminó, y luego habló con su dulce acento polinesio, mirando a Case cara a cara, lo escuchó de nuevo, y luego, haciendo una reverencia, huyó. La reverencia me estaba dedicada en parte, pero no volvió a mirarme ni a sonreír.

—Creo que está arreglado —dijo Case—. Puede quedarse con ella. Lo arreglaré con su madre. Puede quedarse con la mejor de todas por un paquete de tabaco —añadió sonriendo.

Creo que fue el recuerdo de la sonrisa de Uma lo que me hizo decir:

—No parece una de éstas.

—No lo sé —dijo Case—. Parece que está bien. No se junta con las demás muchachas. Pero entiéndame bien.. Uma es una chica decente —hablaba seriamente y aquello me gustó—. Sin embargo —continuó— no estoy muy seguro de ella. Todo lo que tiene que hacer usted, es mantenerse en la sombra y dejar que yo hable con su madre; luego traeré a la muchacha al capitán para el matrimonio.

A mí el matrimonio no me interesaba y se lo dije.

—Oh, el matrimonio no tiene importancia —dijo él— Black Jack es el capellán.

Por entonces estábamos a la vista de la casa de los tres blancos, pues un negro se cuenta por un blanco, como sucede con un chino. Una idea rara, pero común en las islas. Era una casa de madera con una decrepita galería. El almacén estaba delante, con un mostrador, balanzas y unos pobres instrumentos mercantiles; una caja o dos de carne en conserva; un barril de pan duro; varios fardos de algodón, mucho peor que los míos. Lo único bien representado era el contrabando: armas de fuego y licores. «Si fueran mis rivales pensé». «Me va a ir bien en Falesá». En realidad sólo había un modo de rivalizar conmigo, y eran las armas y la bebida.

En la trastienda se hallaba el capitán Randall, acucillado en el suelo, al estilo de los nativos, desnudo hasta la cintura, con el cabello gris, y los ojos hundidos por la bebida. Tenía el cuerpo cubierto de vello gris, sobre el cual se posaban las moscas; una de ellas se le había metido en el rabillo del ojo, pero no parecía molestarle; y en torno suyo zumbaban los mosquitos. Cualquier hombre de mente sana habría sacado de allí al viejo para enterrarlo; pero al verle allí, saber que tenía setenta años, recordar que había estado al mando de un navío, y que cuando desembarcaba con su uniforme de gala se le recibía bien en los bares y en los consulados, y se sentaba en las galerías de los clubes, me hizo mirar las cosas de otro modo. Trató de levantarse cuando entré, pero no pudo; por lo tanto, me tendió una mano y murmuró una especie de saludo.

—Papa está muy bebido esta mañana —observó Case—. Hemos tenido una epidemia y el capitán Randall toma la ginebra como profilaxis. ¿No es cierto, Papa?

—¡Nunca he tomado esas cosas! —repuso el capitán con indignación—. Tomo ginebra por mi salud, señor... como se llame usted..., como una medida de precaución.

—Así es, Papa —dijo Case—. Pero va a tener que animarse. Vamos a tener un matrimonio. El señor Wiltshire se va a casar.

El viejo preguntó con quién.

—Con Uma —dijo Case.

—¡Con Uma! —exclamó el capitán—. ¿Para qué quiere a Uma? Ha venido aquí por su salud ¿para qué quiere a Uma?

—Calle, Papa —dijo Case—. No es usted el que va a casarse. Creo que no es tampoco su padrino ni su madrina. El señor Wiltshire es quien tiene que decidirlo.

Dicho esto, dijo que tenía que ocuparse del matrimonio y me dejó con su negocio. El comercio y el puesto pertenecían a Randall; Case y el negro eran parásitos; vivían de Randall como las moscas, y él lo sabía. En realidad puedo decir que todo el tiempo que pasé al lado de Billy Randall fue una pesadilla.

La habitación era asfixiante y estaba llena de moscas, pues la casa estaba sucia y era baja y se hallaba situada en una parte mala, detrás del poblado, en los linderos de la selva. Las camas de los tres hombres se hallaban en el suelo, junto a un montón de platos y cacharros. No había más muebles. Cuando Randall se ponía violento lo destrozaba todo. Yo me quedé mientras nos servía la comida la mujer de Case; y durante todo el día fui atendido por aquel deshecho de hombre, que me contaba chistes e historias viejas, riendo siempre sin darse cuenta de mi depresión. Bebía ginebra constantemente. A veces se dormía, y se despertaba de repente, estremecido, preguntándome de vez en cuando por qué quería casarme con Uma. «Amigo mío —me dijo todo aquel día— tienes que cuidar de no convertirle en un viejo como yo».

Debían ser las cuatro de la tarde cuando se abrió lentamente la puerta de atrás, y entró arrastrándose una nativa vieja. Iba vestida de negro y con el rostro tatuado, cosa no corriente en aquella isla. Tenía los ojos grandes y brillantes. Los fijaba en mí con una expresión que me pareció teatral. No hablaba, pero movía los labios y producía ruidos, como el niño que canturrea ante un postre de Navidad. En cuanto estuvo a mi lado, me tomó de la mano, y comenzó a cantar.

—¿A qué viene todo esto? —dije con extrañeza.

—Es Fa'avao —dijo Randall, y vi que se metía en el rincón más apartado.

—¿Le tiene miedo? —pregunté.

—¡Miedo! —respondió ofendido el capitán—. ¡Yo no le permito entrar aquí! Hoy es diferente, pues se trata del matrimonio. Es la madre de Uma.

—Bien, aunque lo sea, ¿qué es lo que quiere? —pregunté yo, más irritado y asustado de lo que quería decir: y el capitán me dijo que ella estaba componiendo unos versos en honor mío, porque me quería casar con Uma—. Está bien —le dije—, pero suelte mi mano.

Ella pareció entender; su cántico se convirtió en grito, y luego terminó; la mujer salió a rastras de la casa, tal como había entrado, y debió hundirse en la selva, pues cuando salí a mirar no la vi.

—¡Qué mujer extraña! —dije.

—Son gentes extrañas —repuso el capitán, haciendo la señal de la cruz sobre su pecho desnudo.

—¿Es usted papista? —pregunté. Él desechó la idea con desprecio:

—Soy un viejo baptista —dijo—. Pero, querido amigo, los papistas tienen buenas ideas y ésta es una de ellas. Siga mi consejo y cuando se encuentre con Uma, Fa'avao, Vigours o cualquiera de ellos, haga lo que yo. —Y repitió el signo de la cruz. Luego guiñó un ojo y me dijo—: No, aquí no hay papistas —y durante largo tiempo me expuso sus ideas religiosas.

Uma debió causarme una impresión muy honda, sino o habría huido de aquella casa, y salido al aire libre, al mar, o a algún río limpio, pero me había dejado llevar por Case y además no habría

podido llevar alta la cabeza en aquella isla, si hubiera huido la noche de bodas.

El sol estaba bajo, el cielo incendiado y la lámpara se había encendido hacía tiempo, cuando Case vino con Uma y el negro. Ella venía vestida y perfumada; su faldellín de rica tapa era más fino que la seda; su pecho de color de miel oscura, estaba sólo cubierto por collares de semillas y de flores; y detrás de las orejas y en los cabellos llevaba rojas flores de hibisco. Mostraba el aspecto digno de una novia, seria y tranquila; y yo consideré una vergüenza quedarme con ella en aquella casa sucia delante del sonriente negro. Pues el hombre llevaba un cuello de papel, y en la mano una novela. Me remordió la conciencia cuando juntamos las manos; y cuando dieron a Uma el certificado de boda, yo estuve a punto de confesarlo todo.

Éste es el documento. Lo escribió Case, en una hoja del libro mayor. «Certificamos que Uma, hija de Fa'avao de Falesá isla de ..., está ilegalmente casada con el señor John Wiltshire, por una semana, y que el señor John Wiltshire está en libertad de enviarla al diablo cuando quiera».

JOHN BLACKMORE Capellán de los Náufragos.

Un lindo papel para poner en las manos de una muchacha y ver que ella lo esconde como si fuera oro. Un hombre puede sentirse avergonzado por menos. Pero era la costumbre allí, y (como me dije), no el menor pecado de los blancos, incluso los misioneros. Si hubieran dejado en paz a los nativos, no habría necesitado este engaño, habría tenido todas las esposas que hubiera querido y las habría dejado cuando me pareciese, con la conciencia tranquila.

Cuanto más vergüenza sentía, más deseo tenía de huir; y como nuestros deseos se unían, yo advertí de ello a los comerciantes. Case parecía deseoso de retenerme; pero ahora parecía deseoso de dejarme ir. Dijo que Uma me mostraría el camino de mi casa y los tres socios nos despidieron en la puerta. Era casi de noche; el poblado olía a flores, a mar y a árboles del pan; se oía el rumor de la marea y a lo lejos, entre los bosques y las casas, el rumor de las voces de los hombres y de los niños. Me hizo bien respirar el aire puro; me hizo bien dejar al capitán y ver, por el contrario, a la mujer que llevaba al lado. Me parecía que era una mujer del Viejo Mundo y, olvidándolo todo, la cogí de la mano. Ella dejó sus dedos entre los míos y sentí que respiraba profunda y rápidamente, y entonces tomó mi mano y se la llevó al rostro: —«¡Eres bueno!» —exclamó y corrió ante mí, deteniéndose para mirar hacia atrás sonriendo, y volviendo a correr, guiándome de este modo por el linderó del bosque hacia mi casa.

Lo cierto era que Case la había cortejado por mí; le dijo que yo estaba loco por poseerla, y dispuesto a todo, y la infeliz se lo había creído, se había llenado de vanidad y gratitud. Pero yo no sabía aquello. Era contrario a las debilidades con las nativas, pues había visto muchos blancos burlados y explotados por las familias de ellas. Y tenía que hacer que volviera a su juicio. Pero Uma estaba tan hermosa y extraña cuando corría delante de mí y me esperaba, como habría hecho un niño o un perrito, que lo mejor que podía hacer era seguirla, y buscar en la penumbra su cuerpo brillante. Y entonces se me ocurrió otra cosa. Ahora jugaba conmigo como una gatita porque estábamos a solas. Pero en la casa se había portado como una condesa, orgullosa y humilde al mismo tiempo. Y sobre su vestido —muy escueto y nativo— con la linda tapa y los perfumes, llevaba flores y semillas que brillaban como joyas, pero eran más grandes, y parecía realmente una condesa, vestida para un concierto y no la compañera adecuada para un pobre comerciante como yo.

Llegó a casa la primera; y mientras yo permanecía inmóvil, vi que frotaba una cerilla y encendía

la lámpara. El puesto era maravilloso, construido de coral, con una amplia galería, y una habitación principal muy espaciosa. Mi equipaje estaba amontonado al azar; y en medio de aquella confusión, Uma se hallaba apoyada en la mesa, esperándome. Su sombra se reflejaba en el techo de hierro, y ella permanecía junto a la lámpara, cuya luz brillaba sobre su piel. Me detuve en la puerta y Uma me miró, sin decir palabra, con ojos anhelosos y temerosos a la vez: luego se llevó la mano al seno.

—Yo... tu mujer —dijo—. Nunca había sentido nada semejante; pero el deseo de ella me invadió y me sacudió como el viento a la vela de un navío.

No podía hablar aunque hubiese querido; y si pudiese, no lo habría hecho. Sentía vergüenza de que una nativa me conmoviese de tal modo, me avergonzaba el matrimonio, y el certificado que ella guardaba como un tesoro; de manera que me volví y fingí que arreglaba mi equipaje. Lo primero que hallé fue una caja de ginebra, la única que había traído; y en parte por la muchacha y en parte por el recuerdo del capitán Randall, tomé una súbita resolución. Quité la tapa. Saqué una por una las botellas, las descorché y mandé a Uma que arrojase el líquido por la galería.

Cuando hubo terminado vino y me miró con asombro.

—No es bueno —dije ahora que podía dominar más mi lengua—. No es bueno que el hombre beba.

Ella convino, pero parecía reflexionar.

—¿Por qué lo trajiste? —preguntó al poco tiempo—. Si no querías beber, no tenías que traerlo. ' —Es cierto —dije—. En un tiempo quise beber mucho; ahora no quiero. No sabía que iba a tener una esposa. Supongo que si bebo, mi esposa se va a asustar.

Hablarle amablemente era algo para lo cual no estaba preparado; me había prometido no tener nunca debilidades con una nativa y tenía que contenerme.

Ella continuaba mirándome con gravedad, mientras yo permanecía sentado junto a la caja abierta.

—Creo que eres bueno —dijo. Y de repente se dejó caer en el suelo, ante mí—. ¡De todos modos soy tuya! —exclamó.

Salí a la galería un momento antes de que amaneciera. Mi casa era la última del este: detrás había unos bosques y unos arrecifes que ocultaban la salida del sol. Hacia el oeste, corría un veloz río, más allá del cual se veía el pueblo verde salpicado de palmeras, árboles del pan y casas. Algunas de ellas tenían las persianas corridas y otras no; los mosquiteros estaban puestos y las sombras de los habitantes de las casas se veían detrás de ellos; y por el pueblo se veían gentes ataviadas con trajes de dormir de muchos colores, como los beduinos en las estampas de la Biblia. Había un silencio mortal y hacía frío; la luz del amanecer brillaba como un incendio al reflejarse en la laguna.

Pero lo que me turbaba estaba más cerca. Una docena de niños y jóvenes rodeaba mi casa, en semicírculo; el río los se paraba, algunos estaban en la parte cercana, otros en la lejana y uno en una piedra del centro; y todos ellos estaban silenciosos, envueltos en sus sábanas, mirando mi casa atentamente. Lo consideré extraño cuando salí. Cuando me bañé, volví y los hallé de nuevo con otros tres más, lo consideré aún más extraño. Qué podían ver en mi casa, me pregunté y entré.

Pero el pensamiento de aquellos mirones me producía una obsesión y al poco tiempo volví a salir. El sol estaba alto entonces, pero aún estaba detrás de los bosques. Un cuarto de hora habría transcurrido. La multitud había aumentado, la ribera más lejana estaba llena de gente... quizás unas treinta personas mayores, y una doble cantidad de niños, unos de pie y otros acucillados, todos ellos mirando mi casa. Yo vi una vez una casa en los Mares del Sur, rodeada de este modo, pero era porque un comerciante azotaba a su mujer y ella gemía. Aquí no pasaba nada; el fuego estaba encendido, y el humo subía cristianamente; todo era normal. Seguramente había llegado un extranjero, pero ayer habían tenido la oportunidad de verlo, y se lo tomaron con calma. ¿Qué les ocurría ahora? Apoyé los brazos en el borde de la galería y los miré. ¿Qué les pasaba? De vez en cuando veía que los chicos hablaban, pero hablaban tan bajo que no llegaba hasta mí ni el murmullo de sus conversaciones. El resto parecían imágenes; me miraban en silencio con sus brillantes ojos; y me pareció como si yo estuviera en la horca, y aquellas buenas gentes hubieran venido a mi ejecución.

Sentí miedo, y comencé a temer que lo advirtiesen, cosa que no serviría de nada. Me incorporé, me estiré, bajé los escalones de la galería y me dirigí hacia el río. Hubo un murmullo entre la gente como ocurre en los teatros cuando se levanta el telón, y algunos de los que estaban más cerca retrocedieron un paso. Vi a una muchacha que ponía su mano sobre un joven y con la otra señalaba hacia arriba; al mismo tiempo murmuró unas palabras en su lengua. Tres niños estaban sentados, en el camino donde yo tenía que pasar. Envueltos en sus sábanas, con sus cabezas afeitadas, el mechón de pelo arriba y sus caras extrañas, parecían figuras de una vitrina. Durante un tiempo permanecieron sentados en la tierra, solemnes como jueces. Yo avancé con decisión; y me pareció que en sus caras se reflejaba el asombro. Entonces uno de ellos se levantó de un salto y corrió a donde estaba su madre. Los otros dos trataron de seguirlo, pero tropezaron y cayeron a tierra, donde se desembarazaron de sus ropas y desnudos corrieron dando gritos. Los nativos, que se ríen incluso en un entierro, prorrumpieron en carcajadas al ver aquello.

Se dice que el hombre se asusta cuando está solo. No es cierto. Lo que le asusta cuando está en la oscuridad o en plena selva es que puede tener un ejército muy cerca. Y lo que más le asusta es estar en medio de una multitud y no saber qué quieren o están esperando. Cuando dejaron de reír, yo me detuve. Los chicos seguían corriendo, en sentido contrario al mío. Como un necio, había salido

con decisión; como un necio, me volví a casa. Debió ser algo muy chistoso, pero lo que me asombró es que no riera nadie: sólo una mujer lanzó una especie de gemido piadoso, como los que suelen oírse en las iglesias durante un sermón.

—Nunca he visto canacos tan necios como los de aquí —le dije a Uma más tarde, mirando por la ventana a los espectadores.

—No sé nada —dijo ella con aire de disgusto.

Y aquello fue todo cuanto hablamos del asunto, pues yo estaba furioso y Uma tomaba aquello como muy natural, y me avergonzaba.

Todo el día, de vez en cuando, los tontos aquellos se sentaron en el extremo oeste de mi casa y al otro lado del río, esperando que se produjese el espectáculo —me figuro que bajase fuego del cielo y me consumiese a mí y a mi equipaje. Pero por la noche, como verdaderos isleños, se cansaron del asunto, y se fueron, para celebrar un baile en la casa grande del poblado, donde los oí cantar y batir palmas hasta las diez de la noche y al día siguiente parecía que se habían olvidado de mi existencia. Si hubiera bajado un fuego del cielo, o la tierra me hubiera tragado, no habría nadie para presenciarlo. Pero luego vi que no lo habían olvidado y vigilaban por si se producía el fenómeno.

Durante aquellos días estuve ocupado ordenando mis cosas y haciendo inventario de lo que había dejado Vigours. Aquel trabajo me irritaba y me impedía pensar en otras cosas. Ben había hecho antes aquello —yo podía confiar en Ben— pero era evidente que alguien había metido allí la mano entretanto. Hallé que me habían privado de lo que suponía seis meses de sueldo y beneficios, y me maldecía por haberme quedado bebiendo con Case en lugar de ocuparme de mis asuntos.

Sin embargo lo hecho, hecho estaba, y no se podía deshacer. Todo cuanto podía hacer era echar mano de lo que quedaba, poner en orden lo que yo traía, y comenzar la caza de ratas y cucarachas. Hice un buen trabajo: y la tercera mañana cuando hube encendido mi pipa y salí a la puerta para echar un vistazo, vi los cocoteros, la copra, y las brillantes vestiduras de los isleños, creí que aquél era el lugar adecuado para hacer fortuna, y luego volver a mi país y poner una taberna. Estaba allí, sentado en la galería, disfrutando de un magnífico panorama y de un espléndido sol, y un viento maravilloso, fresco y saludable, que vigorizaba la sangre como un baño de mar; y olvidándome de Inglaterra que, después de todo, es un agujero negro, frío y fangoso, con tan poca luz que no permite siquiera leer; y pensaba en mi taberna, que situaría en una avenida con un cartel colgado de un árbol.

Así pasó la mañana, y el día transcurrió sin que nadie se acercase a mí, cosa que me pareció extraña conociendo a los habitantes de otras islas. La gente se reía un poco de nuestra compañía y de sus elegantes puestos, y del de Falesá en particular: toda la copra del distrito no lo compensaba (como había oído decir) en cincuenta años, lo cual me parecía una exageración. Pero cuando pasó el día y no hice ningún negocio, comencé a desanimarme: y a eso de las tres de la tarde salí a dar un paseo para animarme. En medio de la selva vi a un hombre blanco que venía vestido con una sotana, por lo cual, y por su rostro, comprendí que era un sacerdote. Se veía que era un buen hombre, de pelo gris, y tan sucio que se podía haber escrito con él en un trozo de papel.

—Buenos días —dije.

Él me contestó en nativo. —¿No habla inglés? —pregunté.

—Francés —repuso.

—Lo siento —dije—, pero no lo entiendo.

Él trató de hablarme en francés, y luego en nativo, que parecía ser lo mejor. Saqué en consecuencia que quería decirme algo, no tan sólo pasar un rato en mi compañía y agucé el oído. Oí los nombres de Adams, Case y Randall —el de Randall con más frecuencia—, y la palabra

«veneno», o algo parecido, y una palabra nativa que repetía frecuentemente. Yo fui a mi casa, repitiéndola para mí.

—¿Qué significa fussy-ocky? —le pregunté a Uma, pues era lo más que pude entender.

—Matar —dijo ella.

—¡Al diablo! —dije yo—. ¿Has oído alguna vez que Case envenenase a Johnny Adams?

—Todos lo dicen —repuso Uma desdeñosamente—. Le dio arena blanca, arena mala. Él bebía.

Si a ti te da ginebra no la tomes.

Ahora bien, en las otras islas había oído historias como aquella, siempre mencionando el polvo blanco, lo cual me hizo desconfiar. Por lo tanto me fui a casa de Randall para tratar de averiguar algo y vi a Case sentado en la puerta, limpiando un fusil.

—¿Hay buena caza? —le pregunté.

—Sí —repuso—. El bosque está lleno de aves de todas clases. Yo querría que la copra fuese tan abundante —me dijo ladinamente a mi entender—, pero no parece haber nada.

Vi a Black Jack en el almacén, sirviendo a un cliente.

—Sin embargo, aquí hay trabajo —dije.

—Es la primera venta que hacemos en tres semanas —repuso Case.

—¿No me diga? —dije—. ¡Tres semanas! Bien, bien.

—Si no me cree —repuso él un poco acaloradamente—, vaya a ver el almacén de copra. Está casi vacío, a estas horas.

—A mí me daría lo mismo —dije—. Por mí podría haber estado vacío ayer.

—Tiene usted razón —dijo él riendo.

—A propósito —dije yo—. ¿qué clase de hombre es ese sacerdote? Me parece un buen hombre.

Case se echó a reír al oír aquello.

—¡Ah! —dijo—, veo lo que le sucede. Le ha visitado Galuchet.

Le solían llamar Padre Chanclos, pero Case le daba siempre un toque francés, que era una de las razones por las que lo considerábamos por encima de lo corriente.

—Sí, lo he visto —repuse—. Me pareció que no tenía una gran idea del capitán Randall.

—¡Claro que no! —dijo Case—, fue por la cuestión del pobre Adams. El último día, cuando él agonizaba, estuvo por aquí el joven Buncombe. ¿Conoce a Buncombe?

Le dije que no.

—¡Buncombe es un cura! —rió Case—. Bien, Buncombe pensó que como no había otro sacerdote allí, aparte de los pastores canacos, deberíamos llamar al padre Galuchet para que administrase al viejo los últimos sacramentos. A mí me daba igual, como se figurara; pero le dije que a quien había que consultar era a Adams. Éste deliraba diciendo no sé qué de la copra—. «Mire —le dije— está muy enfermo. ¿Quiere ver a Chanclos?» Él se incorporó sobre un codo: Hablaba con vehemencia, pero con sensatez. No había nada que decir en contra, por lo cual fuimos a buscar a Chanclos, y le dijimos si quería venir. Comprenderá que lo hizo gustosamente. Pero no habíamos contado con Papa. Papa es un severo baptista; no quiere nada con papistas. Y cerró la puerta con llave. Buncombe le dijo que estaba obcecado y yo pensé que le iba a dar un ataque. «¡Obcecado!» —dijo—. «¿Yo obcecado? vivir para oír una cosa semejante de rufianes como tú?» Y se lanzó contra Buncombe, y tuve que separarlos; y de nuevo Adams se puso a delirar acerca de la copra. Yo me reía de todo aquello, cuando de repente Adams se incorporó, se llevó las manos al pecho, y entró en la agonía. Tuvo una mala muerte, el tal John Adams —dijo Case, con un súbito estoicismo.

—¿Y qué sucedió con el sacerdote? —pregunté.

—¿El sacerdote? —dijo Case—. ¡Oh! Golpeaba en la puerta, y pedía a los nativos que vinieran

a echarla abajo, diciendo que se trataba de salvar un alma. El sacerdote estaba furioso. ¿Pero qué se podía hacer? Johnny estaba listo; ya no había más Johnny: y el equipo de la administración se hallaba liquidado. Luego, Randall se enteró de que el cura estaba rezando sobre la tumba de Johnny. Papa estaba borracho, tomó una maza y se dirigió hacia el lugar, y encontró en él al padre Chanclos, de rodillas, rodeado de nativos que lo miraban. Uno pensaría que a Papa no le importaba más que el licor; pero él y el cura se pusieron a discutir durante dos horas, en nativo, y cada vez que Chanclos pretendía arrodillarse, lo atacaba con la maza. Nunca había pasado cosa semejante en Falesá. Al final, el capitán Randall tuvo una especie de ataque, y el cura se salió con la suya. Pero estaba muy enfurecido y se quejó a los jefezuelos de aquel ultraje, como lo llamaba. Aquello no sirvió, pues nuestros jefezuelos son protestantes; y de todos modos Galuchet, había estado molestando con motivo del tambor en la escuela matutina; y ellos se alegraron de darle una paliza. Ahora bien, él jura que el viejo Randall envenenó a Adams, y cuando ambos se encuentran se miran furiosos.

Me contó todo esto con naturalidad, como un hombre que cuenta un chiste; pero ahora que lo pienso, me parece más bien un relato de terror. Sin embargo, Case nunca fue blando, sino más bien duro y todo un hombre; y para decir la verdad me desconcertó enteramente.

Fui a casa y le pregunté a Uma si ella era popey, que era la palabra nativa por católica.

—¡E le ai! —dijo ella. Siempre usaba el nativo cuando quería decir no con energía—. Popey malos —dijo ella. Luego le pregunté acerca de Adams y el cura y ella me contó la misma historia a su modo. Por lo tanto me quedé como estaba, pero inclinado, en general, a pensar que el asunto de la pelea por los sacramentos y lo del veneno eran habladurías. Al día siguiente era domingo, y no había que atender el negocio. Uma me preguntó aquella mañana si no iba a «rezar»: yo le dije que no y ella no volvió a hablarme de aquello. Me pareció muy extraño tratándose de una nativa, de una mujer que tenía ropas nuevas que lucir: pero me gustaba y no volví a mencionarlo. Lo raro es que yo estuve a punto de entrar en la iglesia, una cosa que no pienso olvidar. Había salido a dar un paseo cuando oí que cantaban el himno. Ya se sabe lo que es eso. Cuando la gente canta, uno se siente atraído; y al poco, estaba junto a la iglesia. Era larga y baja, construida de coral, con los extremos redondeados como una ballenera, un gran techo nativo, ventanas sin persiana y entrada sin puerta. Asomé la cabeza por una de las ventanas, y vi un espectáculo nuevo para mí —pues era muy distinto de lo que había visto en otras islas—. Por lo tanto me quedé mirando. La congregación estaba sentada en el suelo, sobre esterillas, las mujeres a un lado, los hombres al otro, todos ellos vestidos de fiesta —las mujeres con vestidos y sombreros, los hombres con chaqueta y camisa blancas—. El himno había terminado; el pastor, un fuerte canaco, se hallaba en el púlpito, predicando, y por el modo en que hablaba y movía las manos y parecía discutir con los feligreses, comprendí que el sermón lo arrebatara. Bien, de pronto alzó la vista, sus ojos tropezaron con los míos y podría decir que se tambaleó en el púlpito; los ojos se le salieron de las órbitas, alzó una mano, y me señaló, como en contra de su voluntad y allí terminó el sermón.

No es agradable confesarlo, pero huí; y si me volviera a suceder lo mismo mañana, echaría a correr exactamente igual. Ver que el canaco interrumpía el sermón sólo por verme, me produjo la sensación de que el mundo se me venía encima. Me fui a casa y me quedé allí, sin decir nada. Se podía pensar que iría a hablar de ello a Uma, pero aquello iba en contra de mi temperamento. También se podría pensar que fui a consultar con Case; pero lo cierto es que me daba vergüenza, pues creía que se me iba a reír en la cara. Por lo tanto, mantuve silencio y reflexioné; y cuanto más reflexionaba, menos me gustaba aquello.

El lunes por la noche comprendí claramente que me habían declarado tabú. Había abierto un almacén nuevo y durante dos días no había entrado nadie en él, cosa increíble. —Uma —dije—.

Creo que soy tabú. —Yo también lo creo —dijo ella.

Medité si debía preguntarle más, pero es malo consultar con los nativos, por lo cual fui a ver a Case. Era de noche y él estaba sentado solo. Como acostumbraba, fumando.

—Case —dije— ocurre algo raro. Me han declarado tabú. —¡Bobadas! —dijo él—, en estas islas no se acostumbra. —Puede que sea así —dije yo—. Sí se acostumbraba donde estuve antes. Sé muy bien lo que es eso; y puedo decirle categóricamente que me han declarado tabú.

—Muy bien —dijo él—, ¿qué ha estado haciendo?

—Eso es lo que quiero averiguar —le contesté.

—Oh, no puede ser —dijo él—; no es posible. Sin embargo, le diré lo que voy a hacer. Para tranquilizarlo, voy a dar una vuelta por ahí para enterarme. Mientras tanto, entre y hable con Papa.

—Gracias —le dije—, prefiero quedarme aquí en la galería. Su casa es muy cerrada.

—Entonces, le diré a Papa que venga aquí —dijo él.

—Mi querido amigo —le contesté—, preferiría que no lo hiciera. La verdad es que no le tengo simpatía al señor Randall. Case se echaba reír, tomó una linterna del almacén, y se dirigió al poblado. Estuvo ausente quizás un cuarto de hora, y parecía muy serio cuando regresó.

—Bueno —empezó, dejando la linterna en los escalones de la galería—, nunca lo habría creído. No sé hasta qué extremo va a llegar el atrevimiento de estos canacos; parece ser que han perdido toda idea de respeto hacia los blancos. Lo que necesitamos es un buque de guerra (alemán, si fuera posible) porque ellos saben cómo tratar a los canacos.

—¿Entonces me han declarado tabú? —exclamé.

—Algo por el estilo —me dijo—. Es lo peor que he conocido hasta ahora. Pero lo apoyaré, Wiltshire, de hombre a hombre. Venga aquí mañana, a eso de las nueve, y hablaremos con los jefes. Me tienen miedo, o solían tenérmelo; pero les han hinchado tanto las cabezas ahora, que no sé qué pensar. Compréndame, Wiltshire; no considero que esto sea un problema suyo —prosiguió, con gran resolución—. Lo considero nuestra lucha, lo considero la Lucha del Hombre Blanco, y lo apoyaré en todo momento; le doy mi mano en señal de apoyo. —¿Ha descubierto cuál es el motivo? —le pregunté.

—Todavía no —dijo Case—. Pero mañana lo arreglaremos todo con ellos.

En conjunto, quedé muy satisfecho con su actitud, y casi más al día siguiente, cuando nos encontramos para ir a ver a los jefes, al verlo tan severo y resuelto. Los jefes nos aguardaban en una de sus grandes casas ovaladas, que descubrimos desde muy lejos por la multitud que había en torno a ella, por lo menos cien personas, entre hombres, mujeres y niños. Muchos de los hombres iban camino del trabajo y llevaban coronas verdes, y eso me hizo pensar en el primero de mayo de mi país. La multitud se abrió para dejarnos pasar a los dos, con muchos murmullos y una repentina y colérica animación. Había allí cinco jefes; cuatro de ellos eran hombres de aspecto majestuoso, el quinto viejo y arrugado. Estaban sentados sobre esterillas, vestidos con chaquetas y faldellines blancos; tenían abanicos en las manos, como las damas elegantes; y dos de los más jóvenes llevaban medallas católicas, lo que me hizo reflexionar a mí. Nuestro lugar estaba dispuesto, y las esterillas preparadas frente a las de los personajes, en el lado más cercano de la casa; el centro estaba vacío; la multitud, a nuestras espaldas, murmuraba, estiraba la cabeza y se empujaba para mirar, y sus sombras danzaban delante de nosotros sobre los limpios guijarros del suelo. A mí me irritó un poco la excitación del pueblo, pero el aspecto cortés y tranquilo de los jefes me tranquilizó, y más aún cuando el que hablaba en nombre de ellos inició un largo discurso en voz baja, agitando a veces las manos en dirección a Case, a veces en dirección mía, y otras golpeando con los nudillos la esfera. Una cosa estaba muy clara: no había ni señales de cólera en los jefes.

—¿Qué está diciendo? —le pregunté, cuando hubo terminado.

—¡Oh!, que se alegran de verlo, y que por lo que les dije comprenden que usted quiere protestar de algo, de modo que hable y ellos harán lo que sea justo.

—Tardó mucho tiempo en decirlo —le contesté.

—¡Oh!, el resto eran cortesías y bonjour y todo lo demás —dijo Case—. Ya sabe cómo son los canacos.

—Bueno, pues no van a sacarme muchos bonjour a mí —le repliqué—. Dígales quien soy yo. Soy un blanco, un súbdito británico, y un gran jefe en mi país; y he venido aquí a hacerles bien, a traerles la civilización; ¡y en cuanto ordené mis mercaderías, ellos me declaran tabú, y nadie se atreve a acercarse a mi casa! Dígales que no pienso protestar por nada que sea legal, y que si lo que quieren es un regalo, haré lo que sea justo. No censuro que los hombres busquen su ventaja, porque está en la naturaleza humana; pero si creen que me van a convencer con sus ideas nativas, están equivocados. Y dígales con toda claridad que exijo una explicación de este trato, como blanco y súbdito británico.

Ese fue mi discurso. Sé cómo hay que tratar con los canacos. Hay que hablarles con sentido común y tratarlos bien y (tengo que hacerles justicia) ellos se avendrán siempre a razones. No tienen un verdadero gobierno, ni una ley verdadera y eso es lo que hay que meterles en la cabeza; y aunque los tuvieran, sería una mala broma que trataron de aplicárselos a un blanco. Sería algo muy extraño que viniéramos hasta tan lejos y no pudiéramos hacer lo que nos pareciera. El sólo pensarlo siempre me irritaba, y dije lo que tenía que decir con bastante energía. Luego, Case lo tradujo (o mejor dicho, fingió hacerlo) y el primer jefe replicó, y luego el segundo, y luego el tercero, todos en el mismo estilo, con tranquilidad y suavidad, pero solemnes debajo de todo eso. Una vez le hicieron una pregunta a Case, y él la contestó, y todos ellos (jefes y pueblo) se echaron a reír a carcajadas y me miraron. Por fin, el viejo arrugado, y el jefe joven y fuerte que habló el primero empezaron a preguntarle a Case una especie de catecismo. A veces, comprendía que Case trataba de esquivarse, pero ellos insistían como sabuesos, y el sudor le corría por la cara, lo que no era para mí un espectáculo muy agradable, y al oír algunas de sus respuestas la multitud gemía y murmuraba, lo que era aún peor de oír. Era una verdadera lástima que yo no supiera el idioma nativo, porque (como ahora supongo) le estaban haciendo a Case preguntas acerca de mi matrimonio, y a él le debía haber costado mucho convencerlos de lo que quería. Pero Case podía arreglárselas solo; tenía la inteligencia suficiente para gobernar un parlamento.

—Bueno, ¿eso es todo? —le dije, después de una pausa. —Venga conmigo —me contestó, secándose la cara—: se lo contaré todo afuera.

—¿Quiere decir que no piensan levantarme el tabú? —exclamé.

—Es algo raro —dijo—. Se lo diré afuera. Será mejor que salgamos.

—No estoy dispuesto a resignarme —exclamé—. No soy un hombre de esa clase. No soy de los que dan la vuelta y huyen ante un puñado de canacos.

—Bien lo sé —dijo Case.

Me miró intencionadamente; y los cinco jefes me miraron también con cortesía, pero con hostilidad; y los demás me miraron con irritación. Recordé a la gente que vigilaba mi casa;

y cómo el pastor se había estremecido en su púlpito sólo al verme; y todo aquello me pareció tan absurdo que me levanté y seguí a Case. La multitud nos dejó pasar, los chicos corrieron gritando, y nosotros dos, los blancos, nos alejamos mientras nos observaban.

—¿A qué viene todo esto? —dije.

—La verdad es que yo no lo comprendo. No le quieren —dijo Case.

—¡Y por eso me declaran tabú! —exclamé—. ¡Nunca oí cosa semejante!

—Es algo peor —repuso Case—. No le han declarado tabú. Ya le dije que eso no podía ser. La gente no quiere acercársele, Wiltshire, eso es todo.

—No quieren acercármeme. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Por qué no quieren acercarse a mí? —exclamé.

Case vaciló:

Al parecer tienen miedo —dijo en voz baja. Me detuve.

—¿Miedo? —repetí—. ¿Se ha vuelto loco, Case? ¿De qué tienen miedo?

—Querría saberlo —repuso Case moviendo la cabeza—. Al parecer es una de sus supersticiones. Por eso no lo entiendo —dijo—. Es como el caso de Vigours.

—Me gustaría saber lo que quiere usted decir con eso —le dije.

—Bien, ya sabe que Vigours huyó, abandonando todo —dijo él. Fue por causa de una superstición, no sé de cuál; pero comenzó a tener muy mal cariz desde el principio.

—Yo he oído contar una historia diferente —dije— y conviene que se lo diga; me dijeron que huyó por causa de usted.

—¡Oh, creo que le daría vergüenza contar la verdad! —dijo Case—. Creo que pensaría que era una tontería. Y es cierto que yo lo despedí. ¿Qué harías tú? —me dijo—. «Vete y no lo pienses dos veces», repuse. Me alegré mucho de que se fuese. No se me ocurría volver la espalda a un camarada cuando está en mala situación, pero había demasiados inconvenientes en el pueblo y no sabía cómo iba a terminar aquello. Yo hice mal en estar tanto con Vigours. Ahora me lo reprochan. ¿Ha oído cómo Maea, el gran jefe, el joven decía «Vika»? Era él a quien se referían. No parecen haberlo olvidado.

—Todo eso está muy bien —dije—, pero no me dice lo que pasa.

—Querría saberlo —repuso Case—. Pero no puedo decirle más.

—Podría haberles preguntado —dije.

—Ya lo hice —repuso él—. Pero usted habrá visto, si no es ciego, que no conseguí nada. Llegué hasta donde se podía en defensa de otro blanco; pero estando aquí tengo que pensar en mí primero. Lo malo es que soy demasiado bueno. Y me permito decirle que debería mostrar más gratitud hacia el hombre que se ha molestado tanto por usted.

—En eso estoy pensando —dije—. Fue usted un necio estando tanto en compañía de Vigours. Afortunadamente, no lo ha hecho en mi caso. No ha venido a mi casa una sola vez. Hable: ¿usted sabía esto antes?

—No —dijo él—. Es cierto que no fui a visitarle. Fue un descuido y lo lamento, Wiltshire. Pero ahora está completamente claro.

—¿Quiere decir que no vendrá? —pregunté.

—Lo siento muchísimo, amigo mío, pero esa es la verdad —dijo Case.

—En resumen, tiene usted miedo —dije—. En resumen, tengo miedo —repuso.

—¿Y yo soy tabú por nada? —pregunté.

—Le dije ya que no es tabú —dijo él—. Los canacos, no quieren acercarse a usted, eso es todo. ¿Y quién va a obligarlos? Debo confesar que nosotros los comerciantes tenemos mucho ánimo; hacemos que estos pobres canacos abandonen sus leyes y sus tabúes, siempre que nos conviene. Pero no puede esperar que haya una ley que obligue a la gente a entrar en su almacén si no quiere. ¿No va a creer que podemos hacerlo? Y tengo que recordarle, Wiltshire, que yo soy también un comerciante.

—Yo no hablaría de valor si fuera usted —dije—. Aquí yo sólo veo una cosa: ninguna de esta gente quiere negociar conmigo, y toda va a negociar con usted. Usted tendrá la copra y yo me iré al

demonio. Y yo no conozco el nativo, usted es el único hombre digno de mención que habla en inglés aquí, ¡y viene a decirme que mi vida corre peligro, pero que no sabe a qué se debe!

—Bien, eso era todo lo que tenía que decirle —dijo él—. No creo que me gustase saberlo.

—¡Y se vuelve de espaldas y me deja solo! ¿Esa es su postura? —pregunté.

—Si quiere ponerlo así, pero yo no lo diría. Sólo digo: Voy a mantenerme alejado de usted, pues de lo contrario voy a ponerme en peligro.

—¡Bien! —repuse—. ¡Es usted un lindo ejemplar de blanco!

—Comprendo que esté molesto —repuso—. Yo lo estaría. Le presento mis excusas.

—Perfectamente —dije—. Vaya a presentar sus excusas a otra parte. ¡Éste es mi camino, vaya usted por el suyo!

Así nos separamos y yo me fui directamente a casa y hallé a Uma probándose la mercadería como si fuese un niño. —Deja esas cosas —dije—. Tengo otras cosas de que preocuparme. ¡Y creo que te dije que preparases la comida! Entonces le hablé ásperamente, como se merecía. Ella se cuadró ante mí, como un centinela ante su oficial; pues debo confesar que siempre estuvo bien educada y mostró gran respeto hacia los blancos.

—Y ahora tienes que entender una cosa: ¿por qué soy tabú? O si no soy tabú, ¿por qué no se acercan a mí?

Ella me miró abriendo mucho los ojos. —¿No lo sabes? —dijo por fin.

—¡No! ¿Cómo iba a saberlo? En mi país no existen esas cosas.

—¿Ése no te lo dijo? —preguntó ella de nuevo.

(Ése era el nombre que los nativos daban a Case; podía significar extranjero o extraordinario; o una manzana; pero lo más probable era que fuese su nombre mal repetido por los canacos.)

—No me ha dicho casi nada —dije yo. —¡Maldito Ése! —exclamó ella.

Podía considerarse chistoso oír que una muchacha canaca lanzaba un juramento. Pero no era así. Ella no sentía cólera y hablaba seriamente. Permanecía en pie, mientras decía aquello. Nunca había oído a una mujer que hablase así y me asombró. Luego hizo una reverencia, pero con orgullo y extendió las manos.

—Me avergüenzo —dijo—, creí que lo sabías. Ése me dijo que lo sabías, que no te importaba, que me amabas mucho. Yo soy la tabú —me dijo llevándose las manos al pecho como hizo la noche de bodas—. Sí, yo soy tabú, tabú tú también. Entonces si yo me voy, el tabú se irá también. Entonces tendrás la copra. Creo que es lo que prefieres, Tofa alii —dijo en nativo—. Adiós jefe.

—No vayas tan de prisa —dije. Me miró sonriendo.

—Tú te quedas con la copra —dijo como el que ofrece dulces a un niño.

—Urna, atiende a razones. Yo no sabía eso, en verdad y Case parece habernos jugado una mala pasada a los dos. Pero ahora lo sé y no me importa; te amo demasiado. No me dejes, lo sentiría mucho.

—Tú no me amas —exclamó ella—, ¡me has dicho malas palabras! —Y arrojándose a un rincón de la habitación, comenzó a llorar.

Bien, no soy ningún sabio, pero no había nacido ayer y pensé que lo peor había pasado ya. Sin embargo, ella yacía de cara a la pared —sollozando como una niña—. Es extraño lo que le pasa a un hombre cuando está enamorado; pues hay que decir lo que era: canaca y todo yo me había enamorado de ella. Traté de coger su mano, pero ella no lo consintió.

—Uma —dije—, no tiene sentido llorar de esa manera. No llores, yo quiero a mi mujercita. Te lo juro.

—No es verdad —sollozó.

—Está bien —dije—. Esperaré hasta que se te haya pasado y me senté junto a ella en el suelo, y le acaricié el cabello. Al principio se resistió; pero luego pareció no advertirlo; luego sus sollozos se fueron calmando, y alzó el rostro hacia mí.

—¿Dices la verdad? ¿Quieres que me quede? —preguntó.

—Uma —dije—. Te prefiero a toda la copra de los Mares del Sur —lo cual era mucho, y lo más raro de todo es que era verdad.

Uma me echó los brazos al cuello y pegó su rostro al mío que es la manera de besar que tienen los nativos, y me mojó con sus lágrimas. Nunca había tenido tan cerca de mí a nadie que no fuese aquella mujer. Eran muchas cosas juntas y todas contribuían a volverme loco. Uma era muy linda; al parecer era mi única amiga en aquel lugar; y yo estaba avergonzado de haberle hablado con dureza, pues era una mujer, mi esposa, y yo sentía en la boca la sal de sus lágrimas. Me olvidé de Case y de los nativos; y de aquella historia, o si la recordaba era para desechar el recuerdo; y me olvidé de qué había venido, no tendría copra, y no podría por lo tanto ganarme la vida; me olvidé de mis empleadores, del flaco servicio que les prestaba, al preferir mis caprichos a sus negocios; y me olvidé de que Uma no era realmente mi mujer, sino una muchacha engañada miserablemente. Pero eso es ir demasiado lejos. Volvamos, a lo inmediato.

Era tarde cuando pensamos en comer. La lumbre estaba apagada, y el fogón frío; pero lo encendimos al cabo de un tiempo y cada cual preparamos un plato, jugando como los niños. Y yo anhelaba de tal modo su proximidad que comí con ella sentada en mis rodillas, sujetándola con una mano y comiendo con la otra. Y más aún. Uma era la peor cocinera que haya hecho Dios; las cosas que preparaba no las habría comido un caballo; sin embargo aquel día comí lo que ella había preparado, y no tuve que esforzarme para encontrarlo bueno.

No me engañé, ni la engañé. Vi que estaba enamorado; y si ella quería burlarse de mí, lo haría. Y creo que esto fue lo que la hizo hablar, pues entonces dijo que éramos amigos. Me dijo muchas cosas sentada en mi regazo y comiendo de mi plato mientras yo comía del suyo; muchas cosas acerca de su madre y de Case, todas ellas muy aburridas, si las hubiera tenido que considerar, pero de las cuales daré una idea, por la importancia que tuvieron en mis asuntos como pronto se verá.

Al parecer Uma nació en una de las Islas de la Línea; estuvo allí sólo dos o tres años, y luego vino con un hombre blanco que estaba casado con su madre que ya había muerto; en Falesá sólo llevaba un año. Antes se habían movido mucho, siguiendo al hombre blanco, que era una de esas piedras sueltas que van en busca de un trabajo fácil. Hablan de buscar oro, cuando ven un arco iris; pero si un hombre busca un empleo que le dure toda la vida, debe comenzar por un trabajo fácil. Eso le proporciona de comer y de beber, pues nunca se ha oído que muera de hambre y rara vez se los encuentra sobrios; y en cuanto a deportes, las peleas de gallos no se cuentan entre sus favoritos. Sea como fuese, aquel aventurero llevaba a madre e hija de un lado a otro, pero principalmente a las islas lejanas, donde no había policía y podía hallar el trabajo fácil. Yo tengo mi criterio de toda la historia, pero me alegré que hubiera mantenido a Uma alejada de Apia, Papeete y todas aquellas elegantes ciudades. Finalmente llegó a Falealii, tuvo trabajo —¡sabe Dios cómo!—, lo echó a perder como solía, y murió pobre, en una tierra de Falesá que obtuvo en pago de una deuda, y que fue todo cuanto dejó a su mujer e hija. Al parecer, Case animó a las dos todo cuanto pudo y las ayudó a construir la casa. Entonces era bondadoso, dio trabajo a Uma y no cabe duda de que cuidó de ella desde el primer momento. Sin embargo, apenas instaladas apareció un nativo joven que se quiso casar con ella. Era un jefecillo, tenía algunas finas esterillas y viejos cánticos de familia, y era «muy buen mozo», al decir de Uma; y todo ello era extraordinario tratándose de una forastera sin dinero.

Al principio sentí unos violentos celos.

—¿Y quieres decir que te habrías casado con él? —exclamé.

—Ioe, sí —dijo ella—. ¡Me gustaba mucho!

—¿Y si yo hubiera llegado después?

—Ahora me gustas más tú —dijo ella—. Pero si me hubiera casado con Ioane, habría sido una buena esposa. No soy una canaca común. ¡Soy una buena chica! —dijo.

Bien, tuve que contentarme con aquello, pero les aseguro que no me gustó nada. Y me alegré del final del cuento más que del principio. Pues parece que esta proposición de matrimonio fue el principio de todo. Al parecer antes de aquello Uma y su madre habían estado mal miradas en la isla; e incluso cuando Ioane se presentó, hubo al principio menos inconvenientes de los que se esperaban. Y luego, de repente, unos seis meses antes de mi llegada, Ioane se marchó de la isla, y desde aquel día Uma y su madre se habían visto aisladas. Nadie iba a su casa, nadie les hablaba en la calle. Cuando iban a la iglesia, las otras mujeres se llevaban las esterillas lejos de ellas. Era como una excomuniación real de la Edad Media, pero su causa no se conocía. Era algún tala pepelo, dijo Uma, algún embuste, alguna calumnia; y ella creía que eran las muchachas celosas por la suerte que ella había tenido con Ioane que se vengaban cuando él la dejó, y le gritaban, cuando la veían en el bosque, que no se casaría.

—Decían que ningún hombre se casaría conmigo. Que tendría miedo —dijo.

El único que fue a verlas después de aquella deserción fue Case. Incluso él, no prodigaba sus visitas y solía venir de noche; pero pronto comenzó a cortejar a Uma. Yo estaba aún irritado por lo de Ioane, y cuando salió a relucir Case, del mismo modo, la paré en seco.

—Bien —dije sonriendo—, ¿supongo que encontrarías a Case «muy buen mozo» y te «gustaría mucho?».

—No digas tonterías —dijo ella—. El hombre blanco, viene aquí, yo me caso con él y sigo siendo canaca; él se casa conmigo como con una blanca. Supongamos que no se casa, que se marcha. Todos son iguales, corazón de Tonga, no pueden amar. Pero tú vienes y te casas conmigo. Eres un gran corazón... no tienes vergüenza de que sea una isleña. Yo te amo mucho por eso. Estoy muy orgullosa.

Creo que no me he sentido peor en ningún día de mi vida. Dejé el tenedor, y aparté a la «isleña»; misteriosamente no sabía qué hacer con ninguna de las dos cosas, y me puse a pasear por la casa, mientras Uma me seguía con ojos preocupados. Pero yo no sabía qué decir. Tanto deseaba y temía hacer una confesión de todo ello. Y entonces llegó hasta nosotros el ruido del mar; se oyó repentinamente claro y próximo cuando el barco dobló el cabo, y Uma corrió a la ventana, y gritó que «Misi» venía a hacer una de sus visitas periódicas.

Pensé que era raro que yo me alegrase de recibir a un misionero; pero era lo cierto.

—Urna —dije—, quédate en esta habitación y no te muevas de ella hasta que yo haya vuelto.

Cuando salí a la galería, la barca de la misión se dirigía a la embocadura del río. Era un largo ballenero pintado de blanco; un pequeño toldo a proa; un pastor nativo sentado en la toldilla de popa, al timón; unos veinticuatro remos que brillaban y se hundían al compás de la canción marinera; y el misionero bajo el toldo, con sus ropas blancas, leyendo un libro. Era algo lindo de ver y oír; no hay mejor espectáculo en las islas que una barca misionera con una buena tripulación que sepa cantar bien; y yo lo contemplé durante medio minuto, quizá con un poco de envidia, y luego bajé despacio hacia el río.

Desde el lado opuesto, otro hombre se dirigía al mismo lugar, pero echó a correr y llegó primero. Era Case; sin duda su idea era apartarme del misionero, que podía servirme de intérprete; pero mis pensamientos estaban en otra cosa. Pensaba en cómo nos engañó en lo del matrimonio, probando primero con Uma; y al verle, la rabia se me escapó por la nariz.

—¡Márchese de aquí, ladrón tramposo! —le grité.

—¿Qué es lo que dice? —me preguntó.

Volví a repetírselo, remachándolo con un buen juramento.

—Si lo pillo alguna vez a menos de seis brazas de mi casa —grité—, le meteré una bala en su miserable cuerpo. —Puede hacer lo que quiera con su casa —me contestó—, porque no pienso ir a ella; pero éste es un lugar público.

—Es un lugar donde tengo un asunto privado —le dije—. No me gusta que un perro como usted ande husmeando, y se lo aviso para que se marche.

—Pues no lo acepto —dijo Case.

—Ya le enseñaré yo —le contesté.

—Eso, lo veremos —dijo él.

Sabía usar con rapidez sus manos, pero le faltaban estatura y peso, pues era una miserable criatura frente a un hombre como yo, y, además, la cólera ardía en mí con tal fuerza que habría podido partir una piedra. Le pegué una y otra vez, sintiendo cómo se le sacudía y crujía su cabeza, y luego él cayó.

—¿No ha tenido bastante? —grité. Pero él se limitó a alzar

la cabeza, pálido y perplejo, con la cara manchada de sangre como una servilleta de vino—.

¿No ha tenido bastante? —le grité de nuevo—. Hable y no se quede ahí quieto, o le daré un puntapié.

Él se sentó al oír eso y se sujetó la cabeza (por su aspecto se comprendía que le daba vueltas) y la sangre empezó a caerle sobre el pijama.

—He tenido bastante por esta vez —dijo, y se levantó tambaleándose y se fue por donde había venido.

El barco se acercaba; vi que el misionero dejaba el libro, y sonreí para mis adentros «Así sabrá que soy un hombre», pensé.

Era la primera vez, en todos mis años de Pacífico, que cambiaba dos palabras con un misionero y, menos aún, para pedirle un favor. No me gustaban los misioneros, a ningún comerciante le gustan; nos miran con desdén, sin ocultarlo y, además, están bastante caniguizados, y prefieren el trato con los nativos que con los hombres blancos como ellos. Yo me había puesto un pijama rayado limpio... porque, desde luego, había querido vestirme decentemente para presentarme ante los jefes; pero cuando vi al misionero bajar del barco con su uniforme, su traje blanco, su casco colonial, su camisa

y corbata blancas, y calzado con botas amarillas, me entraron ganas de tirarle piedras. Cuando se acercó, mirándome con bastante curiosidad (me imagino que por la pelea), vi que parecía muy enfermo, porque la verdad era que tenía fiebre y acababa de sufrir un ataque en el barco.

—¿El señor Tarleton, verdad? —dije, porque me habían dado su nombre.

—¿Y usted, me imagino, es el nuevo comerciante? —dijo él.

—Antes que nada quiero decirle que no le tengo simpatía a las misiones —continué— y creo que usted y los suyos hacen mucho daño, llenándole a los nativos la cabeza con cuentos de vieja y estupideces.

—Usted tiene un perfecto derecho a exponer sus opiniones —me contestó, mirándome con cierto mal humor—, pero yo no tengo la obligación de escucharlas.

—Pues da la casualidad de que las tiene que escuchar —dije—. No soy misionero ni amigo de los misioneros; no soy un canaco, ni favorecedor de los canacos... no soy más que un comerciante; no soy más que un condenado, despreciable y vulgar blanco y súbdito británico, uno de esos hombres en los que le gustaría limpiarse las botas. ¡Creo que está bien claro!

—Sí, hombre —me contestó—. Mucho más claro que loable. Cuando esté sobrio, se arrepentirá de esto.

Trató de seguir adelante, pero yo lo retuve con la mano. Los canacos empezaban a gruñir. Creo que no les gustaba mi tono, porque le hablaba a aquel hombre con la misma libertad con que lo hablaría a usted.

—Ahora, no podrá decir que lo engañé —dije—, puedo continuar. Necesito un servicio... en realidad, necesito dos servicios; y, si usted quiere hacérmelos, tal vez me interesaré más por lo que usted llamaría su cristianismo.

Él guardó silencio un momento. Luego, sonrió. —Es usted un hombre bastante extraño —me dijo. —Soy la clase de hombre que Dios me hizo —le contesté—. No pretendo ser un caballero.

—Yo no estaría tan seguro —me dijo—. ¿Y en qué puedo servirlo, señor?...

—Wiltshire —dije—, aunque generalmente me llaman Welsher; pero como se debe decir es Wiltshire, si la gente de la playa quisiera emplear bien sus lenguas. ¿Y qué quiero? Bueno, le diré lo primero. Soy lo que usted llamaría un pecador (lo que yo llamo un sinvergüenza) y quiero que me ayude a resarcir a una persona a quien engañé.

Él se volvió y habló a su tripulación en idioma nativo.

—Y ahora estoy a su disposición —me dijo—, pero sólo mientras mi tripulación come. Tengo que estar mucho más abajo de la costa antes de que sea de noche. Tuve que demorarme esta mañana en Papa-Malulu, y mañana por la noche tengo un compromiso en Fale-alii.

Lo conduje hasta mi casa en silencio, y bastante satisfecho de mí mismo por el cómo había llevado la conversación, porque me gusta que un hombre conserve su respeto de sí mismo. —Lamento haberlo visto pelear —me dijo él.

—Oh, eso es parte de la historia que quería contarle —dije—. Es el servicio número dos. Después de que la haya escuchado, me dirá si lo lamenta o no.

Atravesamos el almacén, y a mí me sorprendió ver que Uma había retirado los cacharros del desayuno. Era algo tan poco propio de ella, que comprendí que lo había hecho por gratitud, y me gustó más aún. Ella y el señor Tarleton se llamaban por sus nombres y él la trataba, al parecer, con mucha cortesía. Pero pensé un poco y me dije: siempre tienen cortesía con los canacos; a nosotros, los blancos, son los que tratan con soberbia. Aparte de que yo necesitaba en aquel momento al señor Tarleton. Iba a pedirle lo que quería.

—Uma —dije—, danos tu certificado de matrimonio —ella me miró enojada—. Vamos —dije—, puedes confiar en mí. Dámelo.

Ella lo llevaba encima, como de costumbre; creo que pensaba que era un pase para el cielo y que si moría sin tenerlo a mano iría al infierno. No pude ver dónde lo había puesto la primera vez, no pude ver ahora de dónde lo sacó; parecía que le había saltado de la mano, como en ese asunto de la Blavatsky esa de que hablan los diarios. Pero pasa lo mismo con todas las mujeres de la isla, creo que se lo enseñan cuando son jóvenes.

—Ahora bien —empecé, con el certificado en la mano; Black Jack, el negro, me casó con esta muchacha. Case extendió el certificado, y le juro que es un lindo trozo de literatura. Desde entonces, me he enterado de que hay una especie de maldición en el lugar contra mi mujer y que, mientras viva con ella no puedo negociar. Ahora bien, ¿qué haría en mi lugar cualquier hombre, que fuera hombre? —le pregunté—. Creo que lo primero que haría sería esto —y tomé el certificado, lo desgarré y tiré los trozos al suelo.

—¡Aué! —gimió Uma y empezó a batir palmas; pero yo tomé una de sus manos en las mías.

—Y la segunda cosa que haría —continué—, si era lo que yo llamo un hombre, y usted llamaría un hombre, señor Tarleton, sería llevar a la muchacha delante de usted o de cualquier otro misionero, y decirle: «Me casaron mal con mi esposa, pero yo la quiero mucho, y ahora quiero que me casen bien.» Empiece, señor Tarleton. Y creo que será mejor que lo haga en idioma nativo; eso le gustará a la vieja —dije, dándole el nombre que debía darse a una esposa.

Así que trajimos a dos de la tripulación como testigos, y nos casaron en nuestra propia casa; y el pastor rezó bastante, debo decirlo (aunque no tanto como otros) y nos estrechó las manos a los dos.

—Señor Wiltshire —me dijo, después de extender el certificado y despedir a los testigos—, tengo que darle las gracias por el gran placer que me dio. Rara vez realizo la ceremonia del matrimonio con tal emoción de agradecimiento.

Eso era lo que usted llamaría ganas de hablar. Además, iba a seguir con más cosas por el estilo, y yo estaba dispuesto a aguantar todas sus mieles, porque me sentía contento. Pero a la mitad del matrimonio algo le había llamado la atención a Uma, y nos interrumpió.

—¿Cómo te lastimaste la mano? —preguntó. —Pregúntaselo a la cabeza de Case, vieja —le dije. Ella saltó de alegría, cantando.

—No parece que haya conseguido usted hacerla muy cristiana —le dije al señor Tarleton.

—No nos parecía una de las peores —me contestó él cuando estaba en Fale-alii; y si Uma tiene mala voluntad a alguien, me sentiría tentado a pensar que es con buen motivo.

—Bueno, ahora viene el servicio número dos —dije—. Quiero contarle nuestra historia, para ver si usted nos la puede aclarar algo.

—¿Es larga? —me preguntó.

—Sí —exclamé—, es una historia bastante larga. —Bueno, le concederé todo el tiempo de que dispongo —me dijo, mirando su reloj—. Pero le diré con franqueza que no he comido desde esta mañana y que, a menos que me dé algo, lo más probable es que no vuelva a comer antes de las siete u ocho de la noche.

—¡Le daremos de comer, vive Dios! —exclamé.

Me avergonzó un poco mi juramento, cuando todo marchaba bien; y supongo que el misionero pensaba lo mismo, pero fingió mirar por la ventana y nos dio las gracias.

De modo que le dimos de comer. Tenía que dejar que la vieja preparara parte de ella, para lucirse, así que le dejé que hiciera el té. Creo que nunca he visto un té como el que nos sirvió. Pero eso no fue lo peor, porque se apoderó del salero, que consideraba un toque europeo extra, y convirtió

mi estofado en agua del mar. En conjunto, el señor Tarleton cenó bastante mal; pero se entretuvo bastante, porque mientras cocinábamos y después, mientras fingía comer, yo le puse al corriente de todo lo relativo a Case y la playa de Falesá, y él me hacía preguntas para demostrarme que me seguía con atención.

—Bueno —dijo por fin—, me temo que tiene un enemigo peligroso. El tal Case es muy inteligente, y me parece realmente malo. Le confieso que hace más de un año que no le quito el ojo de encima, y siempre salí mal en nuestros encuentros. Aproximadamente por la época en que el representante de su firma huyó tan de repente, recibí una carta de Namu, el pastor nativo, rogándome que viniera a Falesá lo antes posible, pues su grey estaba «adoptando las prácticas católicas». Yo tenía mucha confianza en Namu; me temo que eso sólo demuestra con qué facilidad nos engañan. Nadie podía escucharlo predicar sin persuadirse de que era un hombre de extraordinarias cualidades. Todos nuestros isleños adquieren con facilidad cierta elocuencia, y pueden decir e ilustrar, con gran vigor y fantasía, sermones de segunda mano; pero los sermones de Namu eran suyos, y no puedo negar que vi en ellos un medio de la gracia. Más aún, siente una aguda curiosidad por las cosas seculares, no le asusta trabajar, es un hábil carpintero, y se ha hecho respetar tanto por los pastores de las cercanías, que lo llamamos, medio en serio y medio en broma, el Obispo de Oriente. En una palabra, me sentía orgulloso de él; por eso, su carta me intrigó aún más y me apresuré a venir aquí. La mañana anterior a mi llegada, había enviado a Vigours, a bordo del Lion, y Namu estaba perfectamente tranquilo, al parecer avergonzado de haber escrito su carta, y poco dispuesto a explicarla. Eso, desde luego, era algo que yo no podía permitir, y él terminó confesándome que le había preocupado mucho descubrir que su gente se santiguaba, pero que desde que se enteró de la explicación se había quedado tranquilo. Porque Vigours tenía Mal de Ojo, algo muy común en un país de Europa llamado Italia, donde los hombres morían a menudo por culpa de ese maleficio, y que parecía ser que la señal de la cruz era un amuleto contra su poder.

—»Y yo lo explico de este modo, Misj —dijo Namu—: el país ése de Europa es un país papista, y el demonio del Mal de Ojo debe ser un demonio católico o, por lo menos, acostumbrado a las costumbres católicas. De modo que razoné así: si la señal de la cruz se usara a la manera papista sería un pecado, pero si sólo se usa para proteger a los hombres contra un demonio, lo que en sí es una cosa inofensiva, la señal también tiene que serlo, del mismo modo que una botella no es buena ni mala, si no inofensiva. Porque la señal tampoco es buena ni mala. Pero si la botella está llena de ginebra, la ginebra es mala; y si la señal se hace por idolatría, la idolatría es mala.

»Y, cosa muy propia de un pastor nativo, tenía un texto acerca de la expulsión de los demonios.

»¿Y quién te ha hablado acerca del Mal de Ojo?» —le pregunté.

Reconoció que era Case. Ahora bien, pensará que tengo muy estrecho el criterio, señor Wiltshire, pero debo confesarle que me disgustó, y no podía creer que un comerciante y que no tenía nada de bueno, pudiera aconsejar o tener influencia alguna sobre mis pastores. Y, aparte de eso, habían corrido habladurías por la región acerca de que el viejo Adams había sido envenenado a las que no presté mucha atención; pero las recordé en aquel momento.

»—¿Y ese tal Case es un hombre de vida santa? —le pregunté.

»—Él reconoció que no; porque, aunque no bebía, era demasiado amigo de las mujeres y no tenía religión.

»Pero no es fácil tener la última palabra con un hombre como Namu. Un momento después me presentaba un ejemplo.

»—"Mis" —dijo— usted me contó que había muchos hombres sabios, que no eran pastores, ni santos, y que sabían muchas cosas dignas de enseñarse..., por ejemplo acerca de los árboles, y los

animales, y de los libros impresos, y de las piedras que se queman para hacer cuchillos con ellas. Esos hombres

enseñan en la escuela y ustedes aprenden con ellos, pero cuidando bien de no aprender a ser malos. Misj, Case es mi escuela.

«—No sabía qué decir. Evidentemente, el señor Vigours había sido expulsado de Falesá por las maquinaciones de Case, y con algo parecido a la complicidad de parte de mi pastor. Recordé que fue Namu quien me tranquilizó acerca de Adams, y supuse que el rumor tenía su origen en la mala voluntad del sacerdote. Y comprendí que tenía que informarme más a fondo por una fuente más imparcial. Aquí hay un jefe viejo, un tunante llamado Faiaso, al que seguramente vio hoy en el consejo; ha sido toda su vida turbulento, astuto, instigador de rebeliones, y una espina en el costado de mi misión y la isla. A pesar de eso es muy astuto y, excepto en lo relativo a la política o sus propios pecados, dice siempre la verdad. Fui a su casa, le conté lo que había oído y le rogué que fuera franco. Creo que nunca tuve una entrevista más penosa. Quizá me comprenderá, señor Wiltshire, si le digo que tomo perfectamente en serio esos cuentos de vieja que usted me reprochó, y que estoy tan deseoso de hacer el bien a estos isleños como usted de agradar y proteger a su linda esposa. Y no debe olvidar que yo tenía a Namu por un dechado, y que me sentía orgulloso del hombre al que consideraba uno de los primeros frutos maduros de mi misión. Y ahora me enteraba de que había caído en una especie de dependencia de Case. Al comienzo no había existido corrupción; sin duda, comenzó por el miedo y el respeto producidos por los trucos y los engaños; pero me escandalizó descubrir que, últimamente, se le había agregado otro elemento, que Namu había tomado muchas cosas del almacén y que, según se creía, tenía una gran deuda con Case. Dijera lo que dijera el comerciante, Namu lo aceptaba tembloroso. Y no era el único en eso; en el poblado muchos vivían sometidos de modo parecido; pero el caso de Namu era mayor la influencia, por su intermedio, Case podía causar más daño*, y contando con cierta simpatía entre los jefes, y teniendo al pastor en el bolsillo, el hombre era virtualmente dueño del poblado. Usted sabe algo de lo que le pasó a Vigours y Adams, pero quizás no habrá oído nunca hablar del viejo Underhill, el predecesor de Adams. Recuerdo que era un hombre callado y apacible, y que nos contaron que había muerto de repente; los blancos mueren muy de repente en Falesá. La verdad, tal como la conocí entonces, me heló la sangre. Parece ser que sufrió un ataque de parálisis general, y que quedó como muerto excepto por un ojo que guiñaba de continuo. Corrió la voz de que el anciano inválido era ahora un diablo, y el vil Case fomentó los miedos de los nativos, que aparentaba compartir, y fingió que no se atrevía a entrar en la casa solo. Por fin, abrieron una tumba, y enterraron al hombre vivo, al otro extremo del pueblo. Namu, mi pastor, a quien yo había ayudado a educar, ofreció una oración durante la odiosa escena.

«Me encontraba en una situación muy difícil. Quizá mi deber habría sido denunciar a Namu y hacer que lo depusieran. Quizá lo pienso así ahora, pero por aquel entonces no me

parecía tan claro. Tenía mucha influencia, tal vez podía resultar mayor que la mía. Los nativos son proclives a la superstición; quizás al remover aquello no haría más que ahondar y difundir sus peligrosas fantasías. Y además, Namu, aparte de esa nueva y maldita influencia, era un buen pastor, un hombre capaz, y de mucha espiritualidad. ¿Dónde encontraría uno mejor? ¿Cómo podría hallar otro tan bueno? En aquel momento, con el fracaso de Namu fresco ante mis ojos, el trabajo de toda mi vida me parecía una burla; la esperanza había muerto dentro de mí. Era mejor reparar las herramientas que tenía, en vez de ir a buscar a otras partes otras nuevas que seguramente resultarían peores; y, en el mejor de los casos, el escándalo es algo que hay que evitar siempre que sea humanamente posible. Con razón o sin ella, decidí entonces callar. Durante toda la noche discutí con el descarriado pastor y traté de razonar con él, reprochándole su ignorancia y falta de fe,

reprochándole su horrible actitud, de haber ayudado despiadadamente a un asesinato y de excitarse puerilmente por unas cuantas cosas pueriles e innecesarias; y antes de que fuera de día lo tenía de rodillas ante mí, bañado en lágrimas de un arrepentimiento al parecer sincero. El domingo, subí al púlpito por la mañana, y prediqué, tomándolo del Primer Libro de los Reyes, versículo diecinueve, acerca del fuego y el temblor de tierra y la voz, distinguiendo el verdadero poder espiritual, y refiriéndome, con toda la claridad a que me atrevía, a los recientes acontecimientos de Falesá. El efecto que produjo fue grande, y aumentó aún más cuando Namu se levantó a su vez y confesó que había tenido una falta de fe y de conducta y que estaba convencido de su pecado. Por eso, entonces, todo iba bien; pero había una circunstancia desgraciada. Se aproximaba el tiempo de nuestro «mayo» en la isla, la época en que se reciben las contribuciones de los nativos a las misiones; pensé que era mi deber hacer una notificación acerca del tema, y eso dio a mi enemigo su oportunidad, que no fue lerdito en aprovechar.

»La noticia de todo aquello debió haber llegado a Case en cuanto terminó el servicio de la iglesia, y aquella misma tarde, buscó una ocasión de encontrarse conmigo en el centro del poblado. Se me acercó con tanta decisión y animosidad que pensé que sería inconveniente el evitarlo.

»—Ah —dijo en idioma nativo— ahí tenéis a vuestro santo hombre. Ha estado predicando contra mí, pero no era eso lo que había en su corazón. Ha estado predicando el amor a Dios; pero eso tampoco estaba en su corazón, sólo entre sus dientes. ¿Queréis saber lo que había en su corazón? —exclamó—. ¡Yo os lo enseñaré!

»Y, agarrándome la cabeza, fingió sacar un dólar de ella y lo alzó en el aire.

»Entre la multitud hubo uno de esos rumores con que los polinesios reciben un prodigio. Yo mismo me quedé maravillado. Aquello no era más que un truco de prestidigitador que he visto hacer en mi país cientos de veces; ¿pero cómo iba a convencerle de eso a los del poblado? Deseé haber aprendido prestidigitación en vez de hebreo, para poder pagar al hombre aquél con su misma moneda. Pero allí estaba yo; no podía quedarme quieto y silencioso, y lo mejor que se me ocurrió decir tenía poca fuerza.

»—Le agradeceré que no me vuelva a poner la mano encima —le dije.

»—No pienso hacerlo —me contestó él—; ni quiero privarle de su dólar. Aquí lo tiene —dijo, y me lo tiró a los pies. Me han contado que se quedó en el mismo lugar tres días.»

—Reconozco que lo hizo bien —le dije.

—¡Oh! es inteligente —me replicó el señor Tarleton— y ahora podrá usted ver por sí mismo lo peligroso que es. Tomó parte en la horrible muerte del parálítico; le han acusado de envenenar a Adams; echó de aquí a Vigours con unas mentiras que podrían haber conducido a su asesinato; y no cabe duda de que ahora ha decidido deshacerse de usted. No podemos saber por qué medios va a intentarlo; pero esté seguro de que será algo nuevo. Sus invenciones y astucias no tienen fin.

—Se toma muchas molestias —le dije—. Y, después de todo, ¿por qué?

—Pues... ¿cuántas toneladas de copra pueden obtenerse en esta región? —me preguntó el misionero.

—Yo diría que hasta unas sesenta toneladas —le contesté.

—¿Y cuál es la ganancia para el comerciante local? —me preguntó.

—Unas tres libras —le dije.

—Entonces, usted mismo puede calcular lo que saca con todo esto —me contestó el señor Tarleton—. Pero lo más importante de todo es derrotarlo. No cabe duda de que hizo correr falsos rumores acerca de Uma, para aislarla e imponerle su malvada voluntad. Como no lo logró, y vio que se presentaba en escena un nuevo rival, la usó de modo distinto. Ahora, lo primero que hay que hacer

es investigar a Namu. Uma, cuando los demás empezaron a dejaros solas a ti y a su madre, ¿qué hizo Namu?

—Siguió viniendo —le contestó Uma.

—Me temo que el perro ha vuelto a su vómito —dijo el señor Tarleton—. Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted? Hablaré con Namu, le prevendré que lo observan; sería muy raro que permitiera que pasara algo que no debe, cuando le ponen en guardia. De todos modos, esa precaución puede fallar y tendrá que buscar por otra parte. Aquí tiene dos personas a las que puede dirigirse. Antes que nada, el sacerdote, que lo protegerá pensando en los intereses de los católicos; son un grupito muy chico pero cuentan con dos jefes. Y luego, el viejo Faiaso. ¡Ah!, unos años atrás no habría necesitado a nadie más; pero su influencia se ha reducido mucho, ha pasado a manos de Maea, y me temo que Maea es uno de los secuaces de Case. En fin, si ocurre lo peor, envíe a alguien o venga usted mismo a Fale-alii y, aunque no tengo que venir a este extremo de la isla hasta dentro de un mes, veré lo que puede hacerse.

Y el señor Tarleton se despidió de nosotros; media hora más tarde, la tripulación cantaba y brillaban los remos en el barco del misionero.

Transcurrió casi un mes sin que pasaran grandes cosas. La misma noche de nuestro matrimonio Chanclos se presentó, nos trató con toda cortesía, y tomó la costumbre de venir al anochecer a fumar su pipa con la familia. Podía hablar con Uma, desde luego, y empezó a enseñarme el idioma nativo y el francés, al mismo tiempo. Era un viejo amable y charlatán, a pesar de que nunca he visto nadie más sucio, y me confundió con sus idiomas extranjeros peor que los mismos constructores de la torre de Babel.

Ése era todo nuestro empleo, y hacía que me sintiera menos solo; pero no había ninguna ganancia en él, porque aunque el sacerdote venía a vernos y charlaba, no atraía a ninguno de sus fieles a mi almacén; y si no hubiera sido por la otra ocupación que descubrí, no habría habido ni una libra de, copra en la casa. La idea era la siguiente: Fa'avao (la madre de Uma), tenía unos cuantos árboles con fruto. Claro está que no podíamos conseguir trabajadores, porque en la práctica éramos tabú, pero las dos mujeres y yo empezamos a trabajar y cosechamos la copra con nuestras manos. Era una copra que hacía agua la boca cuando se cosechó (nunca comprendí cuánto me robaban los nativos hasta que hice aquellas cuatrocientas libras con mis propias manos), y pesaba tan poco que me sentí inclinado a mojarla yo mismo.

Mientras trabajábamos, muchos canacos acostumbraban pasarse la mayor parte del día mirándonos, y una vez se presentó también el negro. Se quedó entre los nativos, riendo y haciendo muecas, hasta que empecé a irritarme.

—¡Eh, tú negro! —le grité.

—Yo no le dirijo la palabra, señor —me dijo el negro—. Sólo hablo con caballeros.

—Ya lo sé —le contesté—, pero yo sí me dirijo a ti, Black

Jack. Y lo que quiero saber es lo siguiente: ¿le viste la cara a Case, hace dos semanas?

—No, señor —me dijo.

—Me parece muy bien —dije yo—; porque te voy a mostrar otra igual, sólo que negra, dentro de dos minutos.

Y me dirigí hacia él, despacio, con las manos bajas; la única amenaza era la de mis ojos, si alguien se tomaba la molestia de mirarlos.

—Es usted un tipo vil y pendenciero, señor —dijo el negro.

—¡Seguro! —le contesté.

Por aquel entonces, él debió pensar que yo me había aproximado ya todo lo conveniente, y echó a correr a tal velocidad que daba gusto verlo correr. Y ya no volví a ver a nadie de la banda hasta que ocurrió lo que voy a contar.

Una de mis principales ocupaciones en aquellos días era ir a cazar al bosque, que (como Case me había dicho), era muy abundante en caza. He hablado del cabo que cerraba el poblado y mi puesto desde el este. Un sendero ascendía por su extremo, y conducía a la bahía siguiente. Allí soplaba a diario un fuerte viento, y como la línea de arrecifes que formaban una barrera terminaba al extremo del cabo, las playas de la bahía tenían un fuerte oleaje. Una serie de pequeños acantilados cortaba en dos partes el valle, y se alzaba cerca de la playa; y con la marea alta el mar se estrellaba justo contra ellos, impidiendo el paso. Unas montañas boscosas rodeaban todo el lugar; la barrera del este era particularmente abrupta y tupida, y su parte inferior, junto al mar, bajaba a pico en negros acantilados, estriados de cinabrio; la parte superior estaba cubierta por las copas de grandes árboles.

Algunos de los árboles eran de un verde claro, y otros rojos, y la arena de la playa tan negra como el betún. Muchos pájaros revoloteaban sobre la bahía, algunos de ellos blancos como la nieve; y el zorro volador (o vampiro) volaba allí en pleno día, rechinando los dientes.

Durante un tiempo no llegué más que hasta aquel lugar, sin ir más lejos. No se veía señales de ningún sendero más allá, y los cocoteros que había delante de la entrada del valle eran los últimos que había por allí. Pues todo el «ojo» de la isla, como los nativos llaman al extremo de barlovento, estaba desierto. Desde Falesá hasta Papa-Malulu no había ni casas, ni hombres, ni plantaciones de árboles; y el arrecife estaba casi siempre vacío, las orillas eran escarpadas, el mar golpeaba contra las rocas, y no había apenas un lugar donde desembarcar.

Debo agregar que después de que empecé a ir al bosque, aunque nadie se ofreció a venir a mi almacén, descubrí que había gentes dispuestas a pasar el día conmigo donde nadie pudiera verlas; y como empezaba a entender el idioma nativo y la mayoría de ellos sabían una o dos palabras de inglés, empecé a mantener pequeñas conversaciones con ellos, no de gran interés, desde luego, pero que me quitaban el mal sabor de la boca, porque a nadie le gusta que lo conviertan en leproso.

Por una casualidad, un día de finales del mes estaba yo sentado en la bahía, al borde de la selva, mirando hacia el este, con un canaco. Le había dado un poco de tabaco, y manteníamos una conversación lo mejor que podíamos: en realidad, él sabía más inglés que la mayoría.

Le pregunté si no había un camino que llevara hacia el este. —En otros tiempos había un camino —dijo—. Ahora murió.

—¿Nadie va allí? —le pregunté.

—No es bueno —dijo él—. Hay muchos demonios ahí.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Con que hay muchos demonios en la selva?

—Hombres demonios, mujeres demonios; muchos demonios —dijo mi amigo—. Estaban allí todo el tiempo. Si ir allí, no volver.

Pensé que ya que aquel hombre estaba tan informado acerca de los demonios y hablaba de ellos con tanta libertad, lo que no es común, debía sacarle alguna información acerca de mí y de Uma.

—¿Crees que yo soy un demonio? —le pregunté.

—No eres demonio —me replicó amablemente—. Creo que eres un tonto.

—¿Uma, es un demonio? —insistí.

—No, no; no es demonio. Los demonios no viven en la selva —dijo el joven

Yo miraba hacia el otro lado de la bahía y, de repente, vi abrirse la cortina de árboles de la selva, y a Case, con un fusil en la mano, que salía a la luz del sol, a la negra playa. Llevaba un pijama liviano, casi blanco, su fusil resplandecía y se destacaba mucho; los cangrejos de tierra huyeron en torno a él a sus agujeros.

—¡Eh, amigo! —dije—, no siempre dices la verdad. Ése fue y volvió de ella.

—Ése no es como los otros; ése es Tiapolo —dijo mi amigo; y después de decirme adiós, desapareció entre los árboles. Vi que Case daba la vuelta a la playa, donde la marea estaba baja, y dejé que se me adelantara en el camino de vuelta a Falesá. Iba absorto en sus pensamientos, y los pájaros parecían darse cuenta de ello, porque saltaban cerca de él en la arena, o revoloteaban y se llamaban alrededor de su cabeza. Cuando pasó cerca de mí, por el movimiento de sus labios pude ver que se iba hablando a sí mismo, y, cosa que me agradó mucho, que seguía teniendo mi marca en la frente. Le diré la pura verdad: me dieron ganas de repetir la faena en su fea cara, pero lo pensé mejor y me contuve.

Durante todo aquel tiempo, y mientras lo seguí hasta el poblado, fui recordando una palabra

nativa que recordaba y que me llamó la atención, Tiapolo.

—Uma —dije cuando volví—, ¿qué significa Tiapolo?

—Demonio —dijo ella.

—Pensé que la palabra era aitu —dije.

—Aitu es otra clase de demonio —me contestó—, no deja entrar en la selva, se come a los canacos. Tiapolo es un gran jefe de los demonios, pero no viene aquí; es un demonio cristiano.

—Bueno —dije—, pues no me has aclarado gran cosa. ¿Cómo es posible que Case sea Tiapolo?

—No lo es —dijo ella— Ése pertenece a Tiapolo; Tiapolo se parece mucho a él; Ése es como su hijo. Supón que Ése desea algo, Tiapolo se lo da.

—Muy conveniente para Ése —le dije—. ¿Y qué clase de cosas son las que le da?

Bueno, entonces me contó toda una serie de historias, muchas de las cuales (como la del dólar que sacó de la cabeza del señor Tarleton), eran muy claras para mí, pero no conseguí sacar nada de las otras, y lo que más sorprendía a los canacos era lo que menos me sorprendía a mí... o sea, que él fuera al desierto en medio de tantos aitus. No obstante, algunos de los más atrevidos lo habían acompañado, y le oyeron hablar con los muertos y darles órdenes, y, gracias a su protección, habían regresado sanos y salvos.

Algunos decían que tenía allí una iglesia donde adoraba a Tiapolo, y Tiapolo se aparecía a él; otros juraban que no se trataba de ninguna brujería, que hacía sus milagros gracias al poder de la oración, y que la iglesia no era una iglesia, sino una prisión, donde había confinado a un peligroso aitu. Namu estuvo una vez en la selva con él, y regresó glorificando a Dios por esas maravillas. En conjunto, empecé a vislumbrar la posición del hombre, y los medios por los que la había alcanzado y, aunque comprendí que iba a ser duro de pelar, no por eso me sentí abatido.

—Muy bien —dije—, voy a echar una mirada al lugar donde reza el señor Case, y veremos qué hay con eso del glorificar a Dios.

Al oír eso Uma se agitó mucho; si yo iba a la selva, no volvería más; nadie podía ir allí, sin contar con la protección de Tiapolo.

—Yo me arriesgaré con la de Dios —le contesté—. No soy un mal hombre, Uma, comparado con muchos otros, y creo que Dios me ayudará a salir de allí.

Ella guardó silencio un rato.

—Creo —empezó con mucha solemnidad... y luego—: ¿Victoria es un gran jefe?

—¡Vaya si lo es! —asentí.

—¿Te quiere mucho? —me preguntó de nuevo.

Con una sonrisa, le contesté que pensaba que la vieja me tenía simpatía.

—Muy bien —dijo ella—, Victoria es un gran jefe y te quiere mucho. No puede ayudarte aquí en Falesá; no puede hacerlo... está muy lejos. Maea es un jefe pequeño... y está aquí. Supón que te quisiera... te ayudaría. Lo mismo pasa con Dios y Tiapolo. Dios es un gran jefe... pero tiene mucho trabajo. Tiapolo es un jefe pequeño... pero le gusta mucho darse importancia y trabaja mucho.

—Voy a tener que devolverte al señor Tarleton —le dije—. Tu teología está un poco desquiciada, Uma.

No obstante, no dejamos el asunto en toda la noche y, con las historias que ella me contó del desierto y sus peligros, casi se provoca un ataque de espanto. Naturalmente, yo no recuerdo ni la cuarta parte de ellas, porque no le hacía mucho caso; pero recuerdo con claridad dos de ellas.

Unas seis millas más allá, costa arriba, hay una abrigada ensenada que ellos llaman Fangaanaana, «el puerto lleno de cuevas». La había visto desde el mar, acercándome a ella todo lo que se

atreveron mis hombres; y hay una pequeña playa de arena amarilla. La dominan los negros acantilados, llenos de las oscuras bocas de las cuevas; unos grandes árboles coronan los acantilados, dejando caer por ellos sus lianas, y en un lugar, más o menos en el centro, un gran arroyo baja en una cascada. Pues bien, una lancha fue por allí, con seis muchachos de Falesá, «todos muy hermosos», como dijo Uma, y eso fue su pérdida. Soplaban un fuerte viento, y cuando llegaron a Fangaanaana, y vieron la blanca cascada y la arenosa playa, todos estaban cansados y sedientos, y se habían quedado sin agua. Uno de ellos propuso que bajaran a tierra a beber y, como eran atrevidos, todos opinaron lo mismo, excepto el más joven. Lotu era su nombre; era un buen muchacho, y muy prudente; y les dijo que eran unos locos, que el lugar pertenecía a los espíritus, los demonios y los muertos, que no había ningún ser viviente a menos de seis millas por un lado, y quizá de doce por el otro. Pero todos se rieron de sus palabras y, como eran cinco contra uno, se acercaron a tierra, atracaron la lancha y desembarcaron. Era un lugar extraordinariamente agradable —dijo Lotu—, y el agua excelente. Dieron la vuelta a la playa pero no pudieron ver ningún camino para subir por los acantilados, lo que los tranquilizó un poco; y por fin se sentaron a comer los alimentos que habían llevado. Apenas acababan de sentarse, cuando de la boca de una cueva salieron seis mujeres de las más hermosas que habían visto; llevaban flores en los cabellos, y tenían unos senos muy hermosos y collares de semillas escarlata; y empezaron a bromear con los muchachos, y los muchachos a bromear con ellas, todos menos Lotu. Porque Lotu comprendió que no podía haber mujeres vivas en un lugar así, y huyó, tirándose al fondo de la barca, y cubriéndose la cara, empezó a rezar. Todo el tiempo que duró aquello, Lotu no dejó de rezar, y eso fue todo lo que supo, hasta que regresaron sus amigos, y lo hicieron incorporarse, y salir al mar de nuevo, dejando la bahía que ahora estaba desierta, sin que dijeran ni una palabra de las mujeres. Pero, lo que más asustó a Lotu, fue que ninguno recordaba nada de lo que había pasado, y todos se portaban como borrachos, cantando y riendo en la barca. El viento había refrescado y venía en ráfagas, y el mar se agitaba mucho; eran unas olas tales que cualquier hombre de las islas se habría asustado al verlas y habría huido a Falesá; pero los cinco estaban como locos, e izando todas las velas salieron a la mar. Lotu empezó a achicar; ninguno de los demás pensaba en ayudarlo, sino que cantaban y reían, hablando de cosas singulares más allá de la comprensión de cualquier hombre, riendo a carcajadas cuando las decían. De modo que durante el resto del día Lotu tuvo que achicar para salvar su vida, en el fondo de la barca, empapado de sudor y de la fría agua del mar; y nadie le hacía caso. Contra todo lo esperado, llegaron sanos y salvos, en medio de una horrible tempestad a Papa-malulu, donde las palmeras se agitaban y los cocos volaban por el aire como balas de cañón en torno al poblado; aquella misma noche los cinco muchachos enfermaron, y no volvieron a decir una sola frase razonable hasta su muerte.

—¿Y quieres decirme que te tragaste un cuento de esa clase? —le pregunté.

Ella me contó que la historia era muy conocida, y que tratándose de hombres jóvenes y buenos mozos, hasta era algo común; pero aquél era el único caso donde murieron cinco en un mismo día, después de pasarlo en la compañía amorosa de las mujeres-demonio; y eso causó una gran conmoción en la isla, y ella estaría loca si lo dudara.

—Bueno —le dije—, de todos modos, no tienes que asustarte por mí. No me interesan las mujeres-demonio. Tú eres todas las mujeres que quiero también todos los demonios.

A eso, ella me contestó que había también otras cosas, y que ella vio una con sus propios ojos. Un día se fue sola hasta la bahía vecina, y, quizá, llegó demasiado cerca del borde del lugar maldito. Las ramas y la maleza le ocultaban de la ladera de la colina, pero se hallaba al descubierto en un lugar llano, lleno de piedras y con muchos arbustos de unos cuatro o cinco pies de altura. Era un día muy oscuro de la estación de las lluvias, y de cuando en cuando había chaparrones que arrancaban

las hojas y las hacían volar, y de cuando en cuando todo estaba tan silencioso como dentro de una casa. En uno de esos momentos de silencio, toda una bandada de pájaros y vampiros salieron volando de entre la maleza, como espantados. Al poco rato, ella oyó un crujido cerca de allí y vio, saliendo de entre los árboles, entre los arbustos, algo que parecía un delgado jabalí gris. Cuando se acercaba, pensó que era como una persona; y de repente, al verlo venir, comprendió que no era un jabalí, sino una cosa como un hombre, con pensamientos de hombre. Entonces, echó a correr, y el jabalí tras ella, y mientras corría, el jabalí aullaba con tal fuerza que todo el lugar vibraba con su aullido.

—Me gustaría haber estado allí con mi fusil —le dije—. Creo que el jabalí habría aullado, pero de sorpresa.

Pero ella me contestó que un fusil no servía de nada con cosas como aquélla, que eran espíritus de los muertos. Bueno, con esa clase de conversaciones pasamos casi toda la noche; pero, desde luego, no me hicieron cambiar de idea, y al día siguiente, con mi fusil y un buen cuchillo, empecé el viaje de descubrimiento. Me encaminé, todo lo cerca posible, al lugar por donde vi salir a Case; porque si era cierto que él tenía alguna clase de establecimiento en la selva, me imaginaba que encontraría un sendero. El comienzo del desierto estaba marcado con una pared, por llamarla así, porque más bien era un largo montículo de piedras. Decían que llegaba hasta el otro extremo de la isla, pero cómo podían decirlo era otra cuestión, pues dudo de que nadie hubiera hecho el viaje en cien años, ya que los nativos solían quedarse siempre en las orillas del mar y sus pequeñas colonias a lo largo de la costa, y aquella parte era muy alta, abrupta y llena de acantilados. Hasta el lado este de la pared, el terreno está cultivado y hay cocoteros, guayabos y mimosas, muchas mimosas. Justo al otro lado, empieza la selva; una selva muy tupida, con árboles que se alzan como los mástiles de una nave, y lianas que cuelgan como los cordajes de un barco, y orquídeas que crecen entre los árboles como hongos. El terreno, en los lugares donde no estaba cubierto de maleza, parecía un montón de peñascos. Vi muchas palomas verdes que podría haber cazado, pero yo llevaba una idea diferente. Cierta número de mariposas revoloteaban cerca del suelo, como hojas muertas; a veces, oía el grito de un pájaro, otras al viento que soplaba sobre mi cabeza, y siempre el mar que golpeaba la costa.

Pero lo más difícil de describir es lo extraño de aquel lugar, a menos que sea a alguien que ha estado también en una espesa selva. La claridad del día es siempre penumbra allí. El hombre no ve a su alrededor nada; mire a dónde mire, el bosque lo encierra por todas partes, con sus ramas unidas como los dedos de la mano; y siempre que escucha oye algo nuevo... hombres que hablan, niños que ríen, los golpes de un hacha allá a lo lejos, delante de él, y a veces algo que pasa rápido y sigiloso cerca de él y que le hace sobresaltarse y buscar sus armas. No importa que se diga que está solo, aparte de los árboles y los pájaros; tal vez fingirá creerlo; pero se vuelva a dónde se vuelva le parecerá que el lugar está lleno de vida, mirándolo. No crean que fueron las historias de Uma las que me excitaron; los cuentos de los nativos no valen dos centavos para mí; es algo natural cuando se está en la selva, y eso es todo.

Cuando me aproximaba a la cima de la colina, porque el terreno del bosque asciende en aquel lugar tan bruscamente como una escalerilla, el viento empezó a soplar con insistencia, y las ramas a agitarse y entreabrirse descubriendo el sol. Eso me agradó; el ruido era siempre el mismo, sin que nada me sobresaltara. Bueno, había llegado a un lugar donde había un bosquecillo de lo que ellos llaman cocoteros salvajes (muy lindo con sus frutos escarlata) cuando el viento me trajo el sonido de un canto como nunca había oído hasta entonces. De nada me servía decirme que eran las ramas, sabía que no era así. De nada me servía decirme que era un pájaro; nunca conocí un pájaro que cantara de aquel modo. El canto ascendía y crecía, y luego moría para crecer de nuevo; y entonces pensé que era

como si alguien llorara, pero más lindo; y después pensé que eran arpas; y sólo estaba seguro de una cosa, de que aquello era demasiado dulce para ser algo sano en un lugar como aquel. Podrán reírse de mí si quieren; pero les declaro que recordé a las seis muchachas que habían salido, con sus collares escarlata, de la cueva de Falesá, y me pregunté si cantarían así. Nos reímos de los nativos y de sus supersticiones; pero sin embargo muchos comerciantes las aceptan, hombres blancos espléndidamente educados, que algunos de ellos han sido contadores y empleados en su país. Yo creo que la superstición crece en un lugar igual como las distintas clases de malas hierbas; y mientras escuchaba allí los gemidos, me estremecí de pies a cabeza.

Podrán llamarme cobarde por haberme asustado; yo pensé que era bastante valiente porque seguí adelante. Pero proseguí mi camino con mucho cuidado, con el arma dispuesta, espionando a mi alrededor como un cazador, esperando plenamente ver a una linda muchacha sentada en algún lugar de la selva, y plenamente dispuesto (si la encontraba) a descargarle una andanada de perdigones. Y, efectivamente, no había ido muy lejos cuando me encontré con algo muy raro. El viento pasó sobre la parte alta de la selva como una fuerte bocanada, las ramas que tenía delante se apartaron de golpe, y por un segundo vi algo que colgaba de un árbol. Desapareció al instante, pues la bocanada de aire pasó y las ramas se cerraron. Les diré la verdad; yo estaba dispuesto a ver un aitu; y si la cosa aquella se hubiera parecido a un cerdo o una mujer no me habría hecho la misma impresión. Lo malo era que parecía como cuadrada, y la idea de que una cosa cuadrada vivía y cantaba me dejó como tonto. Debí quedarme allí un buen rato; y me cercioré de que el canto procedía de aquel árbol. Entonces, empecé a recobrar la serenidad.

—Bueno —me dije— si eso es así, si este es el lugar donde hay unas cosas cuadradas que cantan, tengo que ir hasta allí de todos modos. Ya que pagué el precio, tengo que divertirme.

Pero pensé también que quizá me convendría decir una oración por si acaso servía de algo; de modo que me dejé caer de rodillas y recé en voz alta; y mientras rezaba, los sonidos extraños seguían llegando del árbol, y luego fueron subiendo y bajando, cambiando, igual que la música, aunque uno podía ver que no era algo humano... allí no había nada que uno pudiera silbar.

En cuanto terminé debidamente de rezar, dejé mi fusil, me puse el cuchillo entre los dientes, fui derecho hasta el árbol, y empecé a trepar. Les aseguro que mi corazón parecía de hielo. Pero de pronto, mientras subía, pude ver un momento la cosa, y eso me alivió, porque parecía como una caja; y cuando subí del todo, casi me caigo del árbol de tanto reír.

Era una caja, seguro, y una caja de velas, con la marca en uno de los costados; y tenía unas cuerdas de banjo tensas de tal modo que sonaban cuando soplaba el viento. Creo que lo llaman a eso un arpa gaélica

¹, aunque no sé muy bien lo que significa.

—Bueno, señor Case —me dije— me asustó una vez, pero lo desafío a que me asuste otra —y diciéndolo bajé del árbol, y me dediqué de nuevo a buscar el cuartel general de mi enemigo que me imaginaba no debía andar muy lejos.

La maleza era muy espesa en aquel lugar; no podía ver delante de mis narices, y tenía que abrirme camino a la fuerza, usando el cuchillo al hacerlo, cortando las cuerdas de las lianas y partiendo arbolitos enteros de un golpe. Los llamo arbolitos por su tamaño, pero en realidad no eran más que hierbas altas, y fáciles de atravesar como zanahorias. A pesar de toda aquella vegetación tan espesa, iba diciéndome, el lugar pudo haber estado limpio de ella en otros tiempos, cuando di de bruces con un montón de piedras, y en un momento vi que era obra del hombre. El Señor sabe cuándo lo hicieron o cuándo lo abandonaron, porque aquella parte de la isla había permanecido vacía mucho

antes de que llegaran los blancos. Unos pasos más allá, di con el sendero que andaba buscando. Era angosto, pero bien marcado, y vi que Case tenía muchos discípulos. Por lo visto, sin duda, era un atrevimiento puesto de moda el aventurarse hasta allí con el comerciante, y un joven no podía reconocerse como tal hasta que no le tatuaban las posaderas, por una parte, y había visto los demonios de Case, por otra. Eso es muy propio de los canacos; pero, si se mira de otro modo, también es muy propio de los blancos.

Seguí el sendero y un poco más allá me hallé frente a un claro y tuve que frotarme los ojos. Había un muro delante de mí, y el sendero lo atravesaba por una abertura; estaba medio derruido y era sin duda muy viejo, pero lo habían construido bien y con piedras grandes, y actualmente no hay en la isla un nativo capaz de hacer ni en sueños un trabajo así. A lo largo de toda su parte superior había una serie de extrañas figuras: ídolos, espantapájaros o qué sé yo. Tenían unas caras talladas y pintadas muy feas de ver, sus ojos y dientes estaban hechos de conchas, sus cabellos y claros vestidos ondeaban al viento, y algunos de ellos se movían con las ráfagas. Más hacia el oeste hay islas donde hacen esa clase de figuras hoy en día; pero si las hicieron alguna vez en esta isla, su práctica y su recuerdo han sido olvidados hace mucho tiempo. Y la cosa singular era que aquellos espantajos estaban tan nuevos y recientes como juguetes sacados de una tienda.

Entonces recordé que el primer día Case me había dicho que era un buen falsificador de curiosidades de la isla, cosa con la que muchos comerciantes ganan honestamente algún dinero. Y entonces comprendí todo el asunto y cómo aquella exhibición servía doblemente al hombre: primero, para añejar sus curiosidades, y luego para asustar a los que venían a visitarlo.

Pero debo también decirles (lo que hacía aún más curiosa la cosa) que todo el tiempo las arpas tirólicas sonaban en torno a mí entre los árboles, y mientras las miraba, un pájaro verde y amarillo (me figuro que estaría haciendo el nido) empezó a arrancar el pelo a una de las figuras.

Un poco más allá, encontré la mejor curiosidad de todo el museo. Lo primero que vi fue un montículo más bien largo y con una especie de curva. Apartando la tierra con las manos, descubrí debajo una lona extendida sobre maderos, de modo que aquel era, sin duda, el techo de un sótano. Se hallaba justo en lo alto de la colina, y la entrada estaba al otro extremo, entre dos rocas, como la entrada de una cueva. Fui hasta la curva y, al mirar más allá, vi una cara brillante. Era grande y fea, como la máscara de una pantomima, y su brillo aumentaba y disminuía y, a veces, humeaba.

—¡Ojo! —me dije—, ¡pintura luminosa!

Y debo reconocer que admiré el ingenio del hombre. Con una caja de herramientas y unos cuantos aparatos sencillos había conseguido hacer un perfecto templo de los demonios. Cualquiera pobre canaco a quien llevaran allí en la oscuridad, con las arpas sonando a su alrededor, y que viera la cara humeante en el fondo del agujero, no dudaría ni un instante de que había visto y oído suficientes demonios para toda su vida.

Es muy fácil descubrir lo que piensan los canacos. Recuerde cómo era usted cuando tenía diez o quince años, y tendrá a un canaco medio; y la mayoría de ellos, también como los chicos, son medianamente honestos pero piensan que el robar es una travesura, y se asustan con facilidad y hasta les gusta asustarse. Recuerdo un chico con el que estudié en la escuela y que hacía algo parecido a Case. Ese chico no sabía nada; no sabía hacer nada; no tenía pintura luminosa ni arpas tirólicas; simplemente nos decía con todo descaro que era brujo, nos asustaba de muerte y eso nos encantaba. Y entonces recordé cómo el maestro había azotado una vez al muchacho, y lo sorprendidos que nos quedamos todos al ver que el brujo aceptaba los azotes y se quejaba como todos los demás. Yo me dije para mí, «Tengo que encontrar algún medio de ajustarle las cuentas a Case». Y en aquel mismo momento se me ocurrió la idea.

Volví por el sendero, que una vez hallado era muy fácil de encontrar y andar; y cuando salí a las arenas negras, ¡a quién iba a ver sino al mismo Case! Amartillé el fusil y me dispuse a usarlo; los dos nos acercamos el uno al otro y nos cruzamos sin decir palabra, cada uno mirando con el rabillo del ojo al otro; y en cuanto nos cruzamos cada uno dio media vuelta, como los soldados que hacen la instrucción, y nos quedamos cara a cara. A cada uno le había pasado la misma idea por la cabeza, o sea, que al otro se le podía ocurrir descargarle el arma en la popa.

—No ha cazado usted nada —dijo Case.

—No vine hoy de caza —le contesté. —Bueno, por mí, puede irse al demonio —dijo él.

—Lo mismo digo —repliqué yo.

Pero nos quedamos clavados donde estábamos; no había peligro de que alguno de los dos se marchara.

Case se echó a reír.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —dijo.

—Yo no lo detengo —le contesté. Él rió de nuevo.

—Mire, Wiltshire, ¿cree que soy tonto? —me preguntó.

—Más bien un sinvergüenza, si quiere saberlo —le dije.

—Bueno, ¿cree que me convendría matarlo aquí, en esta playa abierta? —dijo—. Porque no es así. La gente viene a pescar aquí a cualquier hora, puede haber una docena de ellos arriba en el valle, ahora mismo, haciendo copra; puede haber otra docena en la colina de detrás de usted, cazando palomas; pueden estar mirándonos en este mismo momento y no me extrañaría. Le doy mi palabra de que no quiero disparar contra usted, ¿por qué iba a querer hacerlo? No me molesta en nada. No tiene ni una libra de copra que no haya hecho con sus manos, como un esclavo negro. Está vegetando (así lo llamo yo) y no me importa dónde vegeta ni por cuanto tiempo. Déme su palabra de que no quiere disparar contra mí, y lo dejaré que se adelante y se vaya.

—Bueno —dije—, es muy franco y amable, ¿no? Y yo seré lo mismo. No pienso disparar contra usted hoy. ¿Por qué iba a hacerlo? Este asunto no está más que empezando; todavía no terminó, señor Case. Ya le di un mal rato; todavía le puedo ver las marcas de mis nudillos en su cara, y le tengo reservado algo más. No soy un paralítico, como Underhill. No me llamo Adams, ni soy Vigours; y quiero demostrarle que se ha encontrado con la horma de su zapato.

—Es una tontería hablarme así —me dijo—. No es el modo de hablarme, si quiere que siga adelante.

—Muy bien —dije— puede quedarse donde está. No tengo apuro, y usted lo sabe. Puedo pasarme el día en la playa, sin que importe nada. No tengo que preocuparme por la copra. Tampoco tengo que ocuparme de mi pintura luminosa.

Me arrepentí de haber dicho aquello, pero se me escapó antes de que me diera cuenta. Me di cuenta de que lo dejaba desconcertado y, parándose, me miró alzando las cejas. Entonces me imagino que decidió llegar al fondo del asunto.

—Le tomo la palabra —dijo, y dando media vuelta entró en la selva de los demonios.

Le dejé ir, desde luego, porque le había dado mi palabra. Pero lo seguí con la mirada hasta que se perdió de vista, y después de que se hubo ido fui a ponerme a cubierto con toda la velocidad posible, y seguí el camino hasta casa ocultándome entre los arbustos, porque no confiaba ni un centavo en él. Me daba cuenta de una cosa, de que había sido lo suficientemente torpe para ponerle sobre aviso, lo que significaba que tenía que hacer en seguida lo que pensaba hacer.

Habrán pensado que había tenido ya bastantes emociones para una mañana, pero me aguardaba otro sobresalto. En cuanto doblé el cabo lo suficiente para poder ver mi casa, descubrí que había

extraños en ella; un poco más allá, no me cupo ya duda. Había un par de centinelas acuclillados junto a mi puerta. Me imaginé que el asunto de Uma había hecho crisis y que se habían apoderado del puesto. Que yo supiera, se habían llevado ya a Uma, y aquellos hombres armados me aguardaban para hacer lo mismo conmigo.

No obstante, conforme me aproximaba, lo que hice a toda velocidad, vi que había un tercer nativo sentado en la galería, como un invitado, y a Uma que hablaba con él, como el ama de casa. Al acercarme todavía más, vi que era el jefe joven, Maca, y que estaba sonriendo y fumando. ¿Y qué fumaba? No uno de esos cigarrillos europeos buenos para un gato, ni siquiera uno de esos grandes y fuertes cigarros nativos con el que uno puede entretenerse si la pipa se le rompe... sino un verdadero cigarro mexicano, y uno de los míos, habría podido jurarlo. Al ver aquello, mi corazón dejó de latir, y me pasó por la cabeza la loca esperanza de que los inconvenientes habían terminado y de que Maca fuera el primero en venir a vernos.

Uma me señaló a él cuando me acercaba, y él salió a recibirme a lo alto de mi escalera, como un verdadero caballero.

—Vilivili —dijo, que era lo mejor que ellos podían pronunciar mi nombre—, estoy contento.

No cabe duda de que cuando un jefe isleño quiere ser cortés sabe hacerlo. Me di cuenta de cómo estaban las cosas, desde la primera palabra. No hacía falta que Uma me dijera.

—Ya no le tiene miedo a Ése, viene a traer copra.

Les aseguro que estreché la mano del canaco como si fuera el mejor de los blancos de toda Europa.

La verdad era que Case y él andaban detrás de la misma muchacha; o Maca lo sospechaba y había decidido vengarse del comerciante en la primera oportunidad. Se vistió de gala, hizo que un par de sus hombres se lavaran y armaran para dar más carácter público a la cosa; y, esperando a que Case saliera del poblado, vino a traerme sus negocios a mí. Era rico, además de poderoso. Me imagino que cosecharía unos cincuenta mil cocos por año. Le di el precio corriente en la playa, con un cuatro por ciento más, y en cuanto a crédito, le habría adelantado todo lo que tenía en el almacén, y hasta las paredes, de contento que estaba de verlo. Debo reconocer que compraba como un caballero: arroz, latas de conserva y bizcochos suficientes para un festín de una semana, y telas por piezas enteras. Además era muy amable; era muy divertido y cambiamos varias bromas, en su mayor parte por medio del intérprete, porque sabía muy poco inglés, y mi idioma nativo seguía siendo aún muy pobre. Descubrí una cosa: no podía haber pensado nunca, en realidad, mucho de lo malo que decían de Uma; nunca podía haber estado realmente asustado, y fingió que lo creía más que nada porque pensaba que Case tenía mucha influencia en el poblado y podía ayudarle.

Eso me llevó a pensar que él y yo estábamos en una situación delicada. Lo que había hecho era un desafío delante de todo el poblado y algo que podía costarle su autoridad. Más aún, y después de mi conversación con Case en la playa, pensaba que podía costarle hasta la vida. Case había insinuado que me mataría si alguna vez me traían alguna copra; y cuando volviera descubriría que el mejor cliente del poblado había cambiado de almacén; y pensé que lo mejor que podía hacer era adelantarme a él.

—Mira, Uma —le dije— dile que siento haberle hecho esperar, pero que estuve buscando el lugar donde Case tiene a Tiapolo, en la selva.

—Quiere saber si no te asustaste —me tradujo Uma. Yo solté la carcajada.

—¡No mucho! —le dije—. ¡Dile que el lugar no es más que una juguetería! Dile que, en Inglaterra, le damos esas cosas a los chicos, para que jueguen con ellas.

—Quiere saber si oíste cantar al demonio —me preguntó luego.

—Escucha —le contesté—. Ahora no puedo hacerlo, porque en el almacén no hay cuerdas de banjo; pero la próxima vez que llegue el barco voy a instalar una de esas cosas en la galería, y él mismo podrá ver por sí de qué clase de demonio se trata. Dile que, en cuanto consiga las cuerdas le voy a hacer una para sus chicos. El aparato se llama un arpa gaélica; y agrégale que ese nombre, en Inglaterra, significa que sólo los tontos pagan algo por ella.

Esta vez, él estaba tan satisfecho que probó de nuevo su inglés.

—¿Dice verdad? —me preguntó.

—¡Vaya si lo es! —dije—. Hablo como la Biblia. Trae aquí una Biblia, Uma, si es que la tienes, y la besaré. O mejor aún —dije, animándome— pregúntale si le asusta ir allí él mismo, de día.

Por lo visto no le asustaba; podía aventurarse hasta allí de día, y acompañado.

—¡Entonces es lo que hay que hacer! —exclamé—. Dile

que el hombre es un tramposo y el lugar una cosa de chicos y que, si mañana va allí, verá lo que queda de todo eso. Pero dile también lo siguiente, Uma, y cuida de que lo entienda bien; ¡si habla de eso, Case acabará por enterarse y yo puedo darme por muerto! Dile que juego su mismo juego, y que si él dice una sola palabra, mi sangre manchará su puerta y lo condenará aquí y en el otro mundo.

Ella se lo repitió y él estrechó mi mano con fuerza, diciéndome.

—No hablaré. Iré allí mañana. ¿Es mi amigo?

—No, señor —le contesté—, nada de tonterías. He venido aquí a comerciar y no a hacerme amigos. Pero, en lo relativo a Case, ¡voy a mandarle a la gloria!

Y Maea se fue, muy contento, a mi parecer. V

Bueno, ahora no me quedaba opción; tenía que terminar con Tiapolo antes del día siguiente, y tenía mucho que hacer, no sólo preparándolo todo, sino discutiendo. Mi casa parecía la sociedad de debates de los mecánicos: Uma estaba decidida a que no fuera a la selva de noche, porque si iba, no volvería más. Ya conocen su estilo de discusión: les di una muestra con lo de la reina Victoria y el diablo; y como se imaginarán me había cansado ya antes del anochecer.

Por fin se me ocurrió una buena idea. ¿Por qué derrochaba mis perlas con ella?, pensé; sus baratijas servirían mejor para el caso.

—Te diré lo que pienso hacer —le dije—. Saca tu Biblia, y la llevaré conmigo. Así todo será mejor.

Ella declaró que la Biblia no servía.

—Eso no es más que ignorancia de canacos —le contesté—. Trae la Biblia.

Ella la trajo, y yo la abrí por la primera página donde me imaginaba que habría algo en inglés y, en efecto, así era. —¡Mira! —exclamé—. ¡Mira esto!, «Londres, Impresa por la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, Blackfriars», y la fecha que no entiendo debido a que está toda llena de X. Ningún demonio del infierno puede atreverse con la Sociedad Bíblica de Blackfriars. ¡Pero si eres una tonta! —exclamé—, ¿cómo crees que nos las entendemos con nuestros aitus en mi país? ¡Pues gracias a la Sociedad Bíblica!

—Creo que no tenéis ninguno —dijo ella—. Un hombre blanco me dijo que no lo tenían.

—¿Y eso te parece natural, eh? —reí—. ¿Por qué estas islas iban a estar llenas de ellos y no iba haber ninguno en Europa?

—Bueno, tampoco tienen árbol del pan —me respondió. Podría haberme tirado de los cabellos.

—Mira, mujer, escúchame —continué—, te conviene callarte porque estoy harto de ti. Me llevaré la Biblia, con lo que estaré tan seguro como en casa, y esa es la última palabra que pienso decir.

La noche era muy oscura, con unas nubes que habían salido al ponerse el sol y que estaban extendiéndose; no se veía una estrella; no iba a haber más que un cuarto de luna, y no saldría hasta cerca ya del amanecer. En torno al poblado, gracias a las luces y los fuegos de las casas abiertas, y las antorchas de los pescadores que se movían entre los arrecifes, todo estaba alegre e iluminado: pero el mar y las montañas habían desaparecido. Me imagino que deberían ser las ocho cuando emprendí el camino, cargado como un borrico. Primero venía la Biblia, un libro tan grande como su cabeza, con el que me había dejado cargar por mi propia estupidez. Luego, el fusil, el cuchillo, la linterna, las cerillas y todo lo necesario. Y por fin lo que más me interesaba de todo el asunto, una gran cantidad de pólvora, un par de bombas de dinamita de las que se utilizan para pescar, y dos o tres trozos de mecha lenta que yo había sacado de unas latas, uniéndolas del mejor modo posible, porque la mecha era una mercadería para los nativos, y habría que ser loco para confiar en ella. ¡Pero, como habrán visto, yo llevaba los materiales necesarios para una linda explosión. Los gastos no me importaban; quería hacer las cosas bien!

Mientras fui por campo abierto, y la lámpara de la casa sirvió para orientarme, todo marchó bien. Pero cuando llegué al sendero, estaba tan oscuro que casi no podía avanzar, me daba contra los árboles y maldecía, como el hombre que busca las cerillas en su dormitorio. Sabía que era peligroso encender luz, porque mi farol sería visible hasta el cabo, y como nadie iba por allá de noche, hablarían de eso, y la noticia llegaría hasta Case. Pero, ¿qué podía hacer? Tenía que renunciar al asunto y perder todo prestigio ante Maca, o encender la linterna, arriesgándome, y terminar con el asunto a toda la velocidad posible.

Mientras seguía el sendero caminé a buen paso, pero cuando llegué a la playa tuve que correr. Porque la marea la había inundado casi por completo; y el atravesarla sin mojar la pólvora, entre la resaca y la abrupta colina, exigió de mí toda la rapidez que poseía. Aun así, las olas me llegaron hasta las rodillas y estuve a punto de caer sobre una piedra. Durante todo aquel tiempo, el apuro que tenía, el aire fresco y el olor del mar, me animaban; pero una vez que entré en la selva y empecé a trepar el sendero ya no fue así. La selva había perdido en parte su espanto para mí, gracias a las cuerdas de banjo y las figuras talladas de Case, pero de todos modos pensaba que era un triste camino, y me imaginaba que cuando los discípulos subían hasta allí, debían estar muy asustados. La luz de la linterna, al iluminar los troncos y ramas, y las retorcidas cuerdas de las lianas, hacían del lugar, hasta donde podía verlo, una especie de rompecabezas de sombras movedizas. Venían a mi encuentro, sólidas y rápidas como gigantes, y luego daban media vuelta y se desvanecían; revoloteaban sobre mi cabeza, como mazas, y se alejaban volando en la noche como pájaros. El suelo de la selva brillaba apagadamente debido a las maderas muertas, del mismo modo que suele brillar la caja de cerillas después de que se ha encendido una contra ella. Unas gotas gruesas y frías caían de las ramas de los árboles, como sudor. No había casi viento; sólo el helado soplo de una brisa venida de tierra que no movía nada; y las arpas estaban silenciosas.

El primer alto en mi camino fue cuando atravesé el bosquecillo de cocoteros salvajes, y me encontré con los espantajos de la pared. Resultaban muy extraños vistos al resplandor de la linterna, con sus caras pintadas y sus ojos de conchillas, y sus vestidos y cabellos ondeando al aire. Fui bajando uno tras otro y los reuní en un lío sobre el techo de la cueva, para que pudieran irse a la gloria con los demás. Luego, elegí un lugar detrás de una de las grandes piedras de la entrada, enterré mi pólvora y los dos cartuchos, y dispuse la mecha a lo largo del pasadizo. Y luego, fui a echar una mirada a la humeante cabeza, para decirle adiós. Todo iba bien.

—Anímate —me dije—. Vas a conseguir tus fines.

Mi primera idea era encender la mecha y volver a casa; porque la oscuridad y el brillo apagado

de la madera podrida, y las sombras que proyectaba la linterna me hacían sentirme solo. Pero conocía uno de los lugares donde colgaban las arpas, y me parecía una lástima que no acabara con los demás; aunque al mismo tiempo no podía dejar de pensar que estaba mortalmente cansado de mi trabajo, y que lo que más me gustaría sería volver a casa y cerrar la puerta. Fui hasta la entrada de la bodega sótano y empecé a pensar en los pros y las contras. Oía el estruendo del mar allá abajo, en la costa; pero más cerca de mí no se movía ni una hoja. Podría haber sido la única criatura viviente de este lado del Cabo de Hornos. Bueno, pues mientras estaba allí reflexionando, me pareció que la selva se entreabría y se llenaba de toda clase de pequeños ruidos. En efecto, eran pequeños ruidos, y nada que pudiera hacer daño (un pequeño crujido, un ruidito apagado), pero perdí el aliento y la garganta se me quedó tan seca como una galleta. No era a Case a quien tenía, aunque eso habría sido lo más sensato; no pensé un instante en Case: lo que me asaltó, con la misma fuerza de un cólico, fue el cuento de viejas de las mujeres demonio y los hombres-jabalíes. Estuve en un tris de echar a correr; pero me dominé, avancé unos pasos, y alzando mi linterna (como un idiota), miré a mi alrededor.

En la dirección del poblado y del sendero no se veía nada; pero cuando me volví hacia tierra fue un milagro que no me desmayara. Allí, saliendo del desierto y la selva mala... allí, sin duda alguna, había una mujer-demonio, tal y cómo me había imaginado que sería. Vi brillar la luz en sus brazos desnudos y sus brillantes ojos, y se me escapó un grito tan grande que pensé que era mi muerte.

—¡Ah! ¡No grites! —dijo la mujer-demonio en una especie de murmullo—. ¿Por qué hablas con esa voz tan alta? ¡Apaga la luz! ¡Ése viene!

—¡Dios Todopoderoso, Uma, eres tú? —dije.

—¡Ioe —dijo ella—. Vine corriendo. Ese va a llegar aquí pronto.

—¿Viniste sola? —le pregunté—. ¿No tenías miedo?

—¡Ah, mucho miedo! —murmuró, abrazándome—. Creí que me moría.

—Bueno —dije, con una débil sonrisa—, no soy quien para reírme de usted, señora Wiltshire, porque creo que soy el hombre más asustado de todo el Pacífico del Sur.

En dos palabras, ella me dijo lo que le había traído. Por lo visto, apenas acababa de irme, cuando llegó Fa'avao, y la vieja se había encontrado con Black Jack, que corría a todo correr desde nuestra casa a la de Case. Uma no se detuvo a hablar, sino que salió en seguida para prevenirme. Me seguía tan de cerca, que la linterna le sirvió de guía para atravesar la playa, y después, gracias a su resplandor entre los árboles pudo subir la colina. Cuando yo subí a lo alto o bajé al sótano fue cuando Dios sabe a dónde fue a parar, y perdió un tiempo precioso, temerosa de gritar por miedo a que Case la siguiera de cerca, y se había caído entre la maleza, de modo que estaba toda llena de golpes y magulladuras. Por eso fue por lo que había ido tanto hacia el sur, y por lo que salió a mi encuentro por un flanco, asustándome de tal modo que no tengo palabras para decirlo.

Bueno, aquello era mejor que una mujer-demonio, pero me di cuenta de que su historia era bastante grave. Black Jack no tenía por qué andar cerca de casa, a menos que lo hubieran mandado allí a espíarme; y me parecía que mis estúpidas palabras acerca de la pintura, y quizá tal vez algo que dijo Maea, nos habían puesto en mala situación. Una cosa estaba clara: Uma y yo teníamos que pasar allí la noche; no nos atreveríamos a volver a casa antes de que fuera de día, y aún así tal vez sería más seguro dar la vuelta a la montaña y volver por la parte de atrás del poblado, si no queríamos caer en una emboscada. También estaba claro que había que prender la mecha inmediatamente, o sino Case podía llegar a tiempo para apagarla.

Entré otra vez en el túnel, con Uma abrazada estrechamente a mí, abrí mi linterna y encendí la

mecha. El primer trozo ardió como un papel, y yo me quedé como un estúpido, viéndolo arder, y pensando que íbamos a volar con Tiapolo, lo que no era mi propósito. El segundo ardió aún más de prisa de lo que yo pensaba: y entonces recobré la serenidad, saqué arrastrando a Uma del pasadizo, apagué la linterna y la dejé en tierra, y los dos avanzamos a tientas entre la selva hasta que pensé que estábamos seguros, y luego nos tendimos junto a un árbol.

—Mujer —le dije— no olvidaré esta noche. Eres una real moza y nadie puede dudarlo.

Ella se apretó aún más contra mí. Había venido corriendo hasta allí, vestida sólo con su faldellín; y estaba toda húmeda del rocío y del agua de mar en la playa negra, y temblaba de frío y de terror de la oscuridad y los demonios.

—Tengo mucho miedo —fue todo lo que dijo.

El otro lado de la colina de Case desciende casi a pico, como un precipicio, hasta el valle. Estábamos al borde de él, y podía ver el resplandor de la madera podrida y oír el estruendo allá abajo. No me gustaba la posición, que no permitía la retirada, pero tenía miedo de cambiarla. Entonces vi que había cometido un error aún peor con la linterna, que deberla haber dejado encendida, para haber podido disparar contra Case cuando entrara en su círculo de luz. Y aunque no hubiera tenido ganas de hacer eso, me parecía una insensatez el dejar que una buena linterna volara con las figuras talladas. Después de todo, el farol me pertenecía, valía dinero y podía venirme bien. Si hubiera tenido más confianza en la mecha, tal vez habría echado a correr para recuperarlo. Pero, ¿quién podía confiar en la mecha? Ya saben cómo es el comercio. La mercadería era buena para que los canacos salieran a pescar con ella, porque el único riesgo que corrían era que les volara una mano. Pero, para cualquiera que quisiera preparar una voladura como la mía, la mecha era una basura.

En conjunto, lo que mejor podía hacer era quedarme quieto, tener mi fusil a mano, y esperar la explosión. Pero era un asunto solemne. La oscuridad de la noche era algo sólido; lo único que se distinguía era el fantasmal brillo de la madera podrida, y eso no permitía que uno viera nada más que la madera misma; y en cuanto a los sonidos, agucé los oídos hasta que me pareció que podía oír la mecha ardiendo en el túnel, y la selva estaba tan silenciosa como un ataúd. De cuando en cuando se oía un pequeño crujido; pero si era cerca o lejos, si lo producía Case con la punta de los pies a unas pocas yardas de mí, era algo de lo que sabía tanto como un recién nacido.

Y entonces, de repente, hizo erupción el Vesubio. Tardó mucho en explotar; pero cuando se produjo la explosión ningún hombre habría podido pedir algo mejor. Al principio fue como una serie de cañonazos, y el bosque se iluminó tanto que se habría podido leer a su luz. Y entonces empezó lo malo. Uma y yo quedamos medio enterrados bajo una carretada de tierra, y me alegró de que no fuera algo peor, porque una de las rocas de la entrada del túnel salió disparada por los aires, y cayó a corta distancia de donde estábamos, rebotando contra el borde de la ladera, desde donde cayó rodando hasta el valle. Vi que había calculado mal nuestra distancia, o había puesto demasiado dinamita y pólvora, lo que más les guste.

Y entonces, vi que había cometido otro error. El ruido de la explosión empezaba a disminuir, conmoviendo la isla; la llamarada se había apagado; y sin embargo, la noche no llegaba como yo esperé. Porque todo el bosque estaba salpicado de ascuas y carbones encendidos, producto de la explosión; me rodeaban todos en el claro; otros habían caído allá abajo, en el valle, y algunos se prendieron a las cimas de los árboles, incendiándolos. No tenía miedo de un incendio, porque esos bosques son demasiado húmedos para que ardan. Pero lo malo era que el lugar estaba todo iluminado... no muy claramente, pero sí lo suficiente para disparar un tiro; y por cómo estaban diseminadas las ascuas, Case podía tener tanta ventaja como yo. Pueden estar seguros de que miré a

mi alrededor buscando su cara blanca; pero no vi ni señales de él. En cuanto a Uma, parecía como si la explosión y la llamarada le hubieran quitado la vida.

Había un aspecto malo en mi juego. Una de las condenadas figuras talladas había caído incendiada, vestidos y cuerpo, a poca distancia de mí. Eché una mirada atenta a mi alrededor; todavía no veía a Case, y decidí que tenía que deshacerme de aquel madero incendiado antes de que llegara, si no quería que me mataran a tiros como un perro.

Mi primera idea fue ir arrastrándome, pero luego pensé que la velocidad era lo principal, y me incorporé a medias para correr hacia ella. En el mismo momento, desde un lugar situado entre mí y el mar, hubo un fogonazo y un disparo, y una bala pasó silbando junto a mi oreja. Me volví en seguida, alzando mi arma, pero el bruto aquel tenía un Winchester, y antes de que pudiera verlo siquiera, su segundo disparo me derribó como si fuera un bolo. Me pareció que volaba por el aire, y luego caí junto al sendero y quedé allí medio minuto, como aturdido; y entonces descubrí que mis manos estaban vacías, y que mi arma había volado sobre mi cabeza, al caer. Verse en un aprieto como el mío, hace que un hombre recobre la serenidad. No sabía dónde me había herido, o si estaba herido o no, pero me volví a medias hasta quedar de bruces y me arrastré hasta el arma. A menos que hayan tratado de arrastrarse con una pierna rota no sabrán el dolor que eso produce, y yo lancé un aullido de fiera.

Fue el ruido más desgraciado que he hecho en mi vida. Hasta entonces, Uma se había quedado junto al árbol, como una mujer sensata, comprendiendo que sólo me serviría de estorbo; pero en cuanto me oyó gritar, corrió hacia mí. El Winchester disparó de nuevo, y ella cayó.

Me había incorporado, a pesar de la pierna, para detenerla; pero cuando la vi caer, me quedé quieto y tendido donde estaba, buscando el mango de mi cuchillo. Antes estaba asustado e irritado. Pero todo eso terminó. Había derribado a mi mujer y yo tenía que ajustarle las cuentas; me quedé allí, apretando los dientes y calculando mis posibilidades. Tenía la pierna rota, y no tenía mi fusil. A Case le quedaban aún diez balas de su Winchester. Al parecer, la situación era desesperada. Pero no me desesperé ni pensé en desesperarme: aquel hombre tenía que morir.

Durante un buen rato, ninguno de los dos hizo nada. Entonces, oí a Case que empezaba a moverse entre la maleza, pero con mucho cuidado. La figura de madera se había quemado del todo; no quedaban más que unas ascuas aquí y allá, y el bosque estaba en su mayor parte oscuro, pero había una especie de resplandor, como una hoguera que está por apagarse. Gracias a él pude ver la cabeza de Case, que me miraba por encima de un grupo de helechos, y en el mismo instante en que el bruto me vio se echó el Winchester al hombro. Yo permanecí inmóvil, casi podía decirse que mirando el cañón: era mi última oportunidad, pero pensé que mi corazón iba a escaparse de sus amarras. Entonces, él disparó. Afortunadamente para mí, no eran perdigones, porque la bala dio a menos de una pulgada de distancia de mí y me llenó de tierra los ojos.

Prueben a ver si pueden quedarse tendidos e inmóviles, dejando que un hombre dispare a quemarropa sobre ustedes y falle sólo por un pelo. Pero yo lo hice, y fue una suerte para mí. Por un instante, Case se quedó con el Winchester en los brazos; luego lanzó una risita y salió de entre los helechos.

«¡Ríe! —pensé— ¡Si tuvieras la inteligencia de un piojo estarías rezando!»

Estaba tan tenso como el cable de un buque o el muelle de un reloj, y en cuanto llegó a mi alcance lo agarré de un tobillo, le hice perder pie, lo derribé y me eché encima de él, a pesar de la pierna rota, antes de que pudiera ni respirar. Su Winchester había seguido el camino de mi fusil; era igual... ahora quien lo desafiaba era yo. Siempre he sido un hombre muy fuerte, pero nunca supe las fuerzas que tenía hasta que agarré a Case. Estaba algo aturdido por el porrazo que se dio al caer, y

alzó las dos manos, como una mujer asustada, de modo que pude sujetarle las dos con mi izquierda. Eso lo alertó, y me clavó los dientes en un antebrazo como una comadreja. No me importó. Mi pierna me dolía más de lo que podía soportar, y sacando el cuchillo lo puse donde debía.

—Ahora estás en mi poder —dije—: ¡y vas a morir y bien merecido lo tienes! ¿Sientes la punta del cuchillo? ¡Esto es por Underhill! ¡Y esto por Adams! ¡Y ahora, esta cuchillada por Uma, y es la que te va a sacar del cuerpo el alma condenada!

Y diciendo esto le clavé el frío acero con todas mis ganas. Su cuerpo saltó debajo de mí como el resorte de un sofá; lanzó una especie de largo y terrible gemido y quedó inmóvil. «¿Estarás muerto? ¡Así lo espero!» pensé, porque la cabeza me daba vueltas. Pero no era un momento para arriesgarse; tenía demasiado cerca su ejemplo, para eso; y traté de sacar el cuchillo para clavárselo de nuevo. La sangre me inundó las manos, lo recuerdo, tan caliente como el té; y entonces me desmayé del todo y caí con mi cabeza sobre la boca del hombre.

Cuando recobré el conocimiento todo estaba muy oscuro; las ascuas se habían consumido; no se veía nada más que el apagado brillo de la madera podrida, y yo no podía recordar dónde estaba, ni por qué sentía tanto dolor ni con qué estaba todo empapado. Entonces lo recordé, y lo primero que hice fue clavarle el cuchillo a Case media docena de veces, hasta el mango. Creo que estaba ya muerto, pero eso no le hizo ningún daño a él y a mí me hizo sentir mucho mejor.

—Me parece que ahora estás ya muerto —dije y llamé a Uma.

Nada me contestó, y yo hice un movimiento para buscarla a tientas, tropecé con mi pierna rota y me desmayé de nuevo. Cuando recobré el sentido por segunda vez las nubes se habían disipado ya, excepto unas cuantas que rogaban por el cielo, blancas como el algodón. Había salido la luna... una luna tropical. La luna de mi país vuelve negro un bosque, pero aquella, a pesar de que era un cuarto menguante iluminaba el bosque haciéndolo tan verde como si fuera de día. Las aves nocturnas (o, mejor dicho, alguna clase de ave matutina) cantaban con sus notas largas y lentas, como los ruiseñores. Y yo pude ver al muerto, sobre el que descansaba aún a medias, mirando hacia el cielo con los ojos abiertos, y no más pálido que cuando vivía, y un poco más allá, Uma, caída de costado. Fui hacia ella lo mejor que pude, y cuando llegué allí estaba completamente despierta, llorando y sollozando para sí con menos ruido que un insecto. Por lo visto tenía miedo de llorar más alto por causa de los aitus. No tenía una herida grave, pero estaba muerta de espanto; había recobrado el sentido hacía un buen rato, me llamó, no oyó nada en respuesta, pensó que los dos estábamos muertos, y había permanecido así desde entonces, temerosa de mover ni un dedo. La bala le había rozado el hombro, y había perdido una buena cantidad de sangre; pero cuando se lo vendé a mi modo, o sea con el faldón de mi camisa y un pañuelo que llevaba, apoyó su cabeza en mi rodilla sana y yo apoyé la espalda contra un tronco y me dispuse a esperar la llegada de la mañana. Uma no me servía ni de utilidad ni de adorno, puesto que lo único que sabía hacer era agarrarse a mí con fuerza, y temblar y gemir. No creo haber visto a nadie más asustado pero, para hacerle justicia, reconozco que había pasado una noche bastante agitada. En cuanto a mí, tenía bastante dolor y fiebre, pero no me sentía tan mal cuando no me movía; y cada vez que miraba a Case me entraban ganas de cantar y silbar. ¡Qué me hablasen de comer y beber! El ver a aquel hombre muerto delante de mí bastaba para satisfacerme.

Al cabo de un rato las aves nocturnas dejaron de cantar; y luego la luz empezó a cambiar, el este fue poniéndose anaranjado, el bosque entero empezó a vibrar de cantos, como una caja de música, y llegó el día.

No esperaba a Maea hasta dentro de bastantes horas y, en realidad, pensé que había bastantes posibilidades de que desistiera de la idea y decidiera no venir en absoluto. Me sentí más a gusto

cuando, una hora después del amanecer, oí ruido de palos que golpeaban las ramas, y a un grupo de canacos que reían y cantaban para darse ánimos. Uma se incorporó con vivacidad al oír la primera palabra; y a poco vimos al grupo que subía por el sendero, con Maea a la cabeza, y detrás de él un hombre blanco con casco colonial. Era el señor Tarleton, que había llegado la noche anterior a Falesá, después de dejar su barca y hacer el último trecho del viaje a pie y con una linterna.

Enterraron a Case en el campo del honor, justo en el agujero donde él había colocado la cabeza humeante. Aguardé hasta que lo hicieron; y el señor Tarleton rezó, lo que me pareció una hipocresía, porque tengo que decir que él no se hacía muchas ilusiones de las perspectivas del estimado difunto, y tenía al parecer sus ideas acerca del infierno. Lo discutí luego con él, le dije que no había cumplido con su deber, y que lo que debía haber hecho era portarse como un hombre y decirle a los canacos claramente que Case estaba condenado, y que podía irse al diablo; pero nunca conseguí que lo considerara de ese modo. Luego hicieron una camilla con unas pértigas y me llevaron al puesto. El señor Tarleton me entablilló la pierna, y lo hizo tan bien como lo hacen los misioneros, de modo que yo rengueo hasta hoy en día. Después de hacerlo, me tomó declaración, y también a Uma y a Maea, lo escribió todo muy bien y nos lo hizo firmar; y después hizo que los jefes fueran a casa de Papa Randall para apoderarse de los papeles de Case.

Lo único que encontraron fue una especie de diario, que llevaba desde hacía muchos años, donde sólo se hablaba del precio de la copra, los pollos robados y cosas por el estilo; y los

libros del negocio y el testamento de que le hablé al principio, y por los dos parecía ser que todo lo que tenía pertenecía a la mujer de Samoa. Yo fui quien se lo compró todo a un precio razonable, porque ella tenía mucho apuro en volver con los suyos. En cuanto a Randall y el negro, tuvieron que huir; pusieron una especie de puesto en el lado de Papa-malulu y los negocios les fueron mal, porque la verdad es que ninguno de los dos servía para eso, y vivían casi de la pesca, lo que causó la muerte de Randall. Por lo visto, un día vio un hermoso banco de peces, y Papa fue a pescarlos con dinamita; o la mecha ardió demasiado pronto, o Papa estaba borracho, o ambas cosas, pero el cartucho explotó antes de que lo lanzara, ¿y dónde estaba la mano de Papa? Bueno, eso no tiene nada de malo; las islas del norte están llenas de hombres con una sola mano, como en Las Mil y una Noches, pero Randall era demasiado viejo, o bebía demasiado, y para abreviar el caso es que murió. Poco después de aquello expulsaron al negro de la isla por robar a los blancos, y se fue al oeste, donde encontró hombres de su color, cosa que quizás le gustaba, y los hombres de su color se apoderaron de él y se lo comieron, ¡y yo espero que fuera de su agrado!

Así que yo me quedé solo y lleno de gloria en Falesá; y cuando llegó la goleta, le llené su bodega con un cargamento casi tan alto como una casa. Debo decir que el señor Tarleton se portó bien con nosotros; aunque se vengó de un modo bastante mezquino.

—Señor Wiltshire —me dijo—, he arreglado su asunto con la gente de aquí. No era difícil, pues Case había muerto; pero lo hice y además he dado mi palabra de que comerciaría decentemente con los nativos. Tengo que pedirle que cumpla con mi palabra.

Bueno, y yo lo hice. Antes me preocupaba por mis balanzas, pero lo razonaba de este modo: todos alteramos nuestras balanzas, y los nativos lo saben, y mojan su copra en proporción, de modo que quedamos a mano; pero lo cierto es que eso me preocupaba y, aunque no me iba mal en Falesá me alegré cuando la firma me trasladó a otro puesto donde no había dado mi palabra para nada y podía mirar con tranquilidad mis balanzas.

En cuanto a mi mujer, la conocen tan bien como yo. No tiene más que un defecto. Si uno no le tiene la vista encima, sería capaz de regalar todo lo que tenemos. Claro que eso es natural en una canaca. Ahora se ha convertido en una mujer gruesa y fuerte, y podría lanzar por encima del hombro

a un policía de Londres. Pero eso es también natural en las canacas y no me cabe la menor duda de que tengo una esposa de primera.

El señor Tarleton se volvió a Inglaterra, porque había terminado su misión. Era el mejor misionero que he conocido, y ahora parece que tiene una parroquia en Somerset. Bueno, es mejor para él; allí no tendrá canacos que lo vuelvan loco.